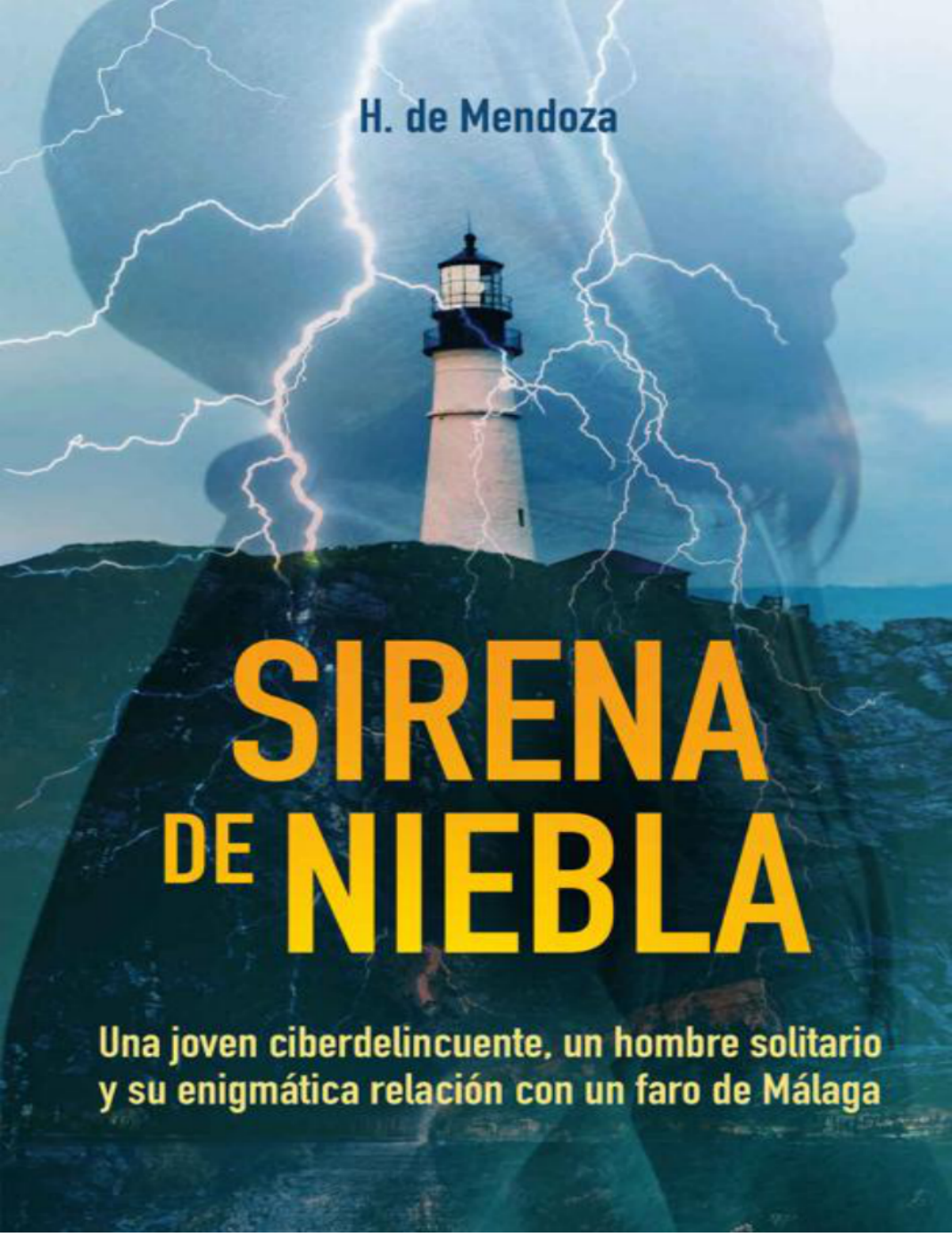
H. de Mendoza
SIRENA DE NIEBLA
Una joven ciberdelincuente, un hombre solitario y su enigmática relación con un faro de Málaga

Sirena de niebla

H. de Mendoza

Luz y calor

Quizás había sido el golpe en la cabeza lo que aumentó mi capacidad visual, habilidad que desconocía que tenía hasta aquella noche. Otra cosa que jamás imaginé fue que pudiera existir un ecosistema habitado por numerosas criaturas tan cerca de mí. Yo, una chica de ciudad, amante del asfalto y la luz artificial, conviviendo con aquellos animalitos. Pequeños arácnidos se movían entre las motas de polvo cobijados bajo la torre de mi ordenador. Más tarde, aprendí que aquel ecosistema podía albergar hasta 400 especies de ácaros. Los bajos de la torre debían de ser su Times Square. La torre del ordenador ofrece a estos arácnidos todo lo que necesitan: luz y calor. Pero hay algo que hace de la torre un lugar especial para estos bichos: su capacidad de atracción electrostática de los restos de mi piel, el alimento favorito de estos lindos bichitos dermatófagos. Había uno especialmente ágil que no paraba de acaparar escamas para darse un festín a mi salud. Lo llamé Bob. Tenía esas largas trenzas características del adorador de Jah y me miraba con la misma cara de ido, como si le importara un bledo el mundo que le rodeaba. Tan solo le importaban aquellos trocitos de piel, esperando la fermentación casera para embriagarse hasta el éxtasis con su particular brebaje artesano. Él, al calorcito; y yo, por contraste, en el frío suelo. Al menos, el lado derecho de mi cara, porque el izquierdo sufría otro tipo de presión.

Os preguntaréis: ¿Qué narices haces mirando debajo de la torre de tu ordenador? Bueno, si os dijera que es mi compañero en esta vida, mi familiar más cercano, el único al que confiaría mis tampones, quizá no os interesaría demasiado; y si os contara que trataba de limpiar el polvo acumulado durante los últimos meses, os estaría engañando. En realidad, aquel era el principio del fin y, sobre todo, el fin de mi adolescencia. La rodilla de aquella mujer me presionaba el lado izquierdo de la cara mientras me retorcía el brazo y me leía no sé qué derechos.

«No está obligada a decir nada si no lo desea, pero todo lo que diga se hará constar por escrito y podrá utilizarse como prueba».

Iban listos si pensaban que iba a contar algo. Así empezaba mi

tormentosa relación con las fuerzas de seguridad del Estado. Mejor, calladita.

Así que intenté evadirme mientras me ataban las manos a la espalda; pensaba en lo grande que debía de ser el mundo para aquellos minúsculos seres. Hasta que la bruta que se escondía tras un pasamontañas me retorció tanto el brazo que grité de dolor. Entonces me percaté de que había media docena de policías que registraban mi casa, entraban en mi ordenador y requisaban todos mis dispositivos electrónicos, mis objetos personales e incluso algunas bragas. «¡Pervertidos!».

Desconocían que yo había ejecutado el envío del certificado de anulación a todos mis contactos en el mismo momento en que escuché el atronador golpe que derribó la puerta de la casa de mi tía, mi hogar. Era sencillo, enviar el mensaje con el certificado adjunto a todos mis contactos y ya nadie podría usar mi clave pública para desencriptar mis mensajes. Todos sabrían que algo me estaba pasando, algo que comprometía su seguridad, por lo que tampoco me enviarían ningún mensaje. Salí de todos los programas y ya no podrían acceder a ninguna de mis conversaciones. Ni siquiera yo podría. No me dio tiempo a freír el disco duro porque aquella unidad de la policía, bien entrenada para resolver delitos informáticos, no hizo muchas advertencias antes de entrar. Sí, de esas que escuchas en los programas de delitos cuando se dejan grabar en una intervención. «¡¡Policía, abra la puerta!! ¡¡Salga con las manos donde podamos verlas!!». Qué va. Ellos saben bien que deben actuar rápido para que una no pueda borrar todas las huellas del crimen. Entraron a saco, y en un saco me sacaron. Al menos, el que me pusieron en la cabeza, una capucha de tela negra por la que apenas podía respirar.

Me habían entrenado bien y sabía cómo actuar. Ahora debía seguir al pie de la letra el manual de La Nueve para el caso de que te cogiera la policía. El cual, sobre todo, se basaba en no abrir la boca. Además, aquello no podía durar mucho. Si algo de lo que estaba haciendo era un delito, este no podría ser grave, menos para un primer delito y menos aún para una menor de edad. Diecisiete es la última edad permitida para cagarla. Así que os digo una cosa, no la caguéis a los 18 o no habrá vuelta atrás. Incluso a los diecisiete también hay castigos para los que delinquen. ¡No hagáis esto en vuestras casas!

Itachov

Un año antes.

Me retorcía de dolor, tirada en el suelo, sujetándome la mano izquierda con la derecha. Mis supuestos amigos, desde arriba, parecían disfrutar de la grotesca escena. Me habría encantado poder agarrar mi *scooter* y estrellárselo en la cabeza al idiota de Héctor. Aquel capullo pelirrojo, siempre vacilando de que sus trucos eran los más atrevidos. Había intentado un *tail gap* y batir mi récord de altura, que Bel medía con una *app* instalada en su teléfono. Quise marcar bien el agarre, que se notara que tenía tiempo incluso para hacer un *flip*, pero el giro y el agarre combinado no llegaron a buen término, y acabé rodando rampa abajo con la mala suerte de machacarme la mano con la base de la patinete. Ninguno de mis amigos reaccionó, ni siquiera Isabel, que continuó de forma sádica con la grabación. Después la colgaría en nuestro canal. No tenía escrúpulos.

—Muy bien, Tamagochi. Has reventado tu reto de altura. 45 centímetros. Has superado el último en 3. Lástima que te cayeras. No cuenta.

—Si quieres, te hago un masaje, Tama.

—¡Idiotas! Duele, joder.

—Más te va a doler ver el vídeo. Lo habías clavado.

—*Bitch*.

—No te enfades.

—No se te ocurra colgarlo.

—Ups, lo siento. Ya lo he hecho.

—¡Pues, quítalo!

—Venga, Tama, levanta ya, que no te has hecho nada.

Me había partido un dedo. Literal. Llevaba un rato con la mano derecha sujetando la izquierda, dónde había recibido el golpe. Pero al abrir la que sujetaba, casi vomito. La primera falange del dedo corazón estaba desplazada y casi notaba el hueso queriendo atravesar la carne.

—Déjame verlo.

Levanté la mirada y vi a un chico un año mayor que nosotros. Le llamábamos el Ruso, un mote bastante extendido por Málaga en aquel

momento. Los rusos, así como gente de otras muchas nacionalidades, habían invadido nuestra costa. Pero este tío era un poco raro. Siempre venía solo, con su patinete eléctrico. Hacía trucos a una velocidad que nosotros tan solo podíamos soñar. Aquel *scooter* debía de costar 10 veces lo que me costó a mí mi chatarra. A los que eran como él los llamábamos *Scuties;* las bellas princesas del *skate*. Por allí abundaban, con sus patinetes, monopatines, bicicletas eléctricas, solares, de hidrógeno, yo qué sé, aquella gente tenía mucho dinero y podían comprarse lo que quisieran. Nosotros, los que pertenecíamos a una casta inferior, los malagueños de verdad, no nos juntábamos con esos *millonetis*. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Sería torturarnos. Así que, para nosotros eran bellas princesas. En lugar de que sus padres vinieran a buscarles en limusina, ellos venían con sus miles de euros bajo el pie, sabiendo que nadie se atrevería a decirles una mala palabra. Era como si todos esos críos fueran descendientes de algún mafioso ruso. Aun así, el dolor era tan agudo que se me saltaban las lágrimas, y no pude más que enseñarle el dedo partido. Héctor se abalanzó, ahora sí, con su patinete trucado hasta el fondo del pozo, y desplazó ligeramente al chico rubio.

—¿A ver? Hostias, perla, la que te has liado.

Héctor sacó un bote de Arnidol de su mochila. Se lo habría dado su madre para los golpes.

—Con eso no vas a conseguir nada.

Héctor miró al Ruso con desprecio.

—Y ¿acaso tienes tú algo en tu botiquín de princesa?

—No. Pero puedo llevarte al hospital en veinte minutos. Ven.

Me ayudó a subirme al patinete mientras Isabel seguía grabando.

—¡Para de grabar, joder!

—Perdona. Puaj. Qué asquito de dedo, Tama. Espera que te ayudamos.

Entre los tres me ayudaron a subirme al patinete eléctrico del ruso, que agarró con firmeza el manillar mientras me rodeaba con sus brazos. Sacó una cinta aislante, que debía de usar para fijar sus dedos, y la utilizó para sujetar el mío roto, el corazón, al índice y al anular, y por un instante pensé en la curiosa ironía; Yo, la que no creía en cuentos de princesas, y justo aparece una a rescatarme. «No, Larita, no te gusta este chico, tú nunca te vas a casar, y menos con un *millonetis*».

—Estaremos en el Clínico de Málaga. Puede que tarden mucho en

arreglárselo. Ya sabéis…, la sanidad pública.

—Igual tú conoces algún médico privado. Ya sabes…, de esos que te extirpan una bala y, de paso, un riñón.

—Ya vale. —No podía aguantar el dolor y no quería que siguieran a la gresca—. Vámonos ya.

—Tama, te llevo el *scooter* a tu casa.

—Gracias, Bel.

El Ruso enfiló un carril bici tras otro y, cuando no había, se tiraba por las carreteras a una velocidad de la que yo nunca había disfrutado. Ni siquiera con los *scooter* de alquiler que alguna vez había usado, aunque solo como emergencia. El viaje se me hizo corto y casi se me había olvidado el dolor del dedo roto. Cuando llegamos, entramos a urgencias y en la sala de espera el Ruso me encontró un asiento.

—¿Por qué te llaman Tama?

—Por jorobar. Me gusta el anime y, como no tienen ni idea, me han puesto un mote: Tamagochi.

—¿Te gusta el anime? Mira.

El Ruso se levantó la camiseta blanca y, debajo, a la altura del pecho, tenía un tatuaje tribal junto con una espada.

—Es la espada de Itachi.

—Venga ya.

—Te lo juro.

—Eres un friki. —Y me entró la risa floja. Por segunda vez casi me llegué a olvidar del dedo hasta que, por error, lo apreté demasiado y solté un grito. El Ruso me cogió la mano con suavidad y la dejó en una posición protegida para que nada pudiera rozarla.

—Un poco. Me he visto todos los animes que hay desde los inicios del género.

—Y ¿qué quieren decir esas letras?

—Mis balas son mis palabras.

—¿En serio? Es precioso. A mí también me encanta escribir, y rapear. Eso quedaría bien. «Mis balas mis palabras, en su pecho tatuado, el Ruso bien hablado, con catana las clavaba».

—Ja, ja. Eres buena. Te pondremos otro nombre, no me gusta Tama. ¿Cuál es tu nombre real?

—Lara.

—Me encanta, como Lara Croft. ¿Puedo llamarte así?

—Es muy largo, mejor sin apellido. Itachov.

Y los dos reímos y charlamos hasta que me llamaron. Yo no era consciente de que Itachov, como le bauticé definitivamente, me traería los momentos más salvajes de mi vida. Tampoco una es consciente de que se está enamorando del mismo diablo, y de que el camino que el diablo te propone, siempre, no lo dudes, es el de tu perdición.

Poli bueno, poli malo

Aquel cuartucho se parecía a cualquier habitación de un edificio estatal, pero casi sin muebles. Tan solo una mesa cutre de IKEA, quizá donada por el caritativo gerente de algún otro edificio de funcionarios tras una remodelación, y unas pocas sillas de metal acolchado. Yo me encontraba en una de ellas, con el brazo estirado sobre la mesa, y la cabeza apoyada en él. Miraba hacia la ventana por la que ya entraba la claridad del día. Llevaba ahí unas pocas horas. Realmente no sabía cuánto, nunca he llevado reloj y había perdido la noción del tiempo.

Tras las mil y una putadas que te hacen cuando ingresas en un centro de detención, por fin había podido descansar un poco. Estaba en un duermevela, cuando alguien entró de súbito en la estancia. Parecía que ya llegaba la hora de jugar al poli bueno, poli malo. Solo que allí entraron tres personas: dos hombres y una mujer. Cada una ocupó un asiento de manera asimétrica entre ellos. La mujer se sentó delante, al otro lado de la mesa, mirando con bastante seriedad unos documentos. El silencio se prolongó y comenzó a hacerse insoportable. Como cuando llega septiembre y tienes que volver a clase sabiendo que no importa lo rápido que vayas, da igual las ganas que le eches, aún te queda todo un pinche año hasta el próximo verano. Estiré los brazos sobre la mesa y me percaté de que llevaba puesta la camiseta que siempre utilizaba de pijama. Miré el dibujo, cuarteado por las decenas de lavados, de Sasuke Haruno. «Dale la vuelta para que no se estropee». Debí haber hecho caso a mi tía cuando me lo advertía. Por lo menos no llevaba puesta la de antisocial. Eso sí que les podría haber sentado mal a aquellos uniformados. La mujer desplegó los documentos sobre la mesa y, por fin, se dirigió a mí con la mirada; alargando el silencio como si quisiera que fuera yo la que empezara aquella conversación.

—Lara Martínez Encinas. 17 años. Natural de Málaga. Tus padres, Ernesto Martínez Delgado y María Victoria Encinas Cuadras. Ambos murieron en un accidente de tráfico hace 4 años. Resides en el barrio de El Palo con tu tía, Concepción Encinas Cuadras. Vas al instituto de El Palo donde cursas un módulo de formación profesional. ¿Todo correcto?

—Buenos días.

En ese momento no sabía cuál de aquellos tres era mi peor enemigo. Así que pensé que la mejor manera de romperle los esquemas a alguien que entraba de esa manera era enseñarle un poco de modales.

—Buenos días, Lara. ¿Es correcta la información que acabo de leerte? Es importante saber que hablamos con la persona correcta. Es pura formalidad.

—Es correcta.

—Yo soy Silvia Ulloa, inspectora de la Unidad de Investigación Tecnológica de la Policía Nacional de Málaga. Perdona que no nos hallamos presentado antes. Detrás, a mi izquierda, está Álvaro Carretero, psicólogo del Centro de Internet Segura (SIC) perteneciente al INCIBE, y de su versión denominada Internet Segura para niños IS4K; y, por último, a mi derecha, nos acompaña Juan José Cigujosa, director de la comandancia del CCN-CERT. ¿Sabes de lo que te hablo?

—Ni idea.

—Es el director del Centro Criptológico Nacional, del Equipo de Respuesta a Incidencias Informáticas de los servicios secretos españoles. ¿Lo vas cogiendo ya? El famoso CNI.

Intenté disimular como pude, pero mi mirada se había cruzado con la del tercer integrante del interrogatorio, y acababa de mearme encima, no literalmente, pero casi. Solo faltaba que me dieran un par de gritos para que el charco se materializara debajo de la silla.

—Necesito ir al baño.

—Yo también. Pero me gustaría avanzar un poco más contigo antes. Podemos continuar diez minutos y luego te dejo ir al baño. Ya sabes. Si colaboras.

Procuré no inmutarme. El tipo a su derecha no me quitaba la vista de encima, mirando por encima de unas gafas sin montura que parecían ancladas en el aire. De todos los que estaban presentes en la habitación. tan solo me sentía desnuda ante aquel personaje impasible. Con una pierna cruzada sobre la otra, con un toque femenino, el también parecía querer protegerse de mí, lo que le daba un aire, hasta cierto punto, vulnerable. Estaba claro que ese hombrecillo podría ser el único que entendiera mi lenguaje. Tenía un cuadernillo encima de las rodillas y un bolígrafo en la mano izquierda con el que jugueteaba peinándose cada poco su bien arreglada barba.

Era como si estuviera esperando a que yo empezara a hablar para así poder empezar a desgranar mi personalidad. Cualquier información que le diera podría servirle para indagar en mis archivos secretos.

Silvia extendió varias páginas impresas a lo largo de la mesa, como si yo fuera a ser capaz de escanear diez páginas con la mente sin moverme de la silla. Debe de ser algo normal en un interrogatorio, pero en ese momento pareció que me leían los pensamientos.

—Puedes levantarte. Quiero que mires bien cada una de estas páginas. Lee su contenido con atención y luego necesito que seas sincera conmigo.

Me levanté y fui hacia el extremo izquierdo de la mesa, justo enfrente de Juanjo. Tenía que contraatacar a través de mi lenguaje corporal, de mi actitud, para poder recuperar el control y perder el miedo que habían conseguido meterme. El otro tipo ni siquiera giró la cabeza hacia mí. Parecía un camaleón, muy quieto, esperando su momento. O esto no iba con él o estaba hipnotizado en algún punto fijo en el suelo. Leí con atención una a una cada una de las páginas que había sobre la mesa. Por supuesto que las reconocía.

—Y ¿bien? ¿Conoces estas conversaciones? Te son familiares, ¿verdad?

—No sé de qué me habla.

—@tecnoexperto, @yonoTmiento, @clariInvidente, @Femmyfatal, @SalvaDiorQ, @Bombeirosinagua, @cavaretabmut, @Pablodivorciado. Estos son algunos de las varias decenas de perfiles que has creado en Twiter, Facebook y Reddit. ¿No es así?

Creí ver un cambio en la mirada del miembro del CNI. Si ese tipo estaba implicado, tal vez sí podían haber sido capaces de decodificar todo mi historial de movimientos y, tal vez, habían conseguido llegar a mis alias. Pero eso era imposible. Usaba todo tipo de cifrado de datos y contraseñas poderosas. Jamás usaba la red convencional, siempre Tor, y a todos los servicios a los que accedía lo hacía a través de Tails, que llevaba siempre en un pincho externo y que reemplazaba mi sistema operativo sin dejar huella en ninguno de los discos duros que usara. Incluía, además, un correo electrónico protegido por PGP y cifraba con HTTPS todas las comunicaciones, que debían realizarse siempre a través del propio Tor. Aunque yo no era una experta, había seguido al pie de la letra las instrucciones del Manual del Activista en la Red y las lecciones de los que sabían más que yo. Para eso, Héctor y

Arseni eran dos especialistas. Bajé la cabeza con la intención de protegerme del ataque, y así evitar dar una respuesta. Entonces intervino el tipo a la izquierda.

—Lara, no estamos aquí para hacerte daño. Queremos protegerte. Eres menor de edad, y pueden haberte utilizado sin que te dieras cuenta.

—Si estuvierais aquí para protegerme, ¿cómo es que no me habéis dejado hablar con nadie? ¿No tengo derecho a llamar a algún familiar? O, a ¿algún amigo?

—Ahora mismo puedes llamar a un familiar. Nada más. Se trata de un asunto muy grave.

Yo empezaba a perderme. ¿Como que grave? Joder, sí, habíamos hecho cosas que estaban mal. Quizá fueron un poco más allá de la travesura, pero me trataban como a una terrorista.

—Quiero llamar a mi tía.

—Está bien.

La inspectora me acercó un teléfono móvil que parecía tener preparado para el momento preciso en que yo lo solicitara. Los tres se levantaron y abandonaron la estancia. Yo me quedé sola con el teléfono en la mano. Todo parecía muy extraño. No. No iba a llamar a un número que no debía si eso es lo que esperaban. Marqué el teléfono de casa de Fran, su nuevo novio. Desde que mi tío falleció en un naufragio, mi tía había intentado rehacer su vida en varias ocasiones y esta parecía que no estaba yendo del todo mal. Eso sí, se pasaba casi todo el tiempo en casa de él, en una bonita casa en Alhaurín de la Torre. Llamar a la casa era el mejor método para que mi tía respondiera, porque su móvil apenas lo utilizaba. Quizás algún vecino le habría dicho que la policía acababa de arrasar su casa de El Palo. Descolgó. Y escuché su voz al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—Hola, tía. ¿Qué tal ha ido la mañana? ¿Hubo suerte con la pesca?

—Oh, sí. Te voy a preparar tu comida favorita. Le diré a Fran que pase a recogerte por el instituto. Estará encantado. Le caes muy bien.

Fueron unas fracciones de segundo las que mi cerebro tardó en hilar la situación, y en ese momento creí que podía intentar una solución mejor. Podría ganar algo de tiempo y salir de este embrollo sin causarle un disgusto a mi pobre tía, que bastante había sufrido ya en su vida.

—No te preocupes. Me voy de acampada por El Chorro con mis compañeros del instituto. Estaré bien.

—¿Estás segura? Puedo llevarte unos bocadillos. Le diré a Fran. Igual hasta puede llevaros en coche.

—No te preocupes, tía. Tú ya sabes que nos gusta la aventura.

—Está bien. Pásalo bien, entonces. Y llévate condones.

—Tía, por favor.

—¿Te crees que me chupo el dedo?

—No te preocupes, tía, yo soy una estrecha. Un beso. Te quiero.

En ese momento, ya entraban en la habitación los tres policías.

—¿Y bien? ¿Necesitas que le digamos a tu tía dónde estás?

Hasta ese momento no me había parecido necesario. Ni siquiera yo sabía dónde estaba. La verdad es que el viaje duró mucho más de lo debido. No me habían trasladado a alguna oficina de policía de El Palo.

—No creo que sea necesario. No espero estar aquí dentro mucho tiempo.

—¿No? Y ¿qué te hace pensar que vas a volver tan pronto a tu casa?

—No he cometido ningún delito.

—Bien, parece que empiezas a hablar. Tal vez, podemos seguir con el interrogatorio, entonces, y aclarar todos los malos entendidos. Seguro que mi colega —dirigió una mirada al hombre del servicio secreto— está deseando irse a su casa a descansar. ¿Qué me dices de todos estos alias?

Muchos de esos apodos me eran bien conocidos. ¿Cómo podían haber localizado a todos los miembros de mi equipo? Sí, algunas de esas cuentas que me había leído la inspectora eran mías. No todas. Por lo que cabía la posibilidad de que fuera de farol.

Sarracenia, una trampa de caída

Desde chica, mis padres siempre me inculcaron que debía defenderme por mí misma, pero en lugar de meterme en artes marciales me enseñaron a manejar la música y, sobre todo, la palabra como armas de autodefensa. La música me ayudaba a evadirme en los momentos difíciles. Era fácil encontrar consuelo en un pentagrama, aunque no soy especialmente habilidosa con ningún instrumento. Sin embargo, se me daban de miedo las palabras. Eso me llevó a escribir mis propias historias, a relatar mi personalidad en pocos caracteres. Conocí a mis amigos gracias a la escuela de *hip hop,* donde me mezclé con los que sabían componer una buena melodía, como era el caso de Héctor. No solo era un friki de la tecnología, además tenía un don especial para resaltar la fuerza de mis palabras y encontraba los ritmos precisos para que mis frases se convirtieran en armas arrojadizas. Componíamos juntos y, aunque era un poco capullo, también era capaz de leer más allá de mis letras, las entendía, las moldeaba con pasión y las catapultaba a la excelencia. Bel era una contorsionista que había llegado a una especie de pacto con el demonio. No sé cómo podía transmitir toda esa magia a través de la danza y, a veces, complementar mis historias añadiendo aquello que les faltaba a mis palabras. Allí donde había un silencio, ella componía un movimiento que rellenaba el hueco de mi frase. Cuando mis letras apuñalaban, ella se hacía puñal. Cuando mis letras me defendían, ella se convertía en escudo. Componíamos, hacíamos lecturas conjuntas y luego llevábamos el resultado a los parques. El único lugar donde unos pocos chicos y chicas de mi edad aún resistíamos las tentaciones de abandonar la existencia del ritmo circadiano, dependiente de la luz solar, y encarcelarnos en el mundo digital. Éramos artesanos del arte callejero, quizá los últimos, una especie en extinción. Aunque tampoco estábamos completamente desconectados. Yo pasaba horas escribiendo en mi teléfono. Frase tras frase las iba colgando en mi estado de WhatsApp. No me gustaban el resto de redes sociales. A Héctor sí, las usaba para presumir de sus rizos anaranjados y su habilidad con la mesa de mezclas, y le habían generado un buen número de seguidores que, a su vez, eran la base de los nuestros.

El invierno no terminaba de llegar al sur, siempre tan complaciente con los intereses turísticos que hacían tan atractiva mi ciudad a gente de todo el globo, pero, en especial, a los europeos del norte o del este. Yo seguía convaleciente de la rotura del dedo. Llevaba un aparatoso vendaje acoplado a una placa que mantenía mi dedo peseta en una posición que incomodaba a mis profesores cada vez que se me ocurría hacer una pregunta; lo cual era bastante habitual para alguien como yo, que pregunté cuando nací el por qué de mi existencia. Aquel curso decidí ir más allá. Convencí a mis amigos de que se unieran conmigo a una clase extraescolar que un joven profesor había comenzado de forma desinteresada. No cobraba nada por compartir con nosotros todos los miércoles una hora de escritura creativa. Él trabajaba de autónomo como *copywriter* para múltiples empresas, y nos enseñaba un oficio que entendía tenía un gran futuro en estos tiempos en los que la palabra, bien escogida, podía marcar la diferencia que atrajera flujo de tráfico hacia tu canal, te permitiera ganar adeptos y viciar a los internautas a tus palabras, y, por ende, a los productos que ofrecías.

La clase empezaba justo después de comer. Héctor llevaba a la práctica todo lo que aprendíamos o creábamos en aquel curso. Había hecho una web donde colgaba nuestras creaciones, que compartía en diferentes formatos, sobre todo por Tik Tok e Instagram. Había conseguido crear un embudo de atracción tal, que en unos pocos meses había multiplicado el número de seguidores hasta las decenas de miles, y seguía ascendiendo en progresión geométrica. Bel tenía la cabeza más en otra parte, pero le gustaba compartir ese rato con nosotros. Además, acudían a aquella clase otros cinco alumnos más y, aquel día, fue cuando lo volvimos a ver. Entró en la clase como un alumno más de nuestro instituto, aunque él no compartía escuela con nosotros. No lo veíamos desde el día del aparatoso accidente. Dejó su patinete eléctrico apoyado en la pared junto a los nuestros, que quedaron claramente deslucidos, por mucho que nosotros tratáramos de defender lo clásico. Como el que defiende un coche manual sobre uno automático en pleno siglo XXI. Cuando la tecnología avanza, si te quedas atrás, te conviertes en un *Homo* de las cavernas. Pero eso no impedía que pudiéramos seguir amando lo clásico, a la vez que envidiábamos la potencia de las nuevas tecnologías. Héctor no ocultó su cara de asco cuando lo vio entrar. Bel, sin embargo, me dio un

codazo y compartió un gesto de complicidad.

—¿Qué hace tu héroe aquí? ¿Lo has invitado?

—¿Yo? No lo he visto desde el día que me llevó al hospital.

—Yo creo que le gustas. Mira como te ha sonreído cuando entraba en clase.

—Qué idiota eres.

El Ruso me hizo un gesto con la cabeza y me dedicó una ligera sonrisa, como si se sorprendiera de verme allí. Yo le correspondí con un movimiento de cabeza, pero solo hacia arriba, para evitar que se me cayera la baba. Isabel me dio un cosco en la cabeza y casi desparramo mi saliva por la mesa de Héctor. Fui a devolverle la torta, pero justo en ese momento entró el profesor. Siempre con ese toque juvenil, a pesar de estar entrando en los cincuenta. Con una camisa lisa, abierta en los últimos botones, que dejaba ver una cadena dorada. Llevaba el pelo largo atado en una coleta, con algún mechón rebelde que se le escapaba, lo que le había originado un tic constante de querer quitarse los pelos de la frente. Dicen que los cuarenta y muchos es la última juventud, y este se lo estaba tomando en serio.

Sin dirigirnos ni un saludo para romper el hielo, se dirigió a la pizarra y dibujó una especie de planta.

—La *Sarracenia* es una planta originaria de los suelos áridos del sur de Estados Unidos. ¿De qué se alimenta una planta como la S*arracenia* en tierras ácidas y ambientes cálidos como el de Texas? ¿Alguien lo sabe? ¿Héctor?

Héctor estaba inmerso en sus *likes,* por lo que el profesor no tuvo inconveniente en hacerle la pregunta de nuevo.

—Pues, imagino que acumula agua en las hojas, ¿cómo los cactus?

—¿Te refieres a una planta crasa? Incorrecto. No se alimenta de lo que absorbe del suelo, al menos no es su alimento principal. ¿Nadie lo sabe?

—La carne.

Toda la clase se giró hacia el recién llegado, incluso el profesor se dio cuenta por primera vez desde que llevaba hablando de que tenía un nuevo alumno en clase.

—¿Qué clase de carne?

—Insectos —respondió el Ruso sin pensárselo.

—Exacto. Como veis, esta planta tiene una forma muy peculiar. Y esa forma da origen a una técnica de *marketing* que hoy en día es de

las más utilizadas para captar clientes: el embudo. Pero el embudo de esta planta carnívora no es únicamente una estructura física, es una obra de arte de la naturaleza. El embudo por si solo no serviría de nada. Para atrapar al insecto es necesario atraerlo primero y, para ello, dispone de múltiples mecanismos: el color, el olor, la secreción de néctar… El insecto es atraído hacia una estructura formada por zapatas resbaladizas que hace imposible la huida, luego va arrastrándolo hacia su interior hasta que cae en los jugos digestivos de la planta. Allí, es digerido por las enzimas. En esto consiste el *copywriting*. Queremos proporcionar a la persona el camino hacia lo que quiere conseguir. Y, ¿qué es lo que quiere conseguir?

Su mirada se paró en mí, que había seguido su charla con la atención del insecto atraído hacia el néctar.

—Quiere caer en nuestra trampa. Quiere el producto de nuestro cliente.

—Muy bien, Lara. Así es. Todo lo que queremos es que el cliente crea que nuestro producto es imprescindible en su vida. Pero, para eso, hoy en día, debemos ser muy cuidadosos. Elegir los colores precisos, el lenguaje correcto, sencillo, directo, que le atrape y que le haga caer sin remedio en el embudo de clics, que le lleve hasta nuestro producto. Y ¿sabéis cuál es nuestro néctar?

—La poesía.

Héctor lo vio claro, ese deleite de placeres que suponía una estrofa tras otra era como tomarse cucharita a cucharita un helado de leche merengada.

—Bien, Héctor, la poesía es un placer, por supuesto, pero no es eso a lo que me refiero. Las personas necesitan algo más real. Más directo. Y hay una palabra que se utiliza sin control y cuya credibilidad, en parte, se ha evaporado. Pero hay maneras más sutiles de seguir usándola. Tú. El nuevo. ¿Sabrías decirme qué palabra es?

—En mi país diríamos *svobodno*. Gratis.

—Bien. Sí señor. Ese es el anzuelo perfecto. La gente se muere por algo gratis. Un descuento, aunque sea. Hoy os enseñaré a crear un embudo de ventas, y practicaremos con algunos ejemplos para que veáis la estructura que usa el *copy* para decir lo justo, lo atrayente. Recordad que no tenemos más de medio minuto de atención antes de que el potencial cliente se nos vaya a otra página web.

No conocerás

Si juegas a ser *hacker*, procura seguir sus mandamientos al pie de la letra, y el primero de todos es «no conocer». Si no conoces a tus contactos más allá de las redes, tu vida y la de los demás estará protegida. Nosotros no éramos *hackers,* y sí nos conocíamos. Habíamos empezado lo que para nosotros no iba más allá de un juego, casi, inocente. Nos quedaba claro que lo que hacíamos no estaba bien, pero tampoco era para tanto. No robábamos, no comprometíamos datos de seguridad, no *hackeábamos* redes o webs, ni públicas ni privadas. Bueno, igual algo de *hackeo* privado sí que habíamos hecho, pero no mucho. Yo no, desde luego. Pero Héctor no era tan escrupuloso para obtener la información que necesitaba. Nosotros habíamos dado una dimensión diferente a lo que nos había enseñado el profesor. No buscábamos vender un producto, pero sí tender esas trampas, como la *Sarracenia,* solo que con un objetivo distinto.

No parecía difícil que si me habían cogido a mí, también podrían coger al resto de mi equipo. Esperaba que hubieran recibido mi mensaje de anulación, aquello debía de haber alertado a todos. No sé si les di suficiente tiempo como para que pudieran tomar medidas. Pero, como digo, en nuestro caso, éramos amigos en nuestra vida privada, y eso podía ser un problema.

La inspectora comenzaba a impacientarse.

—¿Aún quieres hacer pis?

—Sí. Me duele.

—Está bien. Tan solo necesito que me respondas a una pregunta rápida.

Sacó una fotografía y la dejó sobre la mesa, a mi vista. Yo intenté mostrarme inexpresiva, aunque no sé si lo hice bien.

—Arseni Pavlov. ¿Lo conoces?

No podía esconderme. Íbamos a la misma clase.

—Sí. Es un compañero de mi clase de escritura creativa.

—Somos conscientes de que se te da bien el uso del lenguaje. ¿Cuál es tu relación con Arseni?

—Es un compañero. Parece buena gente. Alguna vez me ha ayudado.

Intentaba controlar la conversación, no sabía cuánto sabían de nosotros, pero en realidad ya había incumplido varias de las normas que nos impusimos cuando creamos el grupo, incluída la primera. Es verdad que hacíamos alianzas con otros grupos buscando estrategias conjuntas, pero nuestro grupo de cuatro éramos más que compañeros, éramos amigos. Lo segundo y más grave que estaba incumpliendo era abrir la boca. De alguna manera, habían conseguido sensibilizarme. Quizá dejar que me meara viva era parte de su estrategia para pillarme por sorpresa. Quizá sí que estábamos metidos en un buen lío. En el fondo, ganábamos dinero con esto, y no era poco.

Mosca

La adolescencia es la edad en la que sabes que tienes razón. Es esa edad en la que te construyes, individualmente y como grupo. Es la edad en la que debes buscar ciertos valores en los que serán tus amigos el resto de tu vida, pues esos valores serán fundamentales para construir tu yo futuro. Yo elegí a mis amigos igual que lo hacen el resto de los adolescentes. Los elegí por una razón fundamental: son los amigos que me habían tocado. Si hubiera nacido en otro lugar, en otro barrio; si hubiera estudiado en otro instituto, pues habría tenido otros amigos. Los amigos no los eliges, y si crees lo contrario, tienes un problema. No es lo mismo crear un equipo de fútbol a base de contratar a los mejores jugadores del mundo que hacer de tus amigos el mejor equipo del mundo, aunque pierdas. Y mis amigos eran los mejores. El Ruso fue nuestra gran revolución. Ninguno teníamos dinero y, la verdad, siempre pensamos que Arseni pertenecía a una clase social diferente. No estaría por mucho tiempo con nosotros. Pronto se habría largado con otro grupo de amigos que pudiera seguir su nivel de vida. Pero tampoco conocíamos gran cosa de aquel chico de facciones afiladas, que en realidad se integró fácilmente entre nosotros. Teníamos una sorprendente afinidad en nuestros gustos, hasta tal punto, que hasta Héctor se volvió su mejor amigo. Sobre todo cuando Arseni incorporó al grupo una nueva mesa de mezclas. Héctor jamás habría soñado que algún día pondría sus manos sobre una mesa de ese nivel.

El Ruso nos deleitaba con mil y una sorpresas. El Skate-Park era nuestro lugar de reunión, pero también habíamos creado nuestro propio grupo para jugar al Among-Us. Arseni lo bautizó como «Mosca». Nos comentó que el nombre venía de uno de los aviones que los rusos usaron contra los nazis, y que entre los pilotos hubo varios españoles, incluso para escoltar a Stalin. La verdad es que ninguno de los tres teníamos ni la más remota idea de qué había hecho ese tal Stalin en su vida, pero nos gustaba la historia, al menos la que nos contaba Arseni, y la incorporábamos en nuestras letras, en nuestras canciones. Arseni nos enseñó a movernos por la red sin dejar rastro. A establecer protocolos PGP. Desde el principio establecimos un método

de contacto entre nosotros para que nadie pudiera seguirnos ni leer nuestros correos. Aquello era necesario, según él, para que nadie nos robara las canciones. Fue una tarde navideña cuando nos contó que podríamos hacer de Mosca algo más grande.

—¿Queréis ganar dinero?

—Vamos, Arseni, aún nos queda un año para disfrutar de nuestra juventud.

—Bueno, esto no sería un trabajo al uso. Sería una cosa entre nosotros, Héctor. Yo os puedo enseñar. Y conozco gente que nos pagaría bien.

—A mí me huele mal. Yo no quiero acabar en la cárcel.

Bel se asustaba con facilidad. Fue la única que mostró algo de oposición, al menos al principio, a las ideas que el Ruso nos fue exponiendo. En un primer momento, a ninguno nos hizo gracia cuando nos explicó en qué consistiría nuestro trabajo.

—No irás a la cárcel. No tienes edad. Por eso es mejor hacerlo ahora, antes de cumplir los 18. Además, habéis aprendido perfectamente a moveros por la red sin dejar rastro. Y tampoco estamos hablando de un delito grave.

—Eso no está bien. A mí me gusta usar mis palabras para expresar mi opinión sobre el mundo, sobre las cosas que me rodean, sobre mi propio ser. No para machacar a nadie.

—No es algo tan malo. Normalmente nos tocarán como objetivos gente cuya opinión no compartes.

—En el fondo, yo no comparto la opinión de nadie.

Héctor se lanzó rampa abajo para hacer varios *flips* y volver junto a nosotros.

—Yo me apunto. Me vendría bien un poco de dinero.

Me lo pensé unos segundos antes de responder, pero, con esa edad, pertenecer a un grupo clandestino cuyo único objetivo fuera jorobar a ciertas élites del sistema opresor español era algo que realmente me excitaba.

—Yo estoy dentro.

—¿Bel?

Isabel no respondió, recogió su patinete y se marchó sin dirigirnos ni una palabra.

—¡Bel! —la llamé. Pero ya había enfilado el carril bici y se dirigía hacia su casa—. No os preocupéis, hablaré con ella. ¿Cuándo

empezamos?

Por fin había podido aliviar la vejiga. Fue otra agente la que me acompañó al servicio. No sé si había resultado muy convincente al reconocer a Arseni como un simple compañero. No estaba preparada para un interrogatorio demasiado largo, y seguía sin entender de qué se me acusaba. Una vez sola, en el baño, solté mis primeras lágrimas desde que comenzó aquella pesadilla. Necesitaba relajarme un poco, y no hay nada mejor que soltar la angustia con un buen lloriqueo. Procuré secarme bien para no dejar rastro de mi debilidad. Ante todo debía parecer fuerte, aguantar las pocas horas que podrían tenerme retenida. Seguía siendo menor de edad, al menos por unos cuantos meses más. No conocía bien las leyes que me protegían, pero, en mi interior, empezaba a sospechar que se estaban extralimitando. Además, no había cometido ningún delito tan grave como para ser tratada de esta manera. Enfilé el pasillo de vuelta a la sala de interrogatorios. Levanté la cabeza para demostrar mi altivez. No conseguirían que delatara a nadie, y menos aún a mis amigos. Pero de pronto, hacia el final del pasillo la vi, e impulsivamente me puse a llamarla:

—¡Bel! ¡Bel!

—¡Lara!

Intenté resistirme, pero el agarre de mi escolta me envió hacia dentro de la sala, en la que seguían impávidos mis tres inquisidores.

—¡Bel! ¡Sé fuerte! ¡Mañana estaremos juntas otra vez y nos reiremos de todo esto!

—¿Por qué nos hacen esto? —Logré escuchar a duras penas mientras la uniformada me empujaba con fuerza hasta que logró cerrar la puerta, conmigo dentro de la sala. Me quedé mirando la puerta con impotencia. Con ganas de aporrearla, pero me contuve. La inspectora me sujetaba ahora por los brazos sin rudeza, en un intento de calmarme. Me giré hacia el tribunal de la Inquisición algo alterada.

—¡¿Qué narices hacemos aquí?! ¡¿De qué se me acusa?! Llevo varias horas sin saber por qué motivo me mantienen retenida. Si voy a seguir aquí, quiero un abogado.

—Tranquilízate. Si colaboras, quizá no necesites abogado. Si no

colaboras, tal vez tengas problemas más graves. Y todo sería en vano. Tu amiga parece más dispuesta a colaborar que tú.

—¡Iros a la mierda!

—Te aconsejo que te sientes, y te relajes.

Al final le hice caso. Me senté y observé que los dos personajes masculinos seguían sentados, impasibles, sin mover un solo músculo ante mi ataque de histeria. Aquellas momias estaban consiguiendo asustarme.

—Háblanos de Arseni. ¿Cómo lo conociste?

—En clase. Ya os lo he contado. ¿Qué tengo que ver yo con Arseni? ¿Qué tenemos que ver nosotros con nada? O me dicen de qué me acusan o ya me están liberando.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—Pues me voy.

Y me levanté, dispuesta a abandonar aquella estancia como si nadie pudiera realmente detenerme. Entonces, Silvia elevó algo la voz para interrumpir mi escenita.

—Daniel Ortega está muerto. Se ha suicidado. ¿Te suena de algo su nombre? Tal vez te suene más el nombre que utiliza en su perfil en redes sociales. @D'Ort.

Campos de alambrada

Nuestras primeras campañas fueron sencillas. Tan solo se trataba de organizar un acoso rápido y efectivo contra algún objetivo que los contactos de Arseni nos proporcionaban. Cada uno creábamos cinco perfiles en la red social en la que planeábamos hacer el ataque. Normalmente, se trataba de algún personaje conocido, de una autoridad en una materia que alguien quería silenciar. El objetivo era hacer que abandonara la red. O que se autobloqueara. O sea, que privatizara su cuenta, lo cual haría que su número de seguidores se estancara. Nos reuníamos en el *Skate Park*. Tras una sesión de trucos con el patinete nos sentábamos en corro y Arseni nos hablaba de nuestro próximo objetivo y de las posibles herramientas que utilizaríamos para desarmarlo, humillarlo y dejarlo en evidencia ante sus seguidores. Todo debía suceder de la forma más natural. El objetivo era hacer que los bulos que lanzáramos sobre la víctima se hicieran virales. Eso acabaría con las ganas del personaje de seguir publicando en las redes. Normalmente, tan solo hacían falta unos pocos mensajes iniciales, meter algún sistema de viralización artificial y, luego, serían sus propios seguidores, o sus oponentes, los que terminarían por descuartizarlo. Por cada campaña recibíamos cerca de mil euros. Aquello solo fue el campo de entrenamiento, porque luego empezamos las campañas realmente duras contra políticos. Arseni era claro. Nosotros no teníamos color político. Nuestro objetivo era cualquiera que nos pidieran sin importar de qué palo. Al poco tiempo, me di cuenta de lo fácil que era manipular a la sociedad. Nuestros bulos salían publicados en periódicos nacionales como hechos verídicos y, la verdad, aquello llegó a asustarnos. Sobre todo a Bel.

—Chicos. Yo no quiero seguir con esto.

—Es solo un juego, Bel. Si esos idiotas se creen todas las chorradas que nos inventamos, que se jodan.

—No, Héctor. Creo que somos partícipes del declive de la sociedad.

—No te des tanta importancia. Hay miles como nosotros y, además, la sociedad se va al traste por méritos propios, de cada uno de sus ciudadanos.

—Y ¿quiénes se benefician de esto? Si hay alguien que nos paga, es

porque alguien se beneficia.

—¿Arseni?

En ese momento, yo no podía estar más de acuerdo con Bel. Podían importarnos un bledo todos aquellos a los que jorobábamos. En el fondo, esos mismos políticos utilizaban nuestras herramientas, nuestros bulos, contra sus adversarios. Eso les restaba aún más credibilidad cuando trataban de defenderse de un ataque contra ellos mismos. No sentía lástima por ellos, no merecían nuestro respeto. Pero alguien se beneficiaba, y solo Arseni podía tener esa respuesta.

—Yo no sé quién gana con todo esto. Solo soy un intermediario.

—Rusia. Trabajamos para el puto gobierno ruso, ¿no es así?, Arseni.

Bel parecía realmente molesta. Lo que era incontestable es que el gobierno ruso se había hecho famoso por el uso de las redes sociales como medio para desestabilizar países.

—¿Es eso cierto? ¿Somos los cerdos de una granja de troles?

Miré fijamente al Ruso. No pareció molesto. Simplemente, algo desilusionado.

—Creí que os gustaría formar parte de algo grande. Algo contra el sistema. Y, encima, con un sueldo que muchos quisieran. Deberíais estarme agradecidos y, sin embargo, lo que veo aquí es una panda de cobardes. ¿Qué os importan esos idiotas? Todos esos chulitos vanagloriándose en las redes. Ellos son los primeros en manipular a la prensa. Ellos son los mentirosos. Nosotros solo ayudamos a barrer parte de esa escoria. ¿No queréis formar parte? Pues lo dejamos. Disolvemos Mosca.

—Yo no quiero dejarlo —el murmullo de Héctor estropeó lo que quizás habría sido la mejor decisión, dejar Mosca—. A mí me da igual si me paga Rusia, China o Estados Unidos.

Bel hizo un gesto de hastío, iba a ponerse de pie para largarse de aquella reunión que se había tornado incómoda para todos. Quizá no era la primera vez que discutíamos, pero en aquel momento no éramos un grupo trabajando como un único puño que golpeaba a la vez. Esa había sido nuestra fortaleza. Si empezábamos a dividirnos, sería nuestra perdición. Por eso la sujeté del brazo, aunque no podía estar más de acuerdo con ella.

—Espera. Hagamos un último trabajo juntos. Luego, Bel y yo lo dejaremos. Necesitamos el dinero para pagarnos los estudios un par de

años y terminar el grado. ¿Vale, Bel? Yo lo dejo contigo. Un trabajo más.

Bel no quería ni un trabajo más, pero sabía que con ese dinero no tendríamos que preocuparnos hasta que termináramos los estudios del grado que las dos habíamos elegido para continuar tras el instituto.

—Está bien. Uno más. El último. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. ¿De quién se trata esta vez?

Arseni tomó un palo y nos llevó a una zona con tierra en el suelo. Allí, escribió el nombre de perfil del personaje en cuestión.

Con diecisiete años tan solo había alguien que podía hacer las cosas mejor que yo despierta, y esa era yo en mis sueños. Pero los buenos sueños también se pueden convertir en pesadillas. Me encontraba subiendo una escalera de caracol hacia el techo del edificio Burj Khalifa, pero yo no subía andando. Era como un dron, volaba haciendo una curva en progresión perfecta hacia las estrellas. Tan solo había algo más vertiginoso que esa ascensión hacia mi yo espléndido, hacia la grandeza de lo que había creado, la estructuración de mis ideas como una gigantesca torre de naipes, y ese algo era una caída desde semejante altura. El motor que me mantenía en ascenso constante se había parado, y solo faltaba una cosa: caer. La montaña de naipes se desmoronaba, la autopista de neuronas construidas en grafeno se había atascado y su colapso había sido automático. Las defensas barridas. Me sentía desnuda frente a tres desconocidos. Las fotos de Arseni esparcidas sobre la mesa. Las preguntas de la inspectora resonaban en mi cerebro que, vacío, parecía la cúpula de una basílica. En ella retumbaba el eco de cada frase de la inspectora que se acoplaba a la siguiente sin que yo pudiera articular palabra.

—Mira, te voy a decir lo que creo. Sois un grupo pequeño de trols que trabajáis para grupos terroristas y potencias extranjeras que quieren desestabilizar el país. ¿Qué te parece?

Y, tras meditar la respuesta una eternidad de segundos, me salieron las palabras menos sinceras de todo el interrogatorio.

—Menuda gilipollez.

Perdón, mierda, otra vez rompía mi voto de silencio, y la inspectora gratificándose por haber penetrado lo suficiente como para hacerme bajar la guardia. Al dios que me dio el don de la palabra se le olvidó poner un freno.

—Acoso, intimidación, insultos vejatorios. La familia va a presentar cargos por todo esto, pero ¿sabes qué? —Hizo una pausa para mostrarme una sonrisa que yo empezaba a odiar—. Esto son, como tú dices, gilipolleces. Lo gordo viene ahora. *Bulling* en grado máximo, con manipulación de la imagen de un personaje público

hasta la degradación extrema. Colaboración con banda criminal y organización mafiosa para la creación de un grupo con el objetivo de interferir en la seguridad nacional. Troles a sueldo de una potencia extranjera o de un grupo terrorista. ¿Dímelo tú? ¿Quién os pagaba?

—Creo que me tienen que proporcionar un abogado. Desde luego ese inútil de ahí —señalé con el mentón al tipo que debía proteger a los niños de los abusos de internet—, no está aquí para protegerme a mí.

—Si tuviéramos que proporcionarte un abogado, créeme, ya lo tendrías. Tu tía cobra una ayuda que asciende a unos 415 euros mensuales. Con eso vivís las dos. Sí, sí, sabemos que tiene otros trabajillos, y también sabemos de ese novio nuevo suyo. Pero esos ricos desaparecen rápido, en cuanto se les complique un poco la vida. Te lo aseguro. Sobre todo cuando su nombre pueda verse manchado por estar unido a un escándalo como este. Y con esto, créeme, tiene pinta de que te vas a hacer famosa.

—¿Se lo han hecho a usted? Lo siento muchísimo. Pero que a usted le fuera mal en su relación sentimental no es una razón para quitarle las esperanzas a otras mujeres.

El miembro del CERN reaccionó. Sorprendido, me observó a través de sus gafas de listillo con ojos de topo, y anotó algo rápidamente en la libreta. Había conseguido bajar los humos a la inspectora, que se había echado hacia atrás como si con el movimiento pudiera esquivar el primer puñetazo directo a su cara. Es lo que tienen las palabras, una vez que las escuchas penetran en tu alma, y allí es donde golpean. Por una parte, me crecí, pero por otra, noté cierta felicidad en la cara del espía.

—Quizá vamos por mal camino. Intentaré retomar nuestra conversación en un tono más amable. Todo acabaría en unas sanciones menores que, para una menor de edad como tú, podrías pasar con facilidad y, con un poco de ese dinero ahorrado que tienes, te veo lo bastante lista como para retomar el vuelo.

—Entonces, déjeme volar. ¿Por qué me tiene prisionera? No tienen nada contra mí. Todo esto que se han inventado no sé qué tiene que ver conmigo, pero tendrá que juzgarme un juez, no usted, de eso estoy segura. Usted no puede aspirar a más que a darle una charlita a una colegiala, y eso debe de ser deprimente para alguien que ha trabajado tan duro. Pero hay veces que el trabajo duro, señora inspectora, no es

suficiente, se requieren neuronas para llegar donde uno quiere. ¡¿Y qué cojones estás apuntando tú?, gilipollas!

Esta vez se levantaron los tres, pero fue la inspectora quien con su mano me presionó el hombro con la suficiente fuerza como para volver a sentarme en mi asiento. El capullo de las gafitas se ponía a escribir cada vez que yo hablaba. ¿No había grabadoras en el siglo XXI?

—Tranquilízate. Tienes que entender una cosa. Si vemos que no podemos hablar contigo, pasamos con tu amiga. Hasta ahora, ha estado mucho más colaboradora que tú. Puede que no nos hagas falta.

O sea, que sí les hacía falta. Por algo en especial. Es verdad que Bel podía haber cantado todo. Y no la culpo. Ella quiso dejarlo y yo…, yo la convencí para realizar esta última operación. Nadie esperaba lo que hizo el capullo de Héctor.

El tipo, Daniel Ortega, era un político de izquierdas que ganaba adeptos a un ritmo de vértigo, sobre todo para sus adversarios políticos, gracias a sus proclamas y polémicas múltiples. Era capaz de movilizar al electorado más dormido. Nosotros, Mosca, acordamos no tener ningún vínculo político. Si alguno había tenido en el pasado cierto romance con algún partido o con algunas ideas, debía quitárselas de la cabeza. Era de las primeras normas que Arseni nos inculcó. «Nos tocará atacar a todos lados y no hacemos ascos a nada. Y si son políticos, menos. Todos son iguales». Sin quererlo, nos habíamos especializado en ese sector, éramos expertos en manipulación de todo tipo de datos que afectaban a políticos de todo el arco ideológico. Sabíamos cómo picar a cada extremo, y nos habíamos hecho unos listados mentales de cuentas que nos ayudarían en cada caso. Eso era lo importante, primero meter el dedo en la llaga; y segundo, liar a unos *influencers* para que cayeran en la trampa y nos ayudaran a la expansión viral de la crítica. Por último, el éxtasis se alcanzaba cuando conseguíamos que algún medio de comunicación se hiciera eco y le diera aún más difusión.

Daniel era un perro de pelea, no se dejaba amedrentar por ningún comentario y se tiraba a morder. Entraba al trapo de todo, lo que era ideal para nuestras intenciones. Replicaba nuestros argumentos incluso cuando recibía ataques de más de diez cuentas a la vez, o cuando estos eran auténticos bulos. Es verdad que los bulos se difundían por internet como la espuma, pero si recibían una buena respuesta bien fundada se viralizaban en sentido contrario a nuestro interés, económico, claro. Solo cobrábamos a éxito. Si conseguíamos cerrar la cuenta del tipo, podía llegar a los 1500 euros por cabeza. Si simplemente se ponía la cuenta privada, podía bajar a los 900 euros, dependiendo del número de seguidores que aún mantuviera en el momento de la privatización. Todo muy capitalista en el fondo.

Bel se había cansado hacía tiempo y no participaba demasiado en los ataques. Yo, la verdad, es que llegué a simpatizar con algunos de los ideales a los que golpeábamos más fuerte. Los feministas. Entonces Arseni vino con nuevo material. El cliente que nos había contratado

nos proporcionó información, sacada de alguna otra fuente con acceso a archivos policiales, de una denuncia por intento de violación puesta por una antigua novia de Daniel Ortega. La denuncia fue archivada, y se adjudicó a la chica el invento de la violación. Esta fue la mecha para una campaña mucho más agresiva. Se envió la información a un medio de comunicación de pocos escrúpulos y una ausencia descarada de contraste de información. Luego se montó la campaña alrededor de esa noticia, creando nuevas cuentas con cada ataque. Entonces llegó la escabechina. Héctor manipuló ciertas fotos en las que se afirmaba ver al acosado con varias mujeres en diferentes prostíbulos, y muchas de ellas menores. Se había inventado hasta los nombres de las prostitutas, que le acusaban en redes a través de cuentas falsas y, escogiendo los *hashtags* más famosos, viralizó una información totalmente falsa, pero que dio sus frutos con rapidez. Le lanzaron furibundos ataques desde la derecha y también fue recriminado por sus propios seguidores y compañeros de partido. El culmen llegó cuando su propia mujer lo abandonó, dejándole de recuerdo una demanda por violencia de género. De esto último ninguno supimos nada. No sabíamos si era cierto o no. Pero lo usamos como arma arrojadiza hasta que el tipo desapareció. Desapareció de las redes, de la política e incluso de los medios de comunicación. Nadie supo de él en mucho tiempo. Nosotros recibimos una buena paga por el éxito y nuevos encargos, pero yo le había prometido a Bel que lo dejaríamos, y estaba comprometida con ella. Como el que comete un robo tras otro, si no te pillan, siempre tienes la tentación de seguir, pero aquí había algo más. Todo esto nos producía nauseas. Sí, nos habíamos convertido en personas horribles, pero ni siquiera se nos pasó por la mente la idea de que alguien pudiera cometer un suicidio por nuestra culpa.

Cargos

—¿Entiendes que los cargos que tienes encima ahora son mucho peores de los que quizás imaginabas? Ahora mismo, te pueden caer solo por esto entre cuatro y ocho años de internamiento, a los que hay que añadir delitos contra la integridad moral, calumnias, injurias, incitación al odio…; todos castigados en el código penal en sus diferentes artículos. A lo mejor crees que como eres menor de edad te vas a librar, pero desde los catorce ya puedes recibir castigos penales. Aunque también la compensación económica te puede hacer daño, ¿no? ¿Qué dirá tu tía cuando se entere de la que has liado y de lo que le toca pagar por tu culpa? Tu sueldo estará embargado durante gran parte de tu vida. ¿Todavía sigues tan chulita?

—No. Tan solo creo que debo tener un abogado, y más después de estas acusaciones.

—No te enteras de nada. No te haría falta, si estuvieras dispuesta a colaborar.

Cerré la boca. Ya la había abierto demasiado. Es lo que tiene dedicarse a rapear, a crear letras y a gritarlas al viento. Que no podía callarme. Y por un momento desee que alguien me pusiera una mordaza.

—Si estuvieras dispuesta a colaborar, todos estos cargos podrían reducirse a un simple control domiciliario, que, en tu caso, si nos ayudas, te facilitaríamos. Participarías en un programa de protección de testigos.

—Y ¿por qué necesito un programa de protección de testigos? ¿Acaso estoy en peligro?

—¿Qué sabes de Arseni Pavlov? ¿Dónde vive? ¿Quiénes son sus padres? ¿Dónde vivía antes de conoceros? Cuéntanos todo lo que sepas de tu novio, ¡uy!, amigo.

La fortaleza

Las clases del curso de escritura creativa estaban siendo mucho más útiles que los años que había pasado en el colegio. Al menos, esa es la sensación que tienes cuando por fin descubres la aplicabilidad de lo que estudias a tu futuro, no solo laboral, sino para la formación de tu personalidad. Y, obviamente, no me refiero al uso, bastante mezquino, que le estábamos dando con Mosca. No. Yo me proyectaba como persona, dibujaba en mi mente lo que quería ser en la vida. Cultivar la palabra. Sacar la artista que llevaba dentro y aplicar todo mi potencial, tanto para satisfacer mi lado artístico como para ganarme el pan. Y, de nuevo, no, no me refiero a la utilidad que le estábamos dando. Existían dos momentos en los que me sentía viva: en clase, con el profesor; y fuera, con Arseni. Si uno me enseñaba a descubrir mi yo interior, el otro me ensañaba a proyectarlo. Subidos en el patinete eléctrico, atravesando la ciudad de punta a punta; viendo como el resto de infelices luchaban por cargar sus gigantescas mochilas llenas de piedras, acumuladas en sus largos años de agónica monotonía. Contrastaba con nuestra liviandad. No nos importaba el resto del mundo. Aquella era nuestra vida y nadie nos impediría disfrutarla. Gozaba del camino de ida y del camino de vuelta, y había dejado de contar los días que me quedaban para que me quitaran aquella maldita férula del dedo, pero me permitía abrazar a Arseni mientras navegábamos sobre un mar de millones de iones de litio.

Aquel día el profesor se tomó una licencia. Quería mostrarnos lo que era capaz de construir. Y nos desgranó una de sus últimas campañas para una multinacional.

—Nunca olvidéis que para construir hacen falta buenos cimientos. Y esos cimientos son la base para que vuestra campaña sea un éxito. Los vuestros serán cada una de vuestras palabras. No lo olvidéis. Porque todos los motores de búsqueda, todo vuestro posicionamiento dependerá de que elijáis bien las palabras clave. Esas palabras son las columnas de vuestro Partenón. Y gracias a ellas, gracias a su belleza, miles de adoradores acudirán a vuestra web, y no solo eso, se quedarán en ella durante milenios. Hoy vamos a aprender cómo elegir esas palabras, cómo seleccionarlas y cómo colocarlas en el texto.

Luego, como todo buen artista, cada uno le puede dar su toque de magia. Pero en el *copywriting* no buscamos ese tipo de belleza. Esa se la dejamos a los poetas. ¿No es así, Lara?

—Y ¿cómo firmamos nuestra obra? Si trabajamos para una empresa, si les montamos la página web o el discurso a un presidente del gobierno, ¿hay alguna forma de que alguien, no sé, dentro de miles de años, pueda reconocer quién escribió el qué? ¿Trabajar para otros no es corromper el arte?

—Dentro de miles de años igual no existe ese alguien. Pero ahora mismo sí. Todos dejamos marcas cuando escribimos. Todos tenemos nuestras manías. Y hay *softwares* muy potentes capaces de identificar de quién es un texto, o de alinear textos de una misma persona. Por lo que siempre quedará esa pequeña firma y, si amas tu trabajo, aunque sea para otro, sigue siendo tu arte. Miguel Ángel pintó la bóveda de la Capilla Sixtina por encargo del Papa Julio II, y no por eso deja de ser su obra de arte. Pero dejadme que os enseñe mi obra.

Aquella fue una clase inolvidable. Nadie me había apreciado tanto como aquel profesor. Al menos, yo nunca me había sentido así de motivada. Salvo, cuando salíamos de clase.

—Chicos, nos vemos en el parque.

Esta vez yo iba montada delante de su patinete eléctrico mientras él se agarraba a mi cintura. Nos dirigíamos a toda velocidad hacia el paseo marítimo. Nos gustaba deleitarnos un rato en el rompeolas. Bel y Héctor tardarían un rato en llegar. Allí, mientras mirábamos hacia el mar, me cogió de la mano por primera vez. Aún no he pensado en los versos que podrían describir esa sensación, pero algún día los encontraré. Algo dentro de mí quería luchar y rebelarse. Pero no podía. Me arrastraba hacia su luz como un agujero negro.

—¿Sabes lo que significa el nombre de Arseni en ruso?

—Es como Arsenio, ¿no? Eso no es un mineral.

—Sí, je, je, también. Pero significa «fuerte». —Entonces apretó mi mano con la suya y la levantó hacia el horizonte, donde comenzaba el ocaso—. Aunque no sirve de nada una mano fuerte si no tiene qué defender.

—Y ¿qué quiere defender tu mano fuerte? —Apoyé mi cabeza en su hombro mientras él me abarcaba con su abrazo, y su otra mano se reforzaba con sus dedos fuertemente entrelazados con los míos.

—Defenderá mi fortaleza. Esa que construiré con una persona

especial. Juntos, seremos indestructibles.

Esa mirada cristalina me lo estaba diciendo todo. Tenía esa confianza en sí mismo que no le hacía dudar ni por un segundo de que obtendría lo que quisiera. Incluso a la persona que quisiese. Y a mí no hacía falta que me dijera quién era ese alguien con quien construiría su fortaleza. Yo estaba segura de quién era.

—¿Sabes que el nombre «Lara» también tiene un significado en ruso?

—¿En serio? Creí que venía de los famosos infantes de Lara, cuyas cabezas colgó Almanzor en la calle Cabezas, en Córdoba. Al menos, es la historia que me contaron cuando fui de visita con el colegio cuando era chica. Creo que es de lo único que me acuerdo de aquella excursión. De eso y de los pedos asquerosos que se tiraba Héctor en el autobús.

Reímos, unos segundos, porque Arseni quería explicarse.

—Pues Lara significa «ciudadela». Yo soy la fuerza que protegerá la ciudadela. Y juntos formamos una única fortaleza inexpugnable.

Casi me dio la risa, pero aquella escena solo podía terminar de una forma. Nos besamos. Fue un beso largo. Abrazados. Nunca antes me había sentido igual. Creía tener una coraza antihombres. No me había sentido atraída por ninguno más allá de los personajes de alguna serie de televisión. Creo que eso era lo único que me confirmaba mi heterosexualidad. Eso, y que tampoco había sentido nunca nada especial por otra chica.

No me arrepentiré jamás de aquel beso. Desconocía cuál era el grado de sinceridad en Arseni, pero sé que no forzó nada más, y, si hubiera querido, yo no se lo habría impedido. Eso, para mí, quiere decir que en realidad él sí creía que construiría esa fortaleza. Me abrazó y contempló el horizonte conmigo.

Ahora ya sabía cuánto podían haber averiguado sobre mí y sobre Arseni. Referirse a Arseni como si fuera mi novio no había resultado la puñalada que la inspectora deseaba. Me había reafirmado en mi intención de no delatar a mis compañeros. Si Bel quería hacerlo, estaba en su derecho. De todas formas, aunque quisiera, tampoco sabía gran cosa sobre Arseni.

—Parece que no sabes mucho sobre tu novio. Pues te voy a contar yo quién es Arseni Pavlov. Hijo de Vladimir Pavlov, uno de los jefes de la mafia rusa. Su papá se dedica al tráfico. De todo lo que se te pase por la cabeza. De mujeres, de drogas, de armas. No sabemos cómo ha aparecido Arseni en España, pero, desde luego, contactar con vuestro grupito de perros callejeros no ha sido una casualidad.

—Pero ¿no tienen ni la más remota idea de dónde ha ido?

—Os hemos estado siguiendo. Por eso sabemos que, si ha engañado a alguien en particular, ha sido a ti. Creemos que Arseni se dedica a reclutar miembros para los grupos de apoyo a la guerra cibernética rusa. Es su manera de desestabilizar a otros países. Arseni es su reclutador en España. Es probable que su padre también esté por aquí y, si pudiéramos echarle el guante, es él quien más nos interesa. Aunque, a los servicios secretos —movió los ojos hacia su derecha donde, como una pequeña lechuza, nos observaba el hombre de las gafitas—, quizá les interesaría interrogar a tu cielito. Ningún país quiere espías de otro.

—Pero se os ha escapado. Me tenéis a mí, a Bel, ¿y ya?

—Querida. Soy yo la que hago las preguntas y tú quien las responde. Creo que aún no valoras la oportunidad que te estamos brindando. Vayamos al grano. —Esta vez giró el cuello hacia su izquierda e hizo un gesto al tipo que aún no había intervenido en la conversación—. Álvaro.

Este se incorporó y le llevó una carpeta a la inspectora. Después se apartó levemente mientras Silvia repartía las fotos por encima de la mesa. De un modo metódico fue describiendo lo que se veía en cada una de ellas.

—Dos mujeres de origen ucraniano encontradas en un contenedor

en Fuengirola; fueron torturadas. Se puede observar la erosión de las muñecas, lo que indica que estuvieron atadas durante horas. Fueron vejadas, tienen múltiples desgarros genitales, y golpeadas. Las contusiones se extienden por todo el cuerpo, y parece que fueron golpeadas con una barra, posiblemente de hierro. Finalmente, fueron asfixiadas con las bolsas de plástico que tenían en la cabeza cuando las encontramos en el contenedor.

La escena era extremadamente macabra. Estaba claro que querían aflojarme de alguna manera, pero tampoco insistió en argumentos o en presiones. Tan solo se dedicó a relatar lo que les había pasado a cada una de las víctimas.

—¿Qué queréis decirme con esto? ¿También me estáis insinuando que soy culpable de su muerte?

—Todas estas personas han sido víctimas del padre de tu amigo. Mira. Si te somos sinceros, queremos echarle el guante a ese tipo, pero aquí no hemos venido a eso. Aquí estamos por su hijo. Lo que queremos decirte es: ¿qué crees que le haría a la persona que podría delatar a su hijo y enviarlo a prisión?

—No lo sé. No conozco a su padre. De hecho, no sé si todo esto se lo están inventando.

—No nos estamos inventando nada. Todo esto está siendo grabado y, si es necesario, se presentará ante un juez. Si no colaboras. Si colaboras, podemos incluso incorporarte a un plan de testigos. Nadie sabrá dónde te encuentras. Y no te faltaría de nada. ¿Qué te parece?

—Que no tenéis nada contra mí.

—Te equivocas. —Esta vez, habló desde el fondo el tipo de las gafas diminutas y la agenda sobre el regazo, a la que había añadido una pequeña *tablet* que debió de sacar de la mochila que escondía detrás de la silla—. Como habrás aprendido de Arseni, un buen trol que no se deja pillar fácilmente, antes de enviar un mensaje, un tuit o un comentario, lo pasa por un programa de reconocimiento de estilo. Sin él, estaríais perdidos, porque si no cambiáis vuestro estilo, os reconoceríamos de inmediato por los dejes, las coletillas, las formas verbales, las palabras propias y sus combinaciones, que dejan una marca que define a cada escritor. Es vuestra huella dactilar. Eres buena. Tengo que reconocerlo. Pero desde que has entrado en esta sala he estado anotando todas tus frases y he generado un perfil con un *software* nuevo que tenemos.

—Lo ha creado él mismo, es un excelente programador. —Silvia sonreía, orgullosa de lo que había logrado un miembro del CNI de su país, aunque él hubiera preferido cero interrupciones.

—A través de esos patrones en tus frases, más alguna que otra que teníamos de antes, mientras te seguíamos, he conseguido recrear los comentarios típicos que harías en una web. Lo que hemos creado, digamos que es un conversor de tu lenguaje hablado a cómo lo expondrías, por ejemplo, en los 40 caracteres de Twitter. Con esto, hacemos una comparativa con los mensajes que recibió Daniel Ortega sus últimos días antes de morir, y ya tenemos claro cuáles son tus identidades.

Así que era eso a lo que se dedicaba el de las gafitas. Menudo capullo. Sabía que lo mejor que podía haber hecho era permanecer callada. Es de manual.

—He hecho una búsqueda en la web y me salen múltiples coincidencias, por lo que en unos minutos hemos conseguido extender la lista de acosos en los que has participado. Hemos hecho lo mismo con tu amiga Isabel, que ha sido mucho más dicharachera.

—Sí, a ella le gusta mucho hablar. No tanto escribir.

—Tienes razón, parece que interviene bastante menos. Hemos encontrado pocos perfiles que encajen en su huella, pero no le quitan su parte de culpa.

—¿Sabes una cosa? —La inspectora tomó otra vez el mando de la conversación—. Tienes suerte. Parece que hay unos alias que están mucho más implicados en el linchamiento y en gran parte de los delitos que te he listado antes. Te lo vuelvo a repetir por enésima vez, te podrías librar de una condena larga. Y, si colaboraras, te podríamos introducir en el programa de protección de testigos. Para eso ha venido Álvaro. Entrarías como una víctima de las redes sociales, manipulable, indefensa, ignorante del daño que causabas, sin capacidad para separar todo esto de un juego. Pero tienes que colaborar. No vamos a hacerte esta oferta ni una vez más. Te vamos a dejar aquí, que lo pienses un rato, y luego querremos saber si vas a ayudarnos a atrapar a Arseni.

Los tres salieron de la habitación a la vez. Sin embargo, había algo que no encajaba. Los mensajes más agresivos los había escrito Héctor. Él era el verdadero culpable. Sin embargo, se habían montado toda esa historia de que Arseni era el organizador de las redes rusas en

España y, la verdad, yo no tenía ni la más remota idea de lo que me hablaban. Bueno, conocía la palabra *trol;* sabía incluso que era lo que nosotros hacíamos. Al menos, cuando te excedías en molestar más de lo normal siempre había alguien que decía: «Aquí huele a trol». Pero no me imaginaba que hubiera cuerpos de élite del ejército ruso o agentes secretos dedicados a buscar troles profesionales como nosotros. Mi relación con las redes sociales no había sido muy intensa hasta ese momento, y me juraba a mí misma que esa relación había llegado a su fin.

Llevaba unas cuantas horas encerrada en aquel habitáculo y mi mente viajaba constantemente por mis últimos momentos con Arseni. ¿Realmente había sido todo un engaño? ¿Me había manipulado hasta el punto de hacer que me enamorara de él?

Volar

Por la tarde, después de clase, Arseni tuvo una conversación con el profesor, que se extendió más de la cuenta. Mientras, yo esperaba en las escaleras, sentada, jugueteando con mi teléfono. Héctor y Bel se habían ido antes, no querían aflojar la presión sobre el tipo que debíamos acosar. Ya nos había bloqueado decenas de cuentas y se había privatizado la cuenta. Pero podíamos conseguir que se retirara. Héctor tenía esos planes de los que me enteré más tarde: aumentar la presión sobre sus seguidores, que aún eran unos cuantos miles. Elegir a los más vulnerables, era cuestión de tiempo que se retirara.

Cuando salió, Arseni sonrió como siempre al verme, tenía ese toque de creído que a mí nunca me ha gustado en los chicos, pero este me tenía enganchada. Dicen que el amor es ciego, pero lo vecinos no; en fin, yo estaba cegada y mis vecinos tampoco me pellizcaban para sacarme del sueño. Cogió mi mano, enfundada en un guante abierto por las falanges, y ese contacto de mis dedos con su huesuda mano revolvía mis hormonas como si entraran en una centrifugadora de uranio radioactivo. A partir de ese momento, todo era felicidad.

—Ya no tienes excusa.

Me habían retirado las férulas del dedo aquella mañana. A eso se refería. Pero, aun así, yo había acudido en transporte público a clase. Disfrutaba de abrazarme a él y recorrer la ciudad de punta a punta. Un día más no haría daño a nadie.

—Aún no me atrevía a coger mi patinete.

—No pareces la típica que no se atreva a hacer algo. ¿No será que quieres montar en la mía?

—Qué chulito eres. Tampoco es tan excitante. Prefiero mi viejo cacharro mecánico. Y empujar con las piernas; se me están poniendo fofas de ir pegada a tu culo de rana.

—Ja, ja. Genial. Entonces, te invito a una última vuelta.

Sentir otra vez la velocidad de aquella máquina, recorrer la alcazaba por debajo, saltando las acequias, atravesando los jardines, moviéndose a toda velocidad entre coches que parecían ancianos con muletas a nuestro lado. Otros, montados en patinetes eléctricos de alquiler, envidiaban la potencia de esta máquina. Alguna vez había

probado los patinetes de ciudad. Estaba claro que prefería mil veces la mía que esos armatostes. Pero la máquina de Arseni, aquello era otra cosa. A gritos, mientras avanzábamos hacia el final de la playa, Arseni me dijo:

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué es?

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa.

Se dirigió hacia el final del paseo marítimo y, en el aparcamiento playero, ocupado a esas horas por unas pocas furgonetas, Arseni se acercó a una de ellas. Nunca antes la había visto. Abrió la parte de atrás y pude ver un interior bastante ordenado.

—Esta es mi casa.

—Venga ya. Si tu eres un *millonetis*. No me engañas.

—No te engaño. Aquí es donde vivo. Eso no quita que tenga dinero para hacer lo que me plazca. Y lo que me place ahora mismo es recorrer el mundo en mi furgo, con mi patinete y mi tabla de surf.

Que puñetero creído. ¿Qué le habría costado decir que querría compartir su viaje conmigo? Me provocaba con esa sonrisa tan perfecta. Un buen puñetazo que le partiera la nariz y seguiría siendo guapo el muy cabrón.

—¿Solo?

—A eso venía. Qué tal si ¿te vinieras conmigo?

—Ja, ja. ¡Me encantaría! Pero mi tía no tanto. No me va a dejar.

Abrazados, detrás de la furgoneta, me indicó con un dedo.

—Esta no era la sorpresa.

De la furgoneta sacó un paquete enorme.

—Es esta.

No me lo podía creer. Con todos mis ahorros quizá podría haberme comprado uno, pero no iba a gastarme lo que había ganado en un patinete eléctrico de *freestyle*.

—¿Te gusta?

—¡Síii! —dije dando saltos de emoción.

—Probémosla.

—Hasta los Baños del Carmen. ¿Una carrera?

—¡Hasta los Baños!

Entraron de nuevo en la sala. Los tres adoptaron la misma posición que tenían antes de irse. Si estos eran los interrogatorios en la vida real, eran bastante aburridos. Éramos cuatro sociópatas tratando de entenderse. Habría sido más entretenido un interrogatorio como en las películas. Aquí no había un poli malo claro. Aunque la crudeza con la que me habían mostrado mis opciones, los hacía a todos malos. Por otro lado, parecían entusiasmados con la idea de ayudarme. Estaba claro que había cosas en aquel interrogatorio que no encajaban. ¿Por qué a mí? Parezco más culpable que Isabel. Ella sería una mejor baza si quisieran una confesión. O, tal vez, ya habían obtenido tal confesión y jugaban con la ventaja de saber todo aquello que Isabel les hubiera contado. Por otro lado, ¿cómo habían dado con nosotras? Al parecer ya nos seguían desde hacía un tiempo. Entonces debían saber que existía un cuarto miembro en el grupo: Héctor. ¿Qué había sido de él? No habían mencionado su nombre. ¿Y Arseni? ¿Cómo es que no lo tenían? Si nos habían estado siguiendo, deberían haber sido capaces de detenerlo. Eso solo podía significar una cosa: Arseni sabía que lo perseguían y les había dado esquinazo. Pero, entonces, por mucho que yo quisiera ayudar, él ya habría tomado medidas. Lo que tenía en mente podía funcionar.

—Y ¿bien? ¿Qué has decidido? ¿Vas a colaborar?

—Podría intentarlo.

—No es una cuestión de intentarlo.

—Ustedes tienen unos motivos para perseguir a un amigo mío. Yo puedo intentar quedar con él. Pero no puedo asegurar que vaya a venir.

—Él confiaba en ti.

—Exacto. Y, por eso, no creo que sea mala persona.

—Quería decir que él sabía que tenía tu confianza.

—Pero no la de ustedes. Y, si nos han estado siguiendo, deberían saber dónde puede estar Arseni.

—Verás, eso es información confidencial.

—¿El qué? ¿Se os ha escapado? No me fastidies. Es obvio que no estaríais dándome a mí la tabarra si lo tuvierais entre rejas. Yo no he

hecho nada.

El tipo de las gafitas comenzó a anotar de nuevo en su cuadernillo. Maldito fuera. No podía ni abrir la boca sin que ese capullo sacara nuevos datos que podría utilizar ante un juez para incriminarme.

—Eso lo dices tú. Habría que ver qué dice el juez.

—Yo no tengo un modo de comunicación con Arseni. Nunca tuve su teléfono. Sabía que era él cuando recibía un mensaje. Pero siempre me escribía desde un número oculto, y nunca pude devolverle la llamada. Ni contestarle. Ni escribirle por WhatsApp. Cada día, él creaba un nuevo foro en Telegram donde nos comunicábamos todos. Pero el grupo desaparecía cada noche.

—Parece un *modus operandi* bastante parecido al de un delincuente. ¿No te parece?

—Nunca sabes a quién te puedes encontrar en la redes, como ustedes dicen. Hay que ser precavidos. Es parte de nuestro aprendizaje como desarrolladores de contenido en internet, el ser capaces de mantenernos lejos de amenazas y el protegernos de las mismas. Es una asignatura de periodismo, ¿no lo sabía? Los periodistas tienen que aprender a proteger sus fuentes, porque no se fían de los cuerpos de seguridad. Pero yo no estoy acusando a nadie, qué conste. —Y el tipo seguía anotando—. ¿Puede parar de escribir? ¡Me está poniendo nerviosa! Si quieren que colabore, que pare.

—Está bien. Déjalo un rato, Juanjo.

—Eso, Juanjo, déjalo un rato.

El tipo levantó la vista por primera vez en toda la conversación. Se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo de los antiguos, de cuadritos azules y blancos. Luego volvió a colocárselas y me observó con atención. Este tipo no veía personas, ni sentimientos. A mí me daba la sensación de que tan solo veía ceros y unos.

—Prosigue, Lara.

—Hoy era el primer día que no tenía que venir a buscarme. Tengo bien la mano y ya puedo conducir mi patinete. Normalmente, él me envía un mensaje justo antes de venir a buscarme y me dice dónde quedar. Pero ayer me dijo que nos veríamos en los Baños del Carmen, a la tarde. Después de clase. Tenía algo que hacer y no podía venir a la clase de *copy*.

—¿A qué hora es la clase?

—A las 4 de la tarde.

—Y ¿a qué hora habríais quedado si él te hubiera contactado?

—Pues, no dijo hora. Podría ser a las siete de la tarde, a las ocho. No estoy segura. No dijo hora.

—Podría ser un principio. Hoy deberías ir a clase. Tu instituto empieza en un par de horas. Después irás a comer como todos los días, y después a tu clase de *copy*. Tanto tú como Isabel tendréis que disimular. Procurad no hablar de lo que os está pasando, eso os ayudará a pasar con más tranquilidad el día.

—¿Puedo ver a Isabel?

—En breve os veréis en el instituto.

—Y ¿qué hay si os ayudo a atrapar a Arseni? Dijiste que me daríais protección. ¿Qué protección? Lo quiero ver en un documento, firmado, y quiero una copia. Y quiero que esa protección incluya a Isabel.

—Lo tendrás en media hora. Mientras estés en el programa de protección de testigos pondremos vigilancia en tu casa y a tu tía, sin que ella se entere, por si les da por ir a visitarla. Tú, mientras tanto, serás enviada a una casa para testigos protegidos. Harás una vida diferente. Será una especie de servicio que harás a la sociedad para redimir tus faltas. Pero lo tendrá que refrendar un juez, y puede tardar un tiempo. Tienes mi palabra de que lo firmará. Ahora te traeremos los papeles y tendrás que darte prisa. No llegues tarde al instituto.

La playa

Tras aquella noche inolvidable en los Baños, Arseni me dijo: «Nos vemos mañana en la playa». Eso solo podía significar que nos veríamos en la playa de los Baños. Era la única playa a la que habíamos ido. La primera vez que fuimos juntos tuve que disimular que estaba muerta de vergüenza, y me puse en pelotas, como el resto de personas que me rodeaban, y Arseni hizo lo mismo. Quizás aquello hacía que eliminásemos lo superficial de nuestra relación de pareja, en la que apenas había habido unos besos y unas caricias, para romper nuestra intimidad de la manera más agresiva posible. Desnudos, ya no había nada físico que no conociéramos el uno del otro. Conocernos en profundidad implicaría desnudar nuestras mentes.

La noche había entrado con la fuerza que lo hacen las de luna nueva. Ya me era imposible distinguir los barquitos en el horizonte, salvo por sus luces parpadeantes, que parecían sincronizadas. Tal vez, en ese momento Arseni ya sabía que habíamos sido descubiertos. Tampoco sabía nada de Héctor. Isabel sí que había acudido a clase esa mañana, pero apenas se había atrevido a saludarme. En la clase de *copy* todo había sido muy confuso. No éramos muchos alumnos y encima faltaban dos, y otras dos estábamos como ausentes. Desconocía si Isabel había llegado a algún acuerdo con la policía. Quería hablar con ella, pero no podía. Ambas sabíamos que estábamos bajo vigilancia. Al menos por la policía. Si era verdad lo que me habían contado sobre el padre de Arseni, quizás habría más gente vigilando nuestros movimientos. Lo cierto es que llevaba tres horas sentada en las piedras mirando al infinito. Aquí es donde él vendría, si es que era cierto lo que me propuso. Viajar por el mundo. Sin un destino concreto. Él, yo y su furgoneta. Y nuestras tablas. De vez en cuando miraba hacia atrás para ver si alguien me hacía una señal de que ya era suficiente, pero nadie perdía la esperanza de atrapar al Ruso. Yo tampoco. En el fondo, por un instante pensé que no se olvidaría de mí. Pero, a la vez, era yo la que lo traicionaba. Nada tenía sentido. Quizá lo más simple sería cumplir la condena que quisieran imponerme. Tenían una colección de delitos que colocarme. Tras cuatro horas parada creí que ya no tenía sentido seguir allí, y el frío

empezaba a metérseme entre las pocas capas de ropa que llevaba. Me coloqué la capucha de mi sudadera, cuyo amarillo chillón reflectaba la luz de las farolas. Aquella sudadera fue un regalo de Isabel y de Héctor por mi dieciséis cumpleaños. Sabían que era fan de Haikyuu. Recogí mi patinete nuevo, lista para terminar mi misión de traidora. Ahora me sentía un poco desprotegida. Sin él. Y con semejante máquina. Si alguien supiera lo que costaba, no dudarían en darme una paliza para quitármela.

Dentro del párking cercano a los Baños del Carmen había una furgoneta negra con los cristales tintados. De ella salió una mujer, también parapetada bajo una capucha, aunque la suya destacaba por sus tonos ocres que le ayudaban a camuflarse mejor con el ambiente. La mujer se apresuró hacia donde yo estaba a punto de largarme con el patinete. En breve podría sacarle millas. Pero esperé, un poco por temor a lo que podría pasarme si huía, y otro poco por curiosidad.

—No vayas muy rápido. No me mires. Sigue en tu patinete. Intentaremos seguirte. Creemos que podrían intentar interceptarte en el camino. Tienes un dispositivo GPS escondido, no intentes escapar.

Continuó su paso, que parecía perfectamente calculado para no levantar sospechas. Subió a una moto de cross escondida detrás de la furgoneta. No sé por qué todas las furgonetas de espías son iguales, disimularían mejor con una furgoneta jipi. Yo comencé el camino de vuelta a mi casa. O lo que quedaba de ella. Aún no había vuelto desde que me sacaron. Lo extraño es que ningún vecino hubiera llamado a mi tía. Seguro que habían visto la puerta destrozada. Seguí por la carretera hasta que llegué a la altura de El Palo. Antes, esta era la parte más complicada. Subir las empinadas cuestas del barrio hasta la parte alta, donde vivía con mi tía. No era lo mismo con una máquina eléctrica. En cierto modo, quizás Héctor tenía razón. Esto desvirtuaba las sensaciones de llevar un patinete por tus propios medios. Mis músculos se habían adaptado a los movimientos y ahora sentía que me sobraban. Intentaba usarlos, pero no les encontraba utilidad. empecé a repudiar aquella máquina. Llegué a la casa y, ¡sorpresa! La puerta estaba intacta. Recibí una llamada.

—La llave está debajo de la alfombrilla. De nada por arreglar la casa.

«Idiota, si no la hubierais roto, no habría que arreglarla. No te pienso dar las gracias por una puerta arreglada».

—Gracias.

Era cierto. Habían cambiado la puerta y habían ordenado la casa. Hasta habían colocado en mi cuarto un ordenador similar al que tenía, aunque estaba claro que no era el mío. Si querían impresionarme, lo habían conseguido. Sería el primer paso hacia mi evanescencia. Que mi tía no sospechara. Encendí el ordenador, pero no sabía qué hacer con él. Entonces recibí una nueva llamada de otro número desconocido.

Su voz sonó distante. Cómo si alguien dejara el teléfono encendido en el coche tras una conversación y, al otro lado de la línea, tú siguieras escuchando, tratando de decirle que había dejado descolgado el teléfono. De fondo, el sonido de la carretera, de coches circulando, como las olas del mar. O, quizás, era el mar lo que escuchaba de fondo mientras pensaba si debía decir algo. Era distante también en su forma de hablarme. Como si nunca nos hubiéramos dado un baño juntos, en pelotas, salpicándonos, empujándonos, haciéndonos aguadillas, secándonos al sol, observando nuestros cuerpos sin pudor. Y, ahora, parecía tener al otro lado del teléfono a un completo desconocido.

—¿Lara?

Guardé un corto silencio sin saber si responder. ¿Debía entregar a la policía a la persona que había convertido mi mundana vida en la revolución de todos mis sentidos? ¿A aquel que había despertado la flor que yacía mustia en mi estómago, y lo había convertido en la marabunta? Quizá sí. Al fin y al cabo, lo que habíamos hecho era deplorable. En parte me daba asco a mí misma. Y Arseni, era un ser misterioso del que no sabía gran cosa. Nunca hablaba de su pasado. Y me dejó tirada. No vino a buscarme como prometió.

—Lara. No tengo mucho tiempo. Sé que te están vigilando. Sé que probablemente me estén escuchando. Solo quiero que sepas que te quiero. Y que nuestros planes no han cambiado. Tan solo se han pospuesto. Tengo que dejarte antes de que me localicen. Y, ya sabes, no apagues las luces de la máquina.

—¿Arseni?

Pero la llamada se había cortado. Mierda. Mierda. Mierda. Volví a la cama, pero no podía dormir. Le daba vueltas a las palabras de Arseni. Seguían en pie los planes de nuestro viaje por el mundo. ¿Cómo? ¿Con la policía detrás de nosotros? Era imposible desaparecer. No había nada en el mundo que pudiera volver a

unirnos. Me acerqué a la ventana y pude ver otra furgoneta muy mal aparcada al final de la cuesta. Tendría difícil girar. Me cambié de ropa, esta vez me puse lo más oscuro que tenía. Me acerqué al patinete y desmonté todo lo desmontable. Dentro del manillar izquierdo encontré el aparato que buscaba.

Salí disparada cuesta abajo, con el *scooter* a velocidad máxima. Creo que es la primera vez que usaba el casco, podría hacerme falta de verdad. Tan solo pude ver, fugazmente, al pobre pringado encargado de vigilarme aquella noche atragantarse con una hamburguesa mientras intentaba arrancar. Pero yo conocía muy bien aquella parte de la calle. No podía girar, tendría que dar una vuelta enorme. Para cuando quisieran seguir el GPS que habían instalado en el patinete, descubrirían que iba camino de la depuradora de Málaga.

Mientras circulaba a toda velocidad recordaba una de aquellas noches en las que Arseni me enseñaba a volar por las calles de Málaga en su máquina. Hemos hecho muchas cosas temerarias. Pero esta fue de las que hicieron que me hirviera la sangre hasta casi desbordarse por todos los poros de mi cuerpo. Entramos a una velocidad de vértigo por el túnel del trenecillo, que llevaba a La Cala del Moral. Recuerdo perfectamente las palabras de Arseni:

«Solo hay dos momentos del día en que es muy peligroso cruzarlo: a las 14:15 y a las 22:40. Es cuando se cruzan dos trenes a la vez en el interior del túnel. Si alguna vez tuvieras que cruzarlo, no apagues nunca las luces».

Aquel día no entendí muy bien qué quería decir, porque todo me daba igual. Pasamos a toda velocidad dando saltos como locos mientras el tren que se dirigía a Málaga nos pasó a menos de 2 metros. Pude sentir la fuerza asimétrica de las dos máquinas casi fusionándose. La que nos pasaba, y la que venía de frente. Una de repulsión, otra de atracción. Arseni aprovechó el impulso para hacer un giro en el aire de 360 grados y librarnos de las dos. Yo creí que moría. Y no me hubiera importado. Habría sido un final trágico, de portada de periódico, pero para mí habría sido un final idílico.

Era más que probable que hubieran escuchado nuestra conversación telefónica ya que, al menos mi teléfono, debía de estar pinchado. Estarían rebanándose los sesos para averiguar qué habría querido decir Arseni. Yo tampoco lo tenía claro. Solo sabía hacia dónde debía mover mi máquina.

Pasé por el túnel en el que pronunció aquellas palabras. Yo, esta vez, había preferido coger el tren. Llegué a la Cala del Moral y me dirigí hacia los acantilados. Cuando hicimos aquella excursión, me comentó que él nunca había sido un amante del mar, salvo por el surf. A él lo que le gustaba de verdad era la carretera. Pero disfrutaba de mirar al horizonte, para él era sinónimo de más allá, de viajar, de ver mundo, de conocer otras culturas, de disfrutar de la vida. Si se nos había dado la oportunidad de disfrutar de un planeta, eso era lo que él pensaba hacer. Recorrerlo entero. Y me lo dijo allí, exactamente en el lugar en el que me encontraba ahora. Notaba el corazón acelerado, no del ejercicio, claro, sino de la tensión. ¿Y si acababa en algún barco destino a cualquier burdel del planeta? ¿Y si esa era su manera de ver mundo? Trabajaba para la mafia, para los servicios secretos de su país de origen, reclutaba agentes que no sabían siquiera que lo eran. Estaba hecha un lío. Mi vida se había convertido en una montaña rusa, nunca mejor dicho. El pequeño precipicio que tenía enfrente me produjo vértigo. La tentación de saltar y encontrar un final rápido siempre está ahí. El acantilado no sería muy alto, pero el mar estaba furioso, y sería imposible luchar contra él. Resbalé hacia el abismo en el mismo momento en el que alguien me tocaba el brazo. Gracias a sus buenos reflejos, me agarró. El susto me recorrió toda la espina dorsal y se diseminó al resto de terminaciones nerviosas en forma de sudor frío.

—Sabía que lo entenderías.

—Te equivocas. No entiendo nada.

—Lo siento, Lara. No era mi intención. Si hubiéramos terminado con éxito nuestra última misión, te prometo que habríamos comenzado nuestra vida. Una vida nueva lejos de esta. Yo no quería seguir con esto que hacíamos. De veras. Me di cuenta en cuanto te conocí.

Parecíamos dos fugitivos. O, lo éramos. Los dos con las capuchas puestas, camuflados por el negro de nuestra ropa. Lo único por lo que destacábamos era por nuestros vehículos. Algo por lo que podríamos ser reconocidos en cualquier sitio en el que hubiera alguien buscando a dos encapuchados en patinete.

—Claro. En todo caso, yo sí he comenzado una nueva vida.

—Te digo que lo siento.

—Con eso no vale. Nos has utilizado. ¿Para qué gobierno

trabajábamos?

—No lo sé.

—No te creo.

—Ya sé que no puedes creerme. No tengo derecho a que me creas. De todas formas, te puedes imaginar para quién trabajábamos. No deben de ser buenas personas, eso seguro. Alguien con intereses concretos, de cualquier tipo. Una venganza, un compañero competidor que quiere quitarte el puesto, uno incluso de tu mismo partido político, un gobierno que quiere desestabilizar a un país competidor. Las posibilidades son múltiples. Tampoco teníamos que ser tan agresivos. Héctor…

—¿Héctor? ¿Qué tiene que ver Héctor con todo esto? Nosotros éramos tres amigos que nos llevábamos genial hasta que llegaste tú y nos metiste en la cabeza estas ideas maléficas de ganar dinero.

—No seas injusta, vosotros aceptasteis. Nadie os obligó.

—Está bien. Nadie nos obligó. Entonces, creo que ya hemos terminado la charla, ¿no? ¿Cómo voy a fiarme del hijo de un criminal?

—Lo sabes. Te lo ha contado la policía.

—¿Es cierto, entonces? ¿Ni siquiera lo niegas?

—No puedo negarlo. Mi padre es un malnacido. Yo no quiero ser como él. No sé nada de él, y disfrutaré de no volver verlo nunca más.

—Y ¿el negocio que nos propusiste? ¿Se te ocurrió a ti?

—Me metió mi hermano. Sergei. Yo no veo a mi padre desde hace años. Sergei es la única familia que tengo, y tampoco es que lo vea mucho. Tenemos nuestras formas de contactar, y él es el que me ordena a quién debemos acosar en redes. Él es el que nos paga. No sé para quién trabaja, pero imagino que le da igual. Nacimos en esta familia, y me crié haciendo estas cosas. Hasta ahora, no he sido capaz de pararme a pensar en lo grave que podía ser. Llevo un par de años en esto. Se me da bien reclutar y formar a…

—Troles. ¿Es eso lo que somos? Unos reclutas más. Un grupo formado por ti para hacer el trabajo sucio. No somos más que eso. Un puñado de troles al servicio de los Pavlov.

—No, Lara. Tú eres diferente. Contigo veo la vida de otra manera. Verás. Yo tengo dinero para lo que quiera. Nunca me falta de nada. Pero vivo solo. No conocí a mi madre y no tengo contacto con ningún otro miembro de mi familia. Todos están en busca y captura. Pero desde que te conocí, creí que había algo más por lo que vivir. De

verdad que quiero fugarme contigo. Me encantaría tener una nueva vida. Una nueva oportunidad. Sin hacer daño a nadie. Menos aún a ti.

Yo no quería mirarle a la cara, porque el avellana intenso de sus ojos me reblandecería y me haría recuperar la esperanza, cuando esta ya había desaparecido. No notaba su mirada sobre mí. Parecía no mentir. Aunque, ¿quién puede fiarse de un profesional del engaño?

—Me dejaste tirada.

—Lara, si quieres, aún estamos a tiempo.

Le había rebozado por la cara que me había dejado tirada y, sin embargo, él no había mencionado que yo había participado en prepararle una trampa que le habría hecho pasar su juventud entre rejas.

—Me siguen a todas partes. Van a hacer de mi vida un infierno. Te has arriesgado mucho al venir aquí. ¿Crees que seremos más listos que todas las policías del mundo? Eres un delincuente internacional.

—Me entregaré. Así te dejarán en paz a ti. Pasaré el tiempo que me digan entre rejas. Colaboraré y me reducirán la pena.

—No digas tonterías. Si te quisiera entre rejas, te los habría traído aquí. Además, si traicionas a tu familia, ¿qué harán contigo?

—Lo sé, pero creo que es lo mejor. Puedo correr ese riesgo.

—¿Por qué no viniste? La noche que quedamos para huir.

—No pude. No me dejaron. Mi hermano envió a unos de sus gorilas a cuidarme.

—¿Esa es la razón?

—Sí. Sé que estabas retenida por la policía. Tú e Isabel. Pero no pude hacer nada.

—¿Y Héctor? ¿Qué sabes de él?

—Está desaparecido. Tal vez ejecutó su propio plan de evasión cuando enviaste el mensaje de que tu seguridad estaba comprometida. Yo también tenía el mío. Ahora mismo podría estar en un lugar en el que nunca me encontrarían. Pero hice otro plan, contigo, y es el que me gustaría poder cumplir.

—No te entregues.

—Creo que es demasiado tarde. No tengo otra opción.

Las luces de varios coches de policía aparecieron justo cuando la tormenta estallaba. La lluvia difuminaba el rastro de luces azules. Entonces solo sentía que mi corazón se resquebrajaba. Quizás había sido demasiado dura. Arseni me abrazaba, pero yo me abrazaba a mí

misma. Lo aparté.

—No quiero que te cojan. Por favor.

Cogí el patinete y se lo mostré, en un gesto de desesperanza. Aquel era nuestro nexo, lo que nos unía para siempre.

—Podemos huir. Estamos a tiempo.

—No podemos. Tenías razón. Sería condenarte a vivir fugitiva, y nunca podría perdonármelo.

Los coches de policía se acercaban. Vi bajar de uno de ellos a la inspectora, que sacaba su pistola y la empuñaba con las dos manos. Otros policías se distribuían alrededor de los coches que llegaban y cubrían a la inspectora, que había hecho un gesto para indicar que se aproximaba ella sola. Las débiles gotas que habían comenzado minutos atrás se convirtieron en una fuerte tormenta, mezclando el agua dulce con la salada del mar, creando una densa niebla de agua, a través de la cual me era cada vez más difícil ver a los policías. Yo me centré en Arseni, que andaba lentamente, y con las manos en alto, en dirección a la inspectora, que seguía apuntándolo. Entonces vi el relámpago acompañado, a la vez, de un trueno. La luz salió de entre las sombras cubiertas por la noche y la abundante lluvia. Arseni se giró sobre sí mismo involuntariamente y me dirigió una última mirada. Creí ver en sus ojos algo que nunca antes había visto. Enfrentarse a la muerte no debe de ser algo fácil a esa temprana edad. Su cuerpo siguió girando y cayó a las rocas, siendo devorado por una de las fuertes olas que chocaban con crudeza contra ellas. Yo corrí hasta el punto donde lo vi caer, y llegué al mismo tiempo que la inspectora.

—¡Lo has matado! ¡¿Por qué?!

Pero la inspectora se abalanzó sobre mí como una leona a por su presa. ¿Se había vuelto loca? De seguido, escuché nuevos truenos que venían de la misma dirección. Los policías respondieron desde sus posiciones hacia el lugar del que provenían aquellos disparos. Algunos de los policía corrieron en esa dirección. Poco más pude ver porque el golpe que me di en la caída me dejó bastante contusionada. Ya solo veía a la inspectora, que disparaba en la misma dirección de la que salieron los últimos relámpagos. En mi cabeza se repetía una frase:«Cuando el trueno acompaña al relámpago, es que la tormenta está encima». Y aquella tormenta, de balas, la teníamos encima.

—No te muevas. Sigue tendida en el suelo.

Ni que pudiera hacer otra cosa. Tumbada sobre la tierra empapada, con el agua de la lluvia mezclada con la del mar cayendo sobre mí, tan solo agarrada al *scooter*. Si hubiera tenido fuerzas, lo habría tirado al mar. Pero me dejé llevar por otros deseos. Los de juntarme con Arseni en cualquier otra dimensión. ¡Qué narices! Si me quedaran las más mínimas fuerzas, me tiraría al mar. Pero la inspectora ya me había esposado, y no me soltaba. Se aseguraba de no perder lo poco que le quedaba del caso. A mí ya me daban igual todos los delitos que podía haber cometido. No había cumplido los dieciocho y, después de esto, todos mis planes carecían de sentido.

—¿Qué llegaría a ser capaz de hacer un padre por su hijo, inspectora?

De mí quedó un espectro que vagaba errante por la Tierra, sin encontrar un alma a la que poseer, un lugar en el que descansar, un sentimiento al que migrar. Llegué a aquel punto escorado de la geografía ibérica una tarde de diciembre, después de un viaje en el que mi mente se vaciaba como una catarata furiosa. El chófer no cerró la boca en todo el viaje, pero yo había enmudecido desde que perdí a Arseni. Cuando salí del coche y vi la soledad que invadía aquel lugar, en parte sentí alivio. Mi sociopatía había aumentado hasta el punto de no ser capaz de aguantar a ningún ser vivo. Nadie que quisiera transmitir felicidad. Nadie que quisiera animarme. Mi luto estaba encadenado al sufrimiento, no merecía compasión. Creo que por eso terminé por encajar tan bien en aquel lugar. La hierba era baja, pero, aun así, se notaba en ella la fuerza del viento al soplar. Si yo aún no me había vuelto loca, esta era la oportunidad perfecta. No me permitía gozar de lo que me transmitía el mar, aunque él luchaba por mostrarse, en su horizonte y en su orilla, su olor a pescadería, ese sabor salado mezclado con la arena, que se me metía en la boca, o repiqueteaba contra mi piel. En unos kilómetros a la redonda, lo único que había en pie era un faro, con una pequeña casa a escasos metros. Mi casa.

—La casa conecta con el faro por un túnel que pasa justo por debajo de ese montículo de hierba. Los días de mal tiempo podrás usarlo.

La inspectora señalaba con el dedo. Yo miraba la figura imponente de más de veinte metros de altura, labrada en tosca piedra blanca. Como ya había anochecido, a pesar de no ser más de las seis de la tarde, el faro alumbraba con su linterna giratoria, dando una señal cada tres segundos.

—Tan solo será un año. Hasta que tengamos claro que no hay peligro en que vuelvas. Queremos que estés segura.

—Me da igual.

—A mí no. Cuidarás del viejo. No creas que te has librado de una condena. Esto no son unas vacaciones. El juez lo dejó muy claro. Trabajos sociales por un mínimo de un año. Para no interrumpir

demasiado tus estudios, hemos hablado con tu escuela para que nos proporcionen tareas que harás a través de un aula virtual. Tu profesor de escritura creativa está de acuerdo en ser tu tutor. No la defraudes. Tu profesor dice que tienes mucho talento ahí dentro. —Silvia me golpeó la cabeza con su dedo índice, y a mí me dieron ganas de devolverle el golpe, pero con todos los dedos—. Quizá seas capaz de usarlo para algo positivo.

Yo ya subía por la pendiente hacia el faro. El lugar me encantaba, y ese era un sentimiento que debía desterrar. Yo no quería sentir nada. Mi vida no tenía sentido. Cuando llegué arriba y vi el mar, casi lo disfruté. Al ver las olas chocando contra las rocas, me acordé de él, y entonces odié el mar. Nunca encontraron su cuerpo. Y ahora, yo tendría que mirar hacia su tumba durante un año. El otro policía que nos había traído hasta aquel lugar sacaba mis maletas del maletero.

—¿Te crees que soy tu criado? Aquí dejo tus bultos. Los subes tú solita.

No me imaginaba yo a aquel tipo subiendo nada. ¿Cómo podían dejar a un policía engordar tanto? Así no podría perseguir a nadie. Debía de ser de la unidad de delitos informáticos, los que perseguían a los delincuentes de internet.

La casa parecía recién construida. La inspectora llamó a la puerta y, como nadie habló, la abrió.

—El viejo estará en el faro. Él tiene allí su propia habitación. No le gusta salir del faro. A veces creo que él mismo cree que, si se queda ahí, no lo echarán. La nueva Ley de Costas ha privatizado los faros y quieren echar a todos los fareros. Este se está librando de milagro porque no está en una zona muy turística. Pero no tardará en caer.

—Putos gobiernos de derechas.

—¿Qué dices? Pensé que no tenías una ideología clara.

—No tengo ideología. No sé de nada. No me interesa nada.

—Pues parecía que tenías una opinión sobre la política de los faros.

—No la tengo. Todos me caen mal.

—Bueno, estos son tus aposentos. Aquí tienes lo necesario, y un internet que va como el rayo. Lo proporciona el propio faro. Ahora, ya sabes que tienes acceso limitado. Te estaremos vigilando. No la vuelvas a liar.

—¡*Heil,* Silvia!

—¡Eh! ¡Mírame! Entiendo cómo te sientes. Entiende tú también que yo quiero ayudarte de buena voluntad, pero nadie me obliga a ello. Podrían hacerse cargo de ti Asuntos Sociales, aunque allí, a los que son como tú no les tienen tanto aprecio, ¿sabes? Ellos tratan normalmente al maltratado, no tanto al maltratador. ¿Quieres probar suerte? ¿Quizá tengas un lindo encuentro familiar con la familia de tu querido Arseni?

No sé qué entró dentro de mí, pero mi puño salió disparado hacia su cara. Ella, bien entrenada, usó su mano derecha para bloquearme e inmovilizarme en cuestión de segundos. Desde luego, no tenía yo mucho futuro en la lucha cuerpo a cuerpo. Unos aplausos glamurosos acabaron con la escena que representaban la inspectora y la protegida.

—¡Bravo, bravo! Si va a ser así de divertido siempre, me la quedo.

—Te la quedas porque no tienes otra opción. No puedes seguir en el faro si no puedes ocuparte de ti mismo.

—Ay, ay, ay. ¿Es hoy uno de esos días, querida inspectora?

No me lo podía creer. ¿De verdad iba a tener que cuidar de ese viejo machista inválido?

—empiezo a creer que vais a tener un buen castigo los dos aquí, aguantándoos el uno al otro.

El viejo cojeaba, a veces del pie izquierdo y a veces del derecho. No quedaba claro dónde tenía la cojera, y así lo confirmaba cada vez que se cambiaba de mano el bastón, cuya empuñadura parecía el busto de un camello cabreado. En la cabeza medio calva del anciano, los pelos que formaban la coronilla habían peleado duramente contra el fuerte viento durante décadas, y parecía que jamás los hubiera peinado.

—Podrías quedarte unos días. Aunque tú no sabes ni cocinar, de poco me ibas a servir. Y la chiquilla esta, ¿sabe cocinar? Si no, puedes llevártela también. No me interesa una niñita que no sabe defenderse de una simple llave. Cuando vengan a buscarme, necesitaré hombres fuertes, no una flojucha como esta.

—Cuando vengan a buscarte, te sacarán en silla de ruedas. No sé qué amistades tienes por ahí arriba, pero te aseguro que mi paciencia tiene un límite. Si no te han echado todavía del faro, es porque algún ángel te cuida desde el cielo, pero, aquí abajo, el angelito que te va a cuidar es este. Las gracias se las das al jefe. No sé qué deuda tiene contigo.

—Le puedes decir de mi parte que se puede pillar un testículo con la cremallera de su pantalón de pingüino, meter la corbata por el hueco del ascensor y que yo le daría encantado al botón del último piso.

—Parece que el aprecio es mutuo. Yo no entiendo nada, igual te debe dinero. Lara, coge tus maletas y que te indique tu amable hospedador cuáles serán tus responsabilidades.

—¿Así es como me castigáis? ¿Dejándome con un viejo loco y machista?

—Exacto. Ese es tu castigo divino. Procura que cada vez que vengamos por aquí sigas en tu sitio. Y procura mantener con vida al viejo. No sé qué valor tiene, pero mi jefe lo quiere vivo, y dentro del faro.

El viejo había tomado ya el sendero que ascendía hasta el faro. Más tarde leí que el faro estaba a una altura de más de 40 metros. La ascensión tirando de mis maletas fue la primera parte de la tortura. Allí no me iba a servir de mucho mi patinete, pero no pensaba abandonar lo único que me quedaba de recuerdo de Arseni. Cuando llegué a lo alto del monte, al pie del faro, aún tuve que ascender un tramo de escaleras que se me hizo interminable hasta llegar a la puerta. El viejo la había cerrado, así que tuve que empujar. La puerta cedió poco a poco hasta que se abrió de forma brusca, y caí estrepitosamente junto con todos mis bultos en el centro de una sala, golpeándome con el patinete en la espinilla. La alfombra parecía sacada de Aladino, pero mágica o no, amortiguó mi caída.

—¿Quién te ha dicho que traigas todo eso aquí? Tú no vives aquí dentro. Tu casita está al otro lado. ¿No te lo he explicado bien?

—Sí, es verdad, tiene razón, no sé en qué estaba pensando.

—¿En qué pensabas? Tendrás muchas cosas en las que pensar para que te hayan enviado a cumplir servicios sociales aquí. Ve hacia tu linda casita, te espera un reconfortante retiro espiritual.

—Vale. ¿Quiere que haga algo por usted?

—¿Te han dicho a qué nivel de esclavitud puedo someterte?

—Si intenta algo obsceno, le juro que le…

—Para, para el carro, tiparraca. ¿Me ves a mí con intenciones de abusar de una niña? Eso solo lo hacen los que tienen al diablo dentro, y yo solo tengo a un ángel cabreado. Tómate tu tiempo, coge tus cosas y ordénalas en tu refugio. Aquí tienes la llave, para que te encierres

cuando me convierta en ogro. Solo quiero que hagas una cosa. Baja hasta la cala, el camino sale justo de donde confluyen el prado con la duna, bajala y allí coge la concha más grande que veas.

Cogí todos los bultos otra vez, pero, pensándolo mejor, esta vez preferí hacer el camino en varios viajes. La casita era la mínima expresión. Pero, para mí, suficiente. Lo primero que vi fue un diminuto escritorio plantado en el centro de un pequeño salón, separado por una cortinilla de la habitación, que consistía en una cama de 90 bastante modesta. Probé el colchón y no lo noté excesivamente desgastado. También había una estantería excavada en la piedra y un armario antiguo, que sería suficiente para la poca ropa que traía. Al otro lado de la casa, que se podía recorrer en cinco zancadas, había una pequeña cocina y una banqueta alta junto a la poyata que hacía de comedor y de mesa de apoyo a la cocina. Al lado, una puerta de madera comida por la edad y la humedad, que debía de ser la entrada al pasadizo que llevaba al faro. Ni loca me metía yo ahí. Las rocas estaban desgastadas y olía un poco a humedad. Algunas telarañas adornaban el techo. Al menos no estaría sola, ya echaba de menos a Bob y su familia, esperaba que hubieran encontrado refugio debajo de la nevera de la casa de mi tía. Lo único que contrastaba con aquella vieja casa eran un par de cajas que parecían recién salidas de algún almacén. Las abrí para ver qué tenían dentro. Sí, era el ordenador. Me habían traído aquella versión vacía de mi ordenador. Dulce destino. Ordené mi ropa en las cajoneras mal encajadas del armario y colgué el resto de las pocas perchas que me habían dejado. Hice la cama con la ropa que había encima. Unas sábanas y una colcha blancas. Si quería hacerme monja, había llegado al sitio perfecto. Saqué la comida que me habían dejado comprar en un supermercado de camino a mi exilio y la repartí entre los dos muebles que tenía la cocina. El resto lo dejé en la poyata.

Grabado en concha

Por fin salí a hacer el primer encargo que me había puesto el viejo. Bajé por el sendero y luego por la duna, el viento era tan fuerte que si no me movía, pronto me convertiría en la mujer de arena. Llegué a la cala y allí vi a un par de nudistas. Me dirigí a la orilla en busca de alguna concha. Paseé durante unos minutos, cogiendo una concha y cambiándola por otra más grande hasta que me agoté de recibir el impacto de miles de piedrecitas minúsculas en mis piernas desnudas. Era como una tortura tenaz, aquel viento de levante impulsaba la arena que se clavaba en la piel como si fueran millones de agujas microscópicas. Intenté bajarme las mallas pirata para protegerme de las agresiones, pero no daban de sí. Subí otra vez la pendiente y regresé al faro. Sería mejor resguardarme de aquel suplicio natural.

En la puerta había unas llaves y un cartel escrito a máquina en el que se leía:

«Entra y cierra la puerta por dentro. Estas son tus llaves para entrar en el faro».

La sala estaba decorada con decenas de fotos del faro y sus alrededores tomadas en diferentes épocas a lo largo del último siglo. Esta vez, me di cuenta de que había varias habitaciones, todas ellas con la puerta cerrada, salvo una. Metí la cabeza y vi varios objetos antiguos, cuyo nombre y utilidad desconocía.

—¡Sube! ¡No te entretengas!

El grito del farero llegó débilmente desde una altura superior. Yo me apresuré a subir por la estrecha escalera de caracol, que daba un poco de claustrofobia, salvo por los momentos en los que alguna ventana iluminaba el interior. A la tercera ventana me asomé por curiosidad, y disfruté imaginando cómo sería volar desde allí.

—¡Sube ya, niñita de mamá! «Me tenían que mandar una niña que no sabe hacer nada, como si yo fuera profesor. ¡Que la eduque la vida!». ¿Sabrás cocinar, al menos?

El viejo seguía refunfuñando y yo me apresuré a subir, pensando que la vida ya me había educado bastante. Si me iba a tratar de esa manera, acabaría por estrangularlo. Yo le ayudaría a dejar atrás su pesada vida.

Por fin llegué a un último tramo de escaleras, que salían de una estancia más amplia y amueblada, y que debía de ser la vivienda del farero. Estas escaleras de metal eran bastante más empinadas; las subí de dos en dos, aunque el viejo no me miraba, para sentirme poderosa al lado de aquel cojo. Ya le gustaría a ese viejo poder moverse así.

—Ven aquí. Mira esto y aprende un poco.

El viejo miraba al horizonte como un amante cuya amada viviera al otro lado de ese insalvable charco. Y yo me emocioné porque recordé el olor de mar mezclado con el aroma del kebab que devoré junto a Arseni mientras veíamos el ocaso. Mi único amante debía de yacer allí, el puñetero Neptuno se lo había llevado prisionero. Al contrario que el resto de adolescentes, que se empeñan en intentar sacarse el mejor selfi, nosotros disfrutábamos de cada segundo. Ese olor me recordaba a su tacto, cuando venció mi resistencia y logró agarrarme la mano sin que yo lo rechazara. No estaba acostumbrada a las caricias, pero el calor de su mano se extendió por todo mi cuerpo hasta que me invadió el deseo de querer más contacto, de querer más piel.

—En la vida, no todo va a ser sufrir. Mira, aquí tienes la receta para la cena de esta noche. Allí está la cocina, los utensilios están en los muebles. ¿Te apañarás? También están todos los ingredientes. Veremos qué tal se te da, aunque, francamente —sentenció cogiéndome las manos y observándolas con detenimiento—: no tengo muchas esperanzas. La última criada que me enviaron los de servicios sociales no ha vuelto. No sé por qué. Soy entrañable.

Mierda de abuelo. Pero ¿por qué narices no cocinaba él? Recordé la conversación en el coche de camino al faro. El conductor no decía más que lindezas sobre el farero. Un tío con mucha sabiduría, con mucha historia detrás, un superviviente. Pero Silvia no estaba tan convencida.

«Es un fanfarrón. Especialmente después de cenar. Hazme caso, Lara, cuando termines tu jornada, lárgate a tu casa. No creas ni una palabra de lo que te diga ese chiflado a partir de esa hora». El conductor se reía a carcajadas, y ambos disfrutaban intentando asustarme, pero a mi me daba igual. «¿Has visto alguna vez los *Gremlins?*» Yo, ni idea de qué me hablaban. «Pues este es al revés, a partir de medianoche dale solo agua, o sacarás al monstruo que lleva dentro». Y más carcajadas.

La verdad es que lo que parecía que iba a ser un favor que me hacían para ayudarme a incorporarme a la sociedad, tras hacer un servicio social con una persona necesitada, cada vez se parecía más a una cruel tortura. Encerrada durante meses en la torre del castillo de If.

Seguí la receta al pie de la letra y, sinceramente, me sorprendí de lo bien que me quedó. Serví la mesa para una persona y lo dejé todo preparado.

—La cena está lista, señor.

—No me lo puedo creer. Pero qué desconsiderado soy.

empecé a pensar que me iba a invitar a cenar.

—Ni siquiera sabes mi nombre.

Y era verdad. Nadie se había molestado en decírmelo. El viejo bajaba lentamente la empinada escalera de metal. Al pisar en plano y mientras se dirigía hacia el comedor, pude apreciar que andaba de una manera bastante extraña. Como decía, cojeaba de ambos pies. Tal vez ¿había tenido una enfermedad de pequeño? Creo que la llamaban polio, mi abuela tenía una amiga en El Palo que también cojeaba de una manera parecida, y siempre decían de ella que había tenido la polio de pequeña.

—Mi nombre es Ángel.

—¡Está de broma!

—No. Ya te dije que tengo un ángel cabreado dentro. Pero a veces no está tan cabreado. Ábreme ese mueble, si haces el favor. Soy un ángel al que es fácil hacer feliz.

—Espero que no sea un viejo verde.

Me acerqué al arcón que me había indicado y, al abrirlo, noté un fuerte aroma a alcohol.

—Trae una botella de ron. Vaya boquita que tiene la niña. Además, eres un poco creída, ¿no? Como si pudieras gustarme. No eres mi tipo. Yo soy más de mujeres ya bien forjadas. No de pequeñas enclenques que no saben ni dar un simple puñetazo a tiempo a alguien para cerrarle la boca cuando se lo merece.

—¿Acaso cree que la inspectora se merecía un puñetazo?

—Estoy seguro; es insolente cuando se lo propone.

Yo seguía allí parada, no tenía ni idea de diferenciar una botella de ron de las demás, tuve que ir levantando una a una y leer las etiquetas, aunque la verdad es que estaban vacías.

—Tiene el tapón blanco. Por si te es de ayuda. Además, es la única que tendrá algo dentro. Déjala sobre la mesa, trae dos vasos y siéntate.

Yo le llevé solo un vaso, no me gustaba el alcohol. Alguna vez le había dado un sorbo, pero nunca me atrajeron los brebajes que usaban los chicos y chicas de mi edad para desinhibirse. Creo que yo ya nací desinhibida. Solo me faltaba beber.

—Eres desobediente. Si te digo que traigas dos vasos, son dos vasos. ¿Puedes traerme dos vasos? Por favor —dijo mientras llenaba uno con agua.

empecé a sentirme como una mujer casada con un machista maltratador. Ahora solo faltaba que se pusiera violento. Cuando regresé con el otro vaso, el viejo ya estaba dando buena cuenta del revuelto de espárragos y ajetes que le había preparado. Y ahí fue cuando me di cuenta de que entre las dos manos no sumaba más de cinco dedos. Alguno le faltaba entero y a otros les faltaban una o dos falanges. En ese momento, no pude más que bajar la vista, pero el viejo se dio cuenta de qué era lo que me había violentado, hizo un gesto de despreocupación y siguió comiendo. Luego se sirvió un dedo de ron en el vaso y se lo bebió. Yo seguía de pie, como esperando instrucciones. Parecía la camarera del servicio del marqués de Tullido. Y yo que estaba pensando en dejarle mi patinete.

—¿Lo tuyo es de nacimiento?

«Fíjate que yo andaba preguntándome lo mismo sobre él».

—Te he dicho que te sentaras cuando volvieras.

Como buen perro faldero me senté en una silla, lo más alejada posible del viejo. Mis tripas empezaban a sonar, no había probado bocado desde que paramos a comer un bocadillo en el camino. De eso hacía por lo menos seis horas. ¿Tan poco tiempo llevaba allí? Se me había hecho eterno.

—Así que… eres una delincuente. Y, por lo visto, has hecho algo bastante malo, porque te han enviado al infierno. Pero, por alguna razón, quieren protegerte, porque te han enviado al infierno, y aquí no te va a venir a buscar nadie con miedo a quemarse. A no ser que tengas amigos influyentes que vivan en él y sean ignífugos. Dime una cosa. Si tuvieras que identificar al diablo entre cien personas que te siguen, ¿cómo lo reconocerías?

—No lo sé.

—Porque cojea del pie izquierdo.

Me dedicó una mueca y siguió comiendo rebañando el plato con el poco pan que le quedaba. Se sirvió otro vaso de ron y bebió otro trago.

—Creo que falta algo.

El viejo miro en derredor como buscando algo por toda la habitación.

—¿Quiere algo más de comer?

—No. Te dije que me subieras algo de la playa.

—Ah, sí, perdone. —Busqué en mi bolsillo y saqué la concha que había subido de la playa.

Él, a su vez, sacó del suyo una navaja que abrió y depositó, como si de una ficha de dominó se tratara, delante de mí.

—Quiero que cojas el bardeo y talles tu nombre en la concha.

—¿Por qué?

—Tú talla y calla. Ya te lo voy contando mientras la decoras.

Cogí la concha y comencé a escribir mi nombre en ella. No era fácil tallarla bien, pero, ya que tenía que hacerlo, le dediqué toda mi atención para no sentirme tentada de rebanarle el pescuezo al viejo asqueroso.

—Los griegos no entendían el concepto de individualidad. Su objetivo en la vida era vivir en sociedad, en la polis, en las ciudades griegas. Por eso, el mayor castigo, la mayor humillación que podían sufrir era el exilio. Escribían el nombre de los que querían desterrar en trozos de terracota que tenían la forma de la concha de las ostras, de ahí viene la palabra *ostracismo*. Era su manera de votar, no tenían papeletas como las de ahora, y lo que se votaba con estas conchas era enviar al destierro a un adversario político. Por eso, vas a escribir tu nombre en esa concha, como hizo el propio Arístides cuando se dio un voto a su propio ostracismo. La llevarás encima todo el tiempo que estés aquí, para recordar por qué has venido. Para redimir tus pecados y recuperar lo poco que te queda de humana. Y también para recordar que hay alguien que te quiere fuera de su territorio, y muy lejos de él.

—Y ¿dónde está la concha con su nombre?

El viejo comenzó a reír a carcajadas. Mientras, se sirvió otro trago de ron y Lara recordó la conversación sobre los Gremlins. Si se quedaba más tiempo allí, iba a averiguar de qué trataba esa película antes de poder verla.

—Señor, le pido disculpas, pero creo que ha llegado la hora de

recogerme. Me muero de hambre y estoy cansada.

—Oh, oh, oh, perdóname. Pensé justo lo contrario cuando solo vi un plato sobre la mesa. Pensé que no querías comer. Sírvete un plato, sin problema, así puedes acompañarme un rato más. Y hay agua en la nevera, tú no puedes beber alcohol, eres menor, si no, te invitaría a un trago.

—Señor, creo que lo mejor será que me retire a mi propio ostracismo. En realidad, yo disfruto del yo mucho más que de la polis, y en estos momentos de mi vida me encuentro mejor cuando estoy sola. Si me perdona.

—Por supuesto. Antes de irte, mira sobre la encimera, verás una nota con las compras que necesito. Puedes ir al pueblo por la mañana, cuando te levantes. No te olvides del ron. Y, al lado, hay una carta. Por favor, ¿puedes echarla al correo? Al final del sendero por el que se sube al monte del faro verás una construcción de piedra que cobija un par de buzones, uno es para enviar y el otro para recibir. Mira también si tengo correo, y me lo traes.

—Como quiera.

—Buenas noches, Lara.

—Buenas noches, señor.

—Llámame Ángel, ¿quieres?

—Buenas noches, Ángel.

No podía ser el diablo, a menos que fuera bipolar, o el doctor Jekyll y Mr. Hyde, porque cojeaba de los dos pies. Cuando llegué a mi pequeña casa, por fin pude disfrutar de un momento de soledad. Desde mi detención no había tenido tiempo para reflexionar en paz. El rugido de las olas resultó tener un efecto opioide, porque en pocos minutos me sentí balanceada por ellas. Como en una cuna mecida por la luna llena. Por el ojo que aún no había sucumbido al castigo de Morfeo pude ver las cajas de la computadora, aún sin desembalar. Al día siguiente lo instalaría, esa noche no tuve fuerzas ni para cenar.

La carta

Dormir pegada al mar en un cuarto oscuro te hace perder la noción del tiempo y del espacio. Es lo contrario a dormir junto al repicar de las campanas de una iglesia, que regulan tu reloj interno cada media hora. Esa noche ni puse alarma para despertarme, por lo que lo único que me hizo levantarme de la cama fue el hambre. No había quedado a ninguna hora concreta para bajar al pueblo, pero pensar que las tiendas ya debían de estar abiertas, me estresó. Ese estrés que arrastraba de la vida en la ciudad. Tosté un par de rebanadas de pan integral en una sartén con un poco de mantequilla mientras me vestía, cogí la carta de Ángel y salí de la casa en dirección al buzón. Tal y como me había indicado, encontré un buzón con su nombre; Ángel, sin más, al lado de otro en el que se leía: cartero. Eché la carta en el segundo y me dirigí al pueblo con mi patinete. Había unos cuatro kilómetros de distancia entre el pequeño pueblo y el faro. Solo había una tienda, que hacía las veces de supermercado y, siguiendo las instrucciones del farero, no me fue difícil dar con ella y hacer la compra, sin olvidarme del ron, por supuesto. Saqué la tarjeta de crédito del bolsillo y recordé el momento en el que Silvia me la entregó.

«Haz todos los pagos que necesites con esta tarjeta, el viejo no tiene más que una mísera pensión y el jefe quiere que le cubramos los gastos mientras te acoge». Aunque quisiera escaparme, no podría ir muy lejos, el único dinero que tenía estaba en esa tarjeta, y era una forma bastante cruel de decirme que me tenían controlada. Regresé a la casa, y antes de subir la cuesta hasta el faro miré a ver si había alguna carta para el viejo. Con sorpresa, y la felicidad de recibir una carta, aunque no fuera para mí, la recogí. ¿Quién le escribiría a aquel viejo ermitaño? No tenía remitente. En fin, me hizo tanta ilusión que corrí pendiente arriba, abrí la puerta con nerviosismo y volé para subir las escaleras.

—¡Ángel, Ángel, tiene una carta!

El viejo estaba limpiando los cristales de la lámpara del faro, que emitía destellos de luz de manera sincrónica. Ni al faro ni a la lámpara les importaba lo más mínimo mi excitación.

—¿Quién va a limpiarte cuándo yo no esté? Esos hijos de puta no saben lo que es ser farero. Un farero ama a su faro tanto como a su mujer. Me sacarán, sí, pero con los pies por delante y detrás de unos cuantos de ellos.

—Una carta. —Llegué jadeante tras subir los más de doscientos peldaños. Con la carta en la mano, como si trajera noticias del fin del mundo; pero al viejo no le impresionó demasiado recibir correspondencia. Sería que yo no había vivido esa experiencia en toda mi vida. Yo nací cuando ya existía el *email*.

—Ven, mira. Te presentaré a mi novia. Es esta belleza. Se mueve como un reloj, aunque digital. Funciona como un demonio, pero a mí me gustaba más la vieja maquinaria de relojería. En el museo que estoy preparando abajo tengo —me miró como si yo no fuera capaz de creerle, pero la verdad es que me importaba un comino lo que me contaba— la vieja maquinaria, así como la lámpara que quemaba petróleo. Cuando lo tenga preparado, será el mejor museo de faros del mundo. Pero, en su lugar, ahora hay esta preciosa linterna de dos metros de diámetro que no es otra cosa que una lámpara incandescente de 1500 vatios, de tipo aeromarítimo. Sirve tanto para barcos como para aviones. Para el que se crea que los faros están pasados de moda, que sepa que se equivoca.

—Es impresionante. Puedo entender que la ame. Yo le escribiría versos si fuera mi amada —dije socarrona mientras esbozaba una sonrisa traviesa. A ver si le sonsacaba algo sobre la carta. ¿Tal vez una antigua novia?

—Así que eres escritora.

—*Copywriter*.

—¿*Copi* qué?

—Estudio escritura creativa. Sobre cómo atraer a la gente con palabras, cómo hacer que la gente se interese por lo que escribes. El arte de la persuasión, de la atracción hacia un producto, el *storytelling*.

—Deja ya esas palabritas inglesas, que me vas a volver loco. Escribes para vender. ¿Es eso lo que haces?

—En parte sí. Digamos que es una forma de ganarse la vida hoy en día. Ya sabe, hay que llevarse algo de comida a la boca. Pero también escribo canciones. Realmente es lo que siempre he hecho. En esto de la escritura creativa no llevo más de un año.

El viejo paró de sacarle brillo a la lampara para centrar su mirada

en mí; aquello había reavivado su atención y, por un momento, es como si hubiéramos llegado a un acuerdo, un tema sobre el que hablar en el que ambos podíamos estar interesados.

—¿Eres cantautora?

—Algo parecido. Escribo letras de rap.

—Ah, de eso sí que he oído algo. Eso es lo que escuchaban ya los jóvenes cuando yo ya no era tan joven, aunque creía serlo. Muy bien. Pues necesitaré pruebas. ¿Cuándo vas a hacerme un recital?

Se giró hacia las ventanas y comenzó a frotar con energía. Tenía un arte especial al hacerlo. Si bien no podía andar bien, y le faltaban la mitad de los dedos, tenía una destreza envidiable para limpiar las cristaleras del faro. No dejaba ni rastro de sal.

—Hazme un favor. Saca este cubo fuera y limpia esa parte, es la que más salitre acumula. Exprime primero estos limones en ese cubo de agua y luego frota el cristal con ese agua.

—La carta.

—Ah, sí, déjala ahí mismo, sobre esa mesita. Luego la leeré.

Pasamos las primeras horas de la mañana limpiando. Cuando por fin terminamos, me entregó otra lista que ya tenía preparada.

—Esto es para la comida de hoy. Yo voy a descansar un rato en el sofá.

Cogió la carta en una mano y el bastón en la otra, y se dispuso a bajar la escalera de metal. Y a mí me pareció verle estrellado con la cabeza echa trizas contra el suelo, así que me dispuse a ayudarle, lancé mi mano para asirle por la axila, cuando recibí un golpe seco con el bastón, en plena espinilla. La punta del bastón estaba chapada en plata, como el mango que, con forma de camello, debía de reservar para quién intentara limpiarle el culo. Al recibir el golpe pensé que era de acero puro y no pude más que gritar.

—Puedo solo. No te he pedido que me ayudes.

—Yo solo…

—Cuando requiero de tu ayuda te la pido. ¿No te has enterado todavía?

Enmudecí. Durante un rato observé como bajaba, esperando el momento de verle caer. Pero el viejo llegó a su destino intacto. Mejor que yo, de hecho, que aún me lamentaba del golpe recibido. Eso era por lo menos maltrato infantil y machista. Lo tenía todo ese loco. Se retiró al sofá a leer la carta, y yo lo dejé ahí para dedicarme a la

cocina. Si no conseguía trabajo de *copy,* quizá lo consiguiera de cocinera. La otra opción era dedicarme a la eutanasia de viejos como ese, que estaban pidiendo a gritos que alguien lo mandara al otro cielo.

Dejé la comida casi lista, solo le faltaba una última cocción y me fui a mi casita. Lejos del amargado cojo. Tenía que poner en funcionamiento el ordenador, a las 12 tenía clases con Rubén, el profesor de mi academia de escritura creativa, que iba a asumir toda mi educación hasta que se terminara mi condena. De alguna manera, estaba en parte enterado de lo que habíamos hecho. Quizás incluso llegó a pensar que había sido por su culpa. Perdió cuatro alumnos en una clase de no más de 10, de repente. Y Silvia se puso en contacto con él para ver si quería darme clases en esta situación particular en la que me encontraba. Quizá también estaba dando clases a Bel. De Héctor no sabía nada; nunca más me preguntaron sobre ellos. Tras la muerte de Arseni parecía que habían perdido interés en indagar más en el caso.

Por fin, me conecté a internet, y lo primero que hice, deformación profesional, fue proteger el ordenador, VPN, servicio de correo electrónico PGP. Tenía que apañármelas para comprar una memoria externa o un pincho para grabar TAILS, así no dejaría rastro en el ordenador. Y tras estar completamente protegida, con mi IP camuflada, envié un correo a la dirección del profesor que me habían proporcionado. Realmente, no me protegería de aquellos que verdaderamente controlaban ese *email,* o incluso mi ordenador, que probablemente llevaba instalado de serie algún *software* espía controlado por el señor gafitas de pardillo. Pero al menos podía mantener al margen otras posibles amenazas.

—Me alegro de verte, Lara.

—Y yo de verle a usted, profesor.

—Por favor, llámame Rubén. Será más cómodo para los dos. Creo que voy a aprender yo más contigo que al revés. Me ha llevado un buen rato saber cómo funcionaba esto del *email* protegido por PGP. Yo también he creado uno y así nuestra comunicación será más confidencial. Ya que me pongo, no está de más protegerse, y más sabiendo la gente que hay por ahí.

En realidad, habíamos empezado la clase una hora tarde. A veces olvido que la gente no suele proteger su correo con ningún sistema

criptológico. Mis *emails* eran siempre cifrados y la contraseña para leerlos solo la tenía el profesor, de momento; y ahora, si lo había hecho bien, yo tendría la suya, y sus correos también se enviarían cifrados. Si Silvia quería leerlos, tendría que entrar en mi ordenador, o en el del profesor aunque, posiblemente, fuera algo que podrían hacer sin demasiada dificultad. Sobre todo, teniendo en el equipo a Juanjo 007. Se apellidaba así, ¿no?

—Si te parece, hoy haremos un repaso de lo que dimos a lo largo del último curso, y podemos ver dónde debemos hacer hincapié.

—Genial, pero me gustaría hacerle una pregunta.

—Venga. Lánzala.

—¿Tiene alguna noticia de Isabel o de Héctor?

—Lara. Tengo instrucciones claras de enfocarme en tu educación. En general. empezaremos por el tema que más te apasione y continuaremos con otros temas que te faciliten acabar la educación secundaria. Vamos a lograrlo juntos. No puedo hablar sobre nada que no sea parte de nuestra relación educativa. Así que, la respuesta es no, no sé nada.

O sea que sí. Es lo que tiene conocer los entresijos del *copy*, que puedes decir mucho más de lo que dices, y puedes leer o escuchar mucho más allá de lo que se ha dicho de manera literal.

Las sesiones con el profesor prometían, pero me negaba a aislarme de mis amigos. No necesitaba a mucha gente. Tan solo a dos. No pedía más. Y, claramente, me sobraba uno, el maldito viejo al que en ese momento servía su asquerosa comida. Si denunciara esto a algún periodista, saldría en portada. El viejo insistió en que pusiera la mesa para dos. Así que eso hice. Parecía que se iba a comer la cuchara. Siempre comía con esa actitud, como si no hubiera comido en un mes. Se introducía cucharadas rebosantes en la boca y engullía, casi sin masticar, con el chasquido de la cuchara contra sus dientes como único sonido, que taladraba mis tímpanos. Como si temiera que alguien viniera a quitarle la comida. Por último, rebañaba el plato con la lengua. No parecía que hubiera sido educado en una familia decente. Después de la agresión, no quería empezar una charla. Así que fue él quien tomó la iniciativa.

—Perdona si a veces soy un poco brusco. No estoy acostumbrado a estar acompañado.

—Quizá por eso está usted solo. No es una excusa para pegarme. Está cometiendo un delito. Ha pegado a una menor.

—¡Va! No te pegaba. Es este maldito bastón que tiene vida propia —Me mostraba la empuñadura de cabeza de camello, que de verdad parecía cabreado—. A veces me cuesta controlarlo, pero que sepas que me ha salvado la vida más de una vez, y a otros se las ha costado.

—¿Ha matado a alguien con ese bastón?

—Nah, no me hagas caso. Simplemente quiero seguir creyendo que puedo defenderme a mí mismo. En realidad, soy un cobarde. No debí pegarte, lo siento. Pero no puedo rendirme. Si ven que soy un inválido, que no puedo mantenerme en mi puesto, les será más fácil echarme. Tengo intención de ser el último farero de este país.

—¿Es verdad que quieren echarle?

—Nos quieren fuera a todos los fareros. Y yo no tengo el apoyo del director de la autoridad portuaria al que pertenece este faro. De ahí que sí, soy el último farero, de este faro al menos. No creo que tarden mucho en intentar desahuciarme. Si no lo han hecho ya es porque aún me queda algún amigo que valora mi trabajo como lo que es: un

servicio a mi patria. Yo he sido una persona muy importante, ¿sabes? Este país me debe mucho. Si no fuera por mí, quizás este país no existiría. Pero cuanto más te dejas la piel por tu patria, peor te tratan.

El viejo había empezado a darle al ron. Me pareció un poco pronto. Si seguía a este ritmo, no sé si me atrevería a venir por la tarde.

—Y ¿por qué es tan importante este lugar para usted?

—Es importante para toda la nación. Es un punto clave de la costa para vigilar. Todos los faros lo son, pero este es especial.

—Pero yo no veo muchos barcos desde aquí.

—No tienes los ojos adaptados. No sabes leer el mar. Yo te enseñaré. Si algún día nos invaden, yo daré la voz de alarma. Seré la primera línea de contención. Y, si son amigos, dispararé veintiún salvas para darles la bienvenida.

—¿Invadirnos?

—Por supuesto. ¿Crees que este mundo bonito en el que vives ahora será siempre así? Llevamos el tiempo más prolongado de la Historia sin tener una guerra en esta tierra, y esta tierra es una tierra de paso, cientos de pueblos han pasado por aquí y no todos de forma pacífica. Habrá otros pueblos que clamen por ella.

Intenté no sonreír, pero el viejo me caló.

—¿Te ríes de mí?

—Si me va a golpear otra vez con ese bastón, siento decirle que esta vez pienso responder. Me da igual que sea un viejo inválido.

—Tienes razón, soy un viejo, inválido y chiflado. Además, si nos invaden, mejor; no nos merecemos poseer lo que no tratamos bien. —El viejo esta vez sonrió—. empiezas a caerme bien. Quizás hasta me sea útil esa agresividad que desprendes el día que vengan a buscarme.

—¿A buscarle?

—Para echarme. Ya sabes. Entré a fuego en este faro y saldré a fuego.

Fantasma. Sí, ese fue el término que empleó el poli regordete mientras me contaba historias sobre el viejo en el coche de camino a mi exilio. Creo que empezaba a entenderlo.

—¿A qué se refiere con que entró a fuego?

—No me querían en este puesto, pero yo me encerré en el faro y, con mi fusca, bam. A todo guardia civil y no civil que se acercara le metía un tiro entre las piernas. Tenías que verlos bailar. Parecía una fiesta de ranas, todas bailando al son de la música. Bam, bam.

Y apuntaba y disparaba con su garrote, como si fuera un arma de fuego, y reía y bebía. Y por un rato estuve disfrutando con el viejo. ¿Escritura creativa? Con la imaginación de este tío se podían escribir unos cuantos libros. Así que me propuse escribir sus historias en mi ordenador, quizá me fueran de utilidad en algún momento futuro de mi vida. Pero en ese momento necesitaba largarme de allí, antes de que el que se pusiese a bailar fuese él. Una rana coja, lo que me faltaba. Tenía que recoger la cocina y hacer las tareas que me había propuesto el profesor.

La máquina

Trabajé en las tareas como le prometí a Rubén. No quería fallar al único adulto, quitando a mi tía, por el que empezaba a tener cierto cariño. Pero me aburría, y me tentó la idea de meterme a cotillear en alguna red social. Lo tenía prohibido y, si me vigilaban, me pillarían con facilidad. Pensé en crear un blog. Sería parte de mi formación, pero quizá mejor preguntarle al profesor antes. Así que, para romper las tentaciones salí afuera, cogí el patinete y comencé a recorrer el paseo de la costa. Así me sentía viva. Tenía que dejar atrás a Arseni si quería darle una nueva oportunidad a mi vida. Un par de días atrás me habría tirado por aquel acantilado, pero ahora sentía que podía aguantar un poco más en aquel lugar recóndito. Siempre y cuando el viejo abandonara esa agresividad contra mí. No sé cómo alguien se puede volver tan agresivo en un sitio como este; con llenarse los pulmones de brisa marina no hacía falta ni meditación. Iría a buscar el pincho y así pronto podría moverme como quisiera por la red oscura, sin preocuparme por los espías rusos.

Cuando regresé, ya era la hora de preparar la cena. Quizás esa parte no acababa de disfrutarla, aunque las recetas eran bien sencillas. Después de cenar, el viejo llevaba ya media botella de ron encima. No había parado de beber desde que empezó, en la comida. Iba a tener que dosificárselo o me iba a tocar tratar un coma etílico. O, peor aún, me acusarían de haberle envenenado. Aunque, con la de veces que había pensado en estrangularle, quizá no estuviera de más que fuera él el que se decidiera a irse al otro lado, y así, evitarme condenas que pagar. A saber a quién me enviarían a cuidar después. El viejo se levantó antes casi de que yo terminara, se acercó a un viejo buró, lo abrió y me dijo que me aproximara. Rebañé el plato con un trozo de pan y, con la boca llena, me acerqué al buró. El viejo me mostró una vieja máquina de escribir.

—Yo también soy escritor, ¿ves? Tengo cientos de miles de palabras escritas en mi haber. Algunas a mano y, otras, con este viejo cacharro. ¡Qué! ¿Te gusta?

—Es muy… bonita.

No sabía muy bien qué decirle. Tampoco quería humillarlo. Si yo

fuera una coleccionista de objetos de siglos pasados, igual le vería cierto romanticismo. Pero, qué quieres que te diga, prefiero el teclado de mi ordenador.

—¿Es parte del museo que quiere montar ahí abajo?

—Por favor. Es una Olivetti del 76. Esta máquina está muy viva aún. No quieras matarla. Hay máquinas que pueden vivir cientos de años. No como esos aparatos que utiliza ahora la gente. ¿Cuántos años duran? ¿Diez?, ¿doce?

—Algunos incluso menos. Pero hacen muchas más cosas que escribir.

—Ya, ya. Siéntate. Este va a ser parte de tu trabajo. Si recuerdas bien, esta mañana recibimos una carta. Ahora escribiremos otra carta para contestar, y como mis dedos… —el viejo observó sus manos y se quedó pensativo—, bueno, creo que serás una buena mecanógrafa, transcriptora, de lo que yo vaya dictando, y así podrás sentir lo que sentían los autores de antes al relatar sus historias en una de estas máquinas de escribir. ¡empecemos!

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Deberías estar deseando probarla. Es como si a un fanático del motor, lo dejaran probar un viejo DeLorean. Los objetos antiguos, a diferencia de los nuevos, tenían alma. Ya verás. Acabarás por sentirla.

Me senté en una butaca frente al viejo buró y puse los dedos sobre la máquina rozando las teclas con suavidad. Pude sentir que aquellas teclas requerirían de una mayor presión por mi parte. Él colocó una hoja de papel en blanco y la ajustó en el rodillo a la posición adecuada. Me dio una serie de instrucciones sobre cómo manejarla. Se movió hacia el centro de la habitación, y comenzó a relatar. Y yo, a escribir. No sé cuántas formas más de esclavizarme se le podían ocurrir a este hombre.

Estimado Francisco, conde de Velasqués:

Estimo a bien presentarle mis disculpas por la demora. Recibí esta mañana la misiva en la que se aprueba la adquisición de la balandra. En ella, encontrará las indicadas cantidades de mosquetes, trabucos y arcabuces que el enemigo osa penetrar a través de las fronteras de nuestra amada patria. El arribe ocurrirá en la noche de nuestra Virgen,

a la una de la mañana, en la playa de las banderas.

Espero que las buenas nuevas sean de su agrado. Si es tan amable, haga llegar la cantidad concertada a la dirección habitual.

Al aguardo de nuevas órdenes, quedo a su servicio para siguientes transacciones.

Fdo.: D. Amelio Giménez de la Estrada, capitán de la segunda bandera de la Brigada Paracaidista

Ángel, que era como me había dicho que se llamaba, decía firmar ahora como Amelio, y decía que era capitán de los paracaidistas. Y, si seguía bebiendo, lo mismo acabábamos escribiéndole al presidente de los Estados Unidos de América. «Excelentísimo señor Pato, querido Donald». El viejo creyó que la sonrisa que se me había dibujado en la boca se debía al aprecio de su reliquia.

—Te ha gustado, ¿eh? La has sentido, es como tocar el piano de Mozart, con ella el arte se hace escritura. —Repasó lo que había escrito con las gafas puestas—. No está mal, pero te has confundido aquí, y aquí, y aquí otra vez. Verás, te enseñaré a arreglarlo.

Colocó lo que me dijo que era un papel corrector, allí donde había cometido errores, y los corrigió uno a uno.

—Aprende, esto tendrás que hacerlo tú. En lugar de dictar te los daré escritos a pluma y tú luego los pasarás a máquina.

—¿Capitán? ¿Paracaidista?

Casi no pude contener una carcajada mientras me dirigía a recoger la cena.

—Yo soy muchas cosas. Te sorprenderías.

—Desde luego, lo del ron debe de ser de cuando fue pirata. Será mejor que deje de beber por hoy.

—¡Yo digo cuándo dejo de beber!

—Ya le he dicho que si vuelve a sacar la garrota, le estampo la sartén en la cabeza. A ver si deja de gritarme. Por muy borracho que esté, no se lo consiento.

Ángel se quedó apesadumbrado tras mi contestación. Se dirigió a su sillón y desapareció, como si una gigantesca boca se lo tragara. Hundido allí no parecía ningún capitán de brigada, ni siquiera un pirata jubilado. Parecía alguien que estaba muy solo. Solamente se

adivinaba su presencia por el vaso de ron apoyado en el brazo del sillón, y su eminente barriga que subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración.

—¿Puedes traerme una taza de leche? Por favor.

Lo hice, con objeto de largarme de allí cuanto antes. Mientras me marchaba, observé como sacaba la botella de ron de debajo del sofá y se echaba un chorrillo sobre la leche que yo le había llevado. Como si tuviera que esconderse de alguien. A mí no me importaba lo que hiciese, mientras no peligrara mi integridad física. Regresé a mi casa y, por fin, disfruté de un rato de soledad. Tenía que hacer las tareas del día, pero estaba bastante cansada o, más bien, desganada. Encendí el ordenador y, como por inercia, abrí el correo electrónico. En la bandeja de entrada tenía una invitación. Alguien me ofrecía su llave, la contraseña para poder leer sus correos cifrados. Pero ¿quién? Aparte de al profesor, yo no le había dado mi contraseña a nadie.

Rimas y llaves

Después de una hora intentando trabajar, no pude aguantar la curiosidad. Era imposible que no fuera alguien conocido. Instalé la clave y leí el primero de los correos. Bastante escueto. Un mensaje de comprobación. Dentro del grupo los teníamos. Servían para asegurarnos de que se trataba de uno de nosotros.

Lara:
El quinto de la serie D volumen 10
Tierra de violencia que ofusca mi existencia
…

Solo había tres personas en el mundo que podrían haber escrito ese mensaje. Las canciones que yo componía las dividía en volúmenes, y dentro de cada volumen cada estrofa formaba una serie, y cada serie estaba distribuida en diferentes versos. Me estaban pidiendo que continuara el verso de una canción que muy poca gente habrá escuchado alguna vez. Una canción que, a su vez, hablaba de una llave. Bien es cierto que podrían haber robado alguno de nuestros cuadernos, o que el loco de Héctor la hubiera colgado en la red. Pero no solía hacerlo con los versos que usábamos como claves. Estos normalmente eran los nuevos que aún no habían sido expuestos al público. Todos teníamos copias para aprendernos la letra. El sistema de comunicación sí que podrían haberlo adivinado, si de alguna manera hubieran conseguido entrar en nuestros registros codificados. Nos enfrentábamos a la mafia rusa y al CNI. Podrían haber descifrado nuestro sistema de seguridad, o incluso habérselo sacado a Héctor a base de arrancarle muelas. Aún así, respondí:

Sangran mis vértebras las alas que ansían libertad

Enviado.

Me preparé una infusión para dormir. Iba a ser una noche larga y yo no pensaba esperar a que me contestaran. Aunque, conociéndome, sería capaz de estar toda la noche despierta esperando. No fue necesario, la respuesta llegó en ese instante.

Os dejo en vuestra mustia apariencia, no tengo miedo a volar

…

Nos vigilan. Estamos en peligro.

Mis dedos volaron sobre el teclado, al diablo la vieja máquina del viejo, aquí salía de mi crisálida y me encontraba con mi verdadero yo. ¿Quién vigila?, ¿qué peligro?, pero aquella noche ya no volví a recibir ningún mensaje. Ya sabía yo que no debía escribir a estas horas. Miré la infusión y sonreí ante lo ilusa que había sido, aquella noche tocaba insomnio. Y no dormir, con un ordenador delante… Me pasé toda la noche montando sitios virtuales donde poder tener conversaciones seguras, busqué cualquier rastro de virus o programas espía en el ordenador, y borré todo lo que no me parecía necesario. Tras horas allí me metí en una de nuestras redes sociales favoritas. Por curiosidad, busqué las cuentas que habíamos utilizado, al menos las que la policía había nombrado. No tecleé ninguna otra cuenta que pudiera revelar más datos a cualquiera que me estuviera espiando. Todas las cuentas estaban muertas, pero el revuelo por la trágica muerte de Ortega, el político al que incitamos al suidio, había vuelto viral el linchamiento contra nosotros. Aunque, como en todo movimiento, siempre había seguidores de nuestros argumentos que seguían defendiéndonos a pesar de que había habido una muerte. Si era preciso, hasta lo trataban de conspiración, de algo inventado por intereses políticos. Unos dirían que lo había inventado el partido al que pertenecía para hacerse las víctimas, otros que lo había inventado el partido contrario para desviar la atención sobre otros negocios más oscuros. Los caminos conspiranoicos son inescrutables.

Ya tenía lista una forma más segura de comunicarnos. Así que el resto de la noche la pasé escribiendo las voladuras de cabeza del viejo, hasta que caí rendida.

El día siguiente transcurrió de manera similar, pero Ángel estuvo algo más agradable. Las botellas de ron no le duraban demasiado, y a ese ritmo no sé cómo no le cortaban el grifo. Ese amigo que tenía en las altas esferas debía de ser bastante adinerado. Encontré otra carta en el buzón dirigida al farero. Para ser un viejo asocial parecía tener mucha correspondencia. Desayunamos juntos y, tras las labores del día, me dijo que saliera a la parte de afuera del faro. Sentados en unas sillas playeras que podría perfectamente haber recogido de la basura, nos quedamos contemplando el horizonte.

—Dime. ¿Cuántos barcos ves?

Yo examiné el horizonte en busca de alguno, pero no era capaz de ver nada más que agua.

Busqué más cerca y vi un diminuto barco pesquero entrando en el pequeño puerto del pueblo.

—¡Allí! Uno.

—Ja, ja, muy bien; ese casi te come. Yo veo trece.

—¿Trece?

—Te lo aseguro. Después de tantos años oteando el horizonte no he perdido vista, sino todo lo contrario. Vista perdéis los que la malgastáis delante de esas máquinas tantas horas.

—No creo. ¿Acaso hay más miopes hoy en día que antes de que hubiera ordenadores?

—Ni idea. La ciencia no es lo mío. Yo he sido siempre un hombre de acción.

—Y ¿qué le paso en los dedos?

—Es una larga historia que puede resumirse fácilmente.

—Genial, me quedo con la versión corta.

—¡Boom!

Ángel hizo un gesto con las dos manos abriendo los puños y elevándolos hacia el cielo.

—¿Una bomba?

—Dijiste que querías la versión corta. Venga. Recoge. Llegó tu hora de escribir.

El viejo se tomó su tiempo en bajar; yo ya había aprendido la

lección, así que llegué antes para recoger el desayuno y preparar el buró. Tomó la carta que acababa de recibir y la repasó con atención. Luego empezó el dictado:

Muy señor mío, almirante Calatrava:

Apesadumbrado ante las noticias que atañen a nuestra querida patria, no tengo más remedio que ser el portador de tan lamentables nuevas. Mi misión no es otra que confirmar lo que ya comentamos meses atrás en nuestra correspondencia. Se acerca el apocalipsis, y debemos prepararnos. Yo me mantengo a su servicio, ningún infiel a la patria será capaz de moverme de mi puesto y aquí moriré, por España.

Siempre a su servicio,

D. Alfonso López Espadas, comandante del Grupo de Operaciones Especiales del ejército de tierra, boinas verdes.

El viejo se acercó a revisar mis líneas y pude oler más de cerca la dejadez que produce la falta de ternura, la ausencia de interés por las aflicciones de Cupido, mezclado con la incapacidad física que te impide llegar al culo con la mano para limpiarte la mierda. De momento, no parecía estar entre mis tareas la de ayudar al viejo a asearse, pero estaba segura de que necesitaba a alguien con urgencia.

—¿A ver qué has hecho esta vez? Muy bien, solo tres errores. Practicando todos los días podrás conseguir un buen puesto de mecanógrafa en poco tiempo.

—¿Por qué es usted tan machista? Un respeto, por favor. Está usted dirigiéndose a la futura presidenta del gobierno del reino de España.

—Oh, no, por favor. Podría haberme referido a usted como excelentísima señora presidenta, sin duda. Pero estoy seguro de que si te lo propones, conseguirás ser alguien más respetable. ¿A que no serías capaz de vender a tu madre?

—Está muerta.

—Vaya. Perdona. No quería herir tus sentimientos. Era un comentario jocoso que se ha convertido, sin quererlo, en un lanzallamas sobre tus heridas abiertas. Te pido disculpas. Los viejos como yo estamos acostumbrados a otro tipo de humor. Pero para ser

presidente de lo que sea, antes has tenido que pisar tantas almas, humillar tantos egos, violar tantas normas morales, incluso las propias, que cuando llegas a esos puestos no eres más que una marioneta desprovista de apego por lo humano. ¿Te gustaría llegar a ser alguien así?

No quise responderle. Tan solo buscaba llamar la atención, y no me gustaba que me discriminaran por ser mujer. Pero el viejo se iba por las ramas. No, no quiero ser presidenta de ningún país.

—¿A qué viene todo este rollo de las cartas? Ayer era un paracaidista y hoy un boina verde.

—Es un juego, no lo entenderías.

—Porque soy mujer. ¿Por eso no lo entendería?

—Porque nadie lo entendería. Está diseñado para no ser entendido. No puedo decir mucho más.

—Ah, claro. Es algo supersecreto, tan secreto que se lo confía a una desconocida que cumple condena.

—Creo que hoy me voy a tomar un vasito de leche un poco antes. ¿Te importa traérmelo?

—¿Quiere que le eche yo el ron?

—No te pases de lista, chiquilla.

—¿Yo? Si a mí no me importa. Ya tiene muchos años vividos, o debería decir, bebidos. Espere, que empieza a salirme un verso.

Me levanté y comencé a rapear gesticulando cada palabra, cada puñalada, con mis dedos apuntándole de forma acusadora.

Con alcohol barato construye su castillo.
Se cree un pirata, un soldado, un mártir,
vive y muere por su país mimado.
Naipes en el aire antes de partir.

—Eres una insolente. Te quiero fuera de mi vista. Tienes lengua de serpiente. ¿Quién te ha enseñado a envenenar con palabras?

Recogí todo y me fui a la cocina a preparar la comida. El viejo subió de nuevo a contemplar su melancólico horizonte, ya que no le llevaba el vaso de leche, y le pegó un trago directamente a la pequeña petaca sin fondo conocido. Preparé la mesa para la comida y vi la carta tirada sobre el sofá. La taquicardia se apoderó de todo mi ser. Sentía la sangre fluir por mis arterias y venas, y acumularse en la sien,

parecía que me iba a salir a chorros por las cuencas orbitales. No pude resistirme y la cogí. Leí lo que había escrito, pero no entendía nada, no eran más que un conjunto de números y letras desordenados sin ningún sentido. La dejé en su sitio antes de que me pillara hurgando en sus cosas y regresé a la cocina, pero la mente volvía una y otra vez a esa secuencia alfanumérica. ¿Quién le enviaría algo así?

La comida transcurrió en silencio, y con agua. Ángel estaba sumido en sus pensamientos. No le quité la vista de encima mientras él no levantaba la vista de su plato. Quería imponerme como el alfa de la manada. Dominarlo. Sí, yo te cuido y cumplo mi condena, pero con respeto. Terminamos como empezamos, como dos niños enfadados. Recogí la cocina y pude largarme a mi casa mucho antes, así tendría tiempo de hacer las tareas que me mandaba el profesor todos los días. Hasta el día siguiente no tendríamos una clase virtual y repasaríamos todas las tareas. Antes de encerrarme, me acerqué al buzón para enviar la carta que habíamos escrito por la mañana. El remite era el de un apartado postal, pero no ponía ninguna dirección concreta, ni el nombre del almirante Calatrava. El sobre estaba bien cerrado, pero utilicé una de mis largas uñas para abrirlo sin destrozar el pegamento. Saqué lo que había en su interior, y sí, estaba la carta que yo había escrito, pero también estaba la otra carta, la de la secuencia alfanumérica. Eso sí que era extraño. ¿Pero qué había que fuera normal en aquellos días?

Regresé a mi hogar, no sé si decir *dulce,* pero por lo menos era mi pequeña madriguera, en la que me sentía más segura. Cuando terminé con las tareas, revisé mi cuenta de correo y tenía un nuevo *email.* Lo abrí y lo descodifiqué con la clave que me habían proporcionado anteriormente.

Esto nos queda grande, pero tenemos que hacer algo.
Necesitamos mayor seguridad.

Más jeroglíficos no, por favor. Lo que necesitamos es un sitio seguro para hablar, y eso ya lo había arreglado yo. Le mandé unas breves instrucciones codificadas, y la clave para abrirlas se la envié *a posteriori,* en un mensaje autodestruible. Esta vez contestó rápidamente. Podíamos abrir un chat seguro a través de Tor. No podía saber a ciencia cierta si había logrado despistar a los del CNI, pero en el chat les sería imposible leernos. Usamos una codificación que nos habíamos inventado en el grupo hace tiempo, pero el descodificado lo

haríamos en papel para no dejar rastro de nuestra conversación. El papel había que quemarlo, claro.

Lo primero, lo más importante.

—¿Quién eres?

—Soy Héctor.

¡Héctor! Durante todo este tiempo no tenía ni idea de qué había sido de él. Durante los interrogatorios pasaron de puntillas sobre su persona. Preguntas superficiales, como si no pudieran ligarle completamente al grupo.

—No sé nada de ti desde el día que envié…

—Tomé todas las precauciones en cuanto vi tu mensaje. Tuve la suerte de no estar en casa. Cuando regresé, vi que estaban entrando policías. Así que desaparecí. No puedo decirte dónde estoy, no es seguro. Tú tampoco me lo digas.

—Pero ¿por qué estamos en peligro?

—Creo que nos persiguen. He visto gente extraña vigilando nuestros hogares. Me he pasado por todos, menos por el de Arseni, claro. Leí la noticia en el periódico. El tiroteo. Y la descripción de un chico que fue abatido y que parecía, a todas luces, Arseni. ¿Sabes qué pasó con él?

—Yo estaba allí. Le dispararon, pero no fue la policía. Él iba a entregarse. No quería meternos en más problemas. Era a él al que buscaban.

—Lo siento mucho. ¿Sabes quién hay detrás de esos disparos?

Tuve que pensar con celeridad, estaba hablando con Héctor, de eso podía estar segura, nadie habría podido llegar a comunicarse con nuestro código como él lo hacía. Pero nadie podía asegurarme que no estuviera presionado por otra persona, o, por la policía, o por la mafia. No podía contarle mucho más de lo que todo el mundo ya sabía. Al menos, mientras no confiara más en él.

—Al parecer, su padre es un conocido mafioso. Arseni respondía ante su hermano mayor. Un tal Sergei. Podría ser la mafia rusa, o yo qué sé. Yo estoy escondida en un programa de protección de testigos y cumpliendo mi condena a la vez. No deberías decir nada, no han preguntado mucho sobre ti y, si te coge la policía, te meterán los mismos cargos que a mí. Por lo menos.

—No tengo intención de entregarme a nadie, pero no puedo hacer mi vida normal. Es un poco complicado vivir del aire, ¿sabes? Intento

ganar algo, ya sabes, por mi cuenta, con lo que hemos aprendido.

—No deberías seguir con eso. ¿Me entiendes? Tienes que dejarlo.

El silencio duró unos minutos. Es el problema de las redes sociales. Uno puede dejar de hablar cuando quiere, desaparecer y dejarte con la palabra en la boca. Decidí escribir yo, estaba claro que ambos estábamos necesitados de compañía y apoyo, pero quizás era yo la que más se alegraba de encontrarle. Él podía estar más asustado, seguía siendo un fugitivo. Si alguien fue especialmente cruel en el ataque D'Ort, fue él. Yo no sabía si ahora, de pronto, él se sentía culpable por aquello.

—¿Qué sabes de Isabel?

—Estuve por su casa también. Vigilada. Pero ella no apareció por allí. Quizás esté en otro programa como el tuyo.

—¿Cómo supiste cómo encontrarme?

—Ya sabes, no se puede desvelar la fuente. Te lo puedes imaginar, tal vez.

—Ya. Ten cuidado con las fuentes, pueden trabajar para la policía. Insisto.

No sabía cómo hacerle entender que, si era a través del profesor como me había localizado, no podía fiarse de él.

—No te preocupes, la fuente ni se ha enterado. Oye, he dejado el patinete. Creo que seríamos fácilmente identificados si seguimos usándolos. Ahora me muevo en transporte público, o caminando. Deberías hacer lo mismo.

—No te preocupes, estoy lo suficientemente lejos.

—Tengo que dejarte. No puedo estar más tiempo en esta misma localización. Hablamos. Chao.

—Chao.

Llegué tarde para hacer la cena. El maldito viejo ya disfrutaba de un buen copazo. Sentado en su sillón, con la barriga distendida, un cuaderno y una pluma, estaba redactando algo con cierta intensidad. Lo podía intuir porque ni siquiera se percató de mi presencia mientras colocaba los platos sobre la mesa, ni el ruido de los cubiertos lo sacó de su estado de encantamiento.

—¿Está escribiendo sus memorias? ¿De cuándo estuvo en la guerra de Vietnam?

—¿Puedes traerme unos torreznos?

—¿Cree que soy su camarera?

—Vino la cobra escupiendo veneno. No, no creo que seas mi camarera. Eres mi asistente social, pero no tienes ni idea de lo que eso significa, porque lo único que has hecho hasta ahora por esta sociedad ha sido poner tu granito de arena para aniquilarla. Y sí, sí estuve en la guerra de Vietnam. Varios españoles estuvimos.

Solté una sonora carcajada. Joder con el viejo, ahora se iba a poner a contarme batallitas del Vietcong. Si su cabeza atravesaba alguna vez un momento de lucidez, esta debía de viajar a la velocidad de la luz para que yo no pudiera captarlo. Para reformarme, me habían metido en un manicomio.

—Si yo fuera su asistente social, no estaría con esa copa en la mano. La cena ya está lista, y los torreznos en la mesa. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos. Y lávese un poco la cabeza, por lo menos para bajar esos pelos blancos, que parece Einstein después de tres sesiones de quimioterapia.

El viejo dejó sus apuntes, le temblaban las manos mientras se apoyaba en la cabeza de camello del bastón y conseguía levantarse. No era visible en su cara, pero era obvio que cada movimiento, más cuanto más costoso, iba acompañado de un horrible dolor físico que él trataba de ocultar. El león se come al débil. Tras varios minutos viendo el espectáculo y cumpliendo con sus órdenes de no ayudarlo, por fin se sentó a la mesa. Probó la tortilla de champiñones e hizo un gesto de disfrute.

—No está nada mal, para ser champiñones de bote, claro. Pero te

ha quedado perfecta, jugosa, como a mí me gusta. Hacía mucho tiempo que no probaba algo tan bueno.

—Es una tortilla. No tiene mucha más historia. Aceite, huevos, sal y champiñones. De bote.

—Lara, creo que a veces nos metemos en caminos tortuosos de los que queremos salir, y cuando lo intentamos lo que conseguimos es hundirnos más, como si estuviéramos en unas arenas movedizas. Algunos piensan que si se mueven, se hundirán y, si no se mueven, aguantarán más tiempo hasta que alguien llegué a rescatarlos. Y es cierto, a no ser que sepas que nadie va a venir a rescatarte. Si tuvieras que salir tú sola, con tus propios medios, ¿qué harías?

—Yo bucearía, saldría por el otro lado.

—Ja, ja. Eres creativa, sí. No sabía que de unas arenas movedizas se puede salir por debajo. Pero, desde luego, quedarte quieto no es una opción, así te vas hundiendo poco a poco y prolongas la agonía. Hay que intentar moverse. Hay que intentar salir. ¿Por qué crees que estás aquí?

—Como castigo por haber hecho cosas que están penadas por las leyes de este país.

—Creo que te equivocas. Estás aquí porque tienes una nueva oportunidad. Y las oportunidades en esta vida son escasas, hay que saber reconocer el momento en el que aparece una para no desaprovecharla.

—Vale. Pero ¿y usted? ¿Es esto una nueva oportunidad para usted?

—Lo es. Y siento que tengamos tantas desavenencias. Hemos intimado demasiado rápido y mi comportamiento contigo ha sido bastante cruel. Reconozco la oportunidad, y estoy dispuesto a aprovecharla. A mi edad no suelen darte una nueva oportunidad. ¿Tú me la darías?

No me había ablandado, pero el acuerdo de paz hacía las delicias de mi estresado corazón. Lo ansiaba, incluso, más que él. Lo miré a los ojos y asentí con determinación. «Una oportunidad, viejo, no la desaproveches».

Terminamos de cenar y Ángel puso música en un tocadiscos que debió de nacer un par de décadas antes que yo. No esperaba escuchar ese tipo de música en un tipo como Ángel, no le pegaba nada. Me esperaba algo más folclórico, español, quiero decir, porque lo que sonaba, la verdad es que folclórico sí que era.

—Me encanta la música africana. Me he pasado la vida en ese continente y echo de menos sentir el calor de su tierra. Me enamoraba su música, me encantaba bailar rodeado de su gente. Allí sí saben apreciar cada segundo. Saben que la vida hay que disfrutarla hoy, porque no sabes si llegarás a mañana. Ven, vamos a bailar.

—Pero si usted no puede ni andar.

—Que no pueda andar no significa que no pueda bailar. Ven, tú serás mi garrota, te enseñaré unos cuantos pasos.

Agarrados el uno al otro pasamos un buen rato improvisando danzas diseñadas para otro tipo de músculos y articulaciones. Reímos hasta caer de culo. Yo creí que el viejo acabaría en urgencias aquella noche. Si no era por las caídas, sería por los chupitos de ron que iban y venían. Me hizo probar uno y espurreé todo el contenido. Aun así, pude sentir el ardor apoderarse de mi cuerpo. Eso sí, uno y no más. Lo que me faltaba era que me iniciaran en un hábito que detestaba, y el viejo no hacía más que acumular delitos contra la infancia.

Acabamos cada uno en un sillón, yo con la cabeza hacia atrás, agotada por el tiempo que llevaba sin hacer ejercicio y por el esfuerzo de sujetar al viejo.

—¿Con quién tiene esa correspondencia tan extraña?

—Es un secreto. No debo decirlo.

—Vamos, abuelo, cuénteme un cuento y me voy a la cama. Prometo no decírselo a nadie.

—Está bien, como aprecio esta nueva oportunidad, te lo contaré. El faro y yo formamos lo que se denomina un buzón.

—Un argumento extraño, pero puede merecer la pena. Me quedo a verla, no ponen nada mejor esta noche en televisión.

El viejo se tomó su tiempo, le gustaba recrearse cuando comenzaba una de sus historias. Además, la aderezó con su chorrito de ron.

—Esto es una casa buzón del CNI. Yo he trabajado como espía gran parte de mi vida, eso me ha conferido cierto valor, por mis contactos, que se han ido extendiendo a lo largo de los años. Una casa buzón es un lugar de intercambio de información. A mí me llega correspondencia cifrada y yo la reenvío, con cierta elegancia.

—¿Me está diciendo que esas cartas son de espías?

—Son de informadores.

—Pero con internet, hoy en día, ¿se sigue utilizando este sistema? Parece un poco anticuado, ¿no cree? Lo digo porque igual va siendo

hora de que actualice sus cuentos de hadas.

—Eso es lo que tiene que creer el enemigo. Que parece un poco anticuado. Ellos buscarán buzones de esos que se crean en internet, pero nunca sospecharán que la información la seguimos pasando con estos métodos. Son mucho más seguros. Quizás algo más lentos, pero también más fiables. Es una cadena en la que cada eslabón sabe que la información que recibe la obtiene de la forma correcta. Y es casi imposible de interceptar. Este buzón no está al alcance de millones de espías internautas. ¿Quién iba a sospechar que un viejo loco como yo iba a ser el enlace? Me escriben decenas de informadores infiltrados en organizaciones criminales de potencias extranjeras con intereses en nuestro país. El servicio secreto se preocupa por mí, por eso sigo en el faro, si no, ya me habrían desahuciado.

—No sé, venga, por hoy, por nuestra reconciliación, me lo voy a creer.

No tenía ganas de ponerme a discutir con un viejo loco. Alguien dijo una vez que a los locos hay que darles la razón, y eso hice. Escuché atentamente las historias de espías, sus métodos y sus acciones. Si no era un espía, desde luego había leído a los grandes de la novela de ese género. Cuando la secuencia de bostezos empezó a ser demasiado alta, decidí retirarme.

—Toma, aquí tienes una nueva carta. Déjala en el buzón, como siempre. Ahora, tú también eres una espía.

Me despedí del abuelo y salí del faro. Esta vez me llevé la carta a mi casa, la dejaría en el buzón a la mañana siguiente. Tenía curiosidad. Abrí el sobre con mucho cuidado y saqué los papeles que había dentro. Las anotaciones que había escrito en un papel eran otra vez combinaciones alfanuméricas, todas precedidas de una secuencia de letras: NOSCeVvLV.

Hice una búsqueda rápida en internet, pero no encontré nada con ese código. La verdad es que a imaginación no le ganaba nadie. La presencia de un nuevo mensaje en mi raquítica bandeja de entrada me advirtió de que podía entrar de nuevo al chat. Héctor estaba allí.

—¿Qué tal vas, Lara? ¿Alguna historia nueva del viejo al que cuidas?

Ya le había contado a Héctor algunas de las conversaciones con el viejo, y los dos nos habíamos reído con la imaginación de Ángel. Nunca le dije su nombre, claro. No podía dar ni una sola pista sobre

mi ubicación.

—Bien, hoy hemos tenido sesión de baile africano.

—¡No me digas! Entonces, ya te llevas mejor con él.

—Sí, claro. Que esperabas de la superrelaciones públicas.

—¿No te estarás enamorando? Serás asaltaasilos.

—Ja, ja, idiota. Estuve leyendo algunas de las cartas que envía, y este tío está chalado. Están llenas de caracteres alfanuméricos que no soy capaz de entender. Quizá, si las pasara por un *software* de descodificación, podría enterarme de lo que dicen.

—Es posible que pueda echarte una mano. Yo desde aquí estoy más libre.

—No me atrevo a escribir todo esto. Sería traicionar al viejo, y estamos en fase de reconciliación. Pero te paso unas anotaciones que hice sobre la última carta.

—Vale, con una muestra tendría para empezar. Por lo menos ver si hay algo interesante en el código, algún patrón que pueda indicar que hay un mensaje escondido. Eso puedo hacerlo.

—Hay algo que se repite a lo largo de esta carta que recibió. No lo había visto en las cartas que me hace escribir, ni en otra que abrí anteayer. La palabra que se repite es NOSCeVvLV. ¿Te dice algo?

—Nada. Pero lo miraré. No tengo nada mejor que hacer.

Seguí pasándole secuencias alfanuméricas hasta que tuve que despedirme. Estaba bien poder hablar con uno de los pocos amigos que me quedaban en el mundo. Alguien en quien podía confiar al cien por cien. Pero ahora tenía que terminar mis deberes para poder irme a dormir, aunque fuera unas pocas horas. Al día siguiente tenía clase con el profesor y, tras la charla, con el viejo lo único que me apetecía era dejarme llevar en uno de mis viajes astrales. Soñar aventuras. Quería llegar a vieja y poder contar tantas estupideces como este loco al que, por un instante aquella noche, había llegado a apreciar. No hay que hacerse ilusiones porque, cuando te las haces, llega el desastre.

A la mañana siguiente llevé la carta al correo. La verdad es que me había esmerado en que pareciera que no había sido abierta, pero, si por la más remota casualidad, el viejo estuviera diciendo la verdad, aquello era una casa buzón y esto se trataba de un juego de espías, estaba claro que cualquier experto se daría cuenta de que el sobre había sido manipulado. Tenía que ser más avispada y conseguir leer las cartas antes de que Ángel las metiera en el sobre.

Cuando me encaminaba hacia el pueblo en mi patinete, un Mercedes demasiado reluciente como para haber atravesado aquellas marismas repletas de mosquitos se paró junto a mí. La ventanilla tintada trasera bajó lentamente, y con una sonrisa en la cara Silvia me invitó a acompañarla. Entré por el lado contrario, metiendo antes el patinete en el maletero, y emprendimos el camino hacia el pueblo.

—Buenos días, Lara

—Buenos días, inspectora.

Los nervios se apoderaron de mí por unos instantes; ¿y si sabían algo de mis charlas con Héctor?

—¿Todo bien por aquí? ¿Cómo llevas la relación con el farero?

—Creo que vamos mejorando. Hemos tenido nuestros desencuentros, pero he procurado no romperle los dientes, los tiene algo débiles. Creo que podremos soportarnos.

El policía que conducía sonrió.

—No me extraña. Sois dos personas de carácter. Y los dos sois leo. Eso a veces es un *cocktail* inmiscible.

—Hablando de *cocktail*. Bebe mucho alcohol y a veces desvaría un poco. Cuenta muchas historias.

—Sí, yo insisto en que tendríamos que cortarle el régimen de alcohol, sobre todo desde que tú estás aquí. No quiero tener ningún disgusto mientras estás con él.

—A mí me da miedo. Con tanto alcohol podría tener un accidente, y yo no estoy preparada para tratarlo. Y no creo que pasen muchas ambulancias por aquí, ¿no?

—Intentaré convencer a quien corresponda; pero creo que va a ser imposible. Y ¿qué es lo que te cuenta?

—Ja, ja. Historias. Que perdió los dedos de las manos en una explosión, que estuvo en Vietnam, que es un espía, cosas así.

—El alcohol es muy dañino para todos los órganos, pero a largo plazo afecta sobre todo al sistema nervioso, a las neuronas, y algunas personas alcohólicas se crean una realidad diferente. Quizá la que ellos hubieran preferido vivir. Por lo que es muy difícil saber cuándo te están contando una historia real o una mentira integrada. No es una mentira sin más; es una mentira en cuanto a que no ocurrió como tal, pero para la persona que la cuenta es tan real que está convencido de haberla vivido. Y te la pueden contar una y otra vez sin equivocarse, o sin alterar la historia. Créeme. Llevo muchos interrogatorios a todo tipo de personas, y en cada uno de ellos es fundamental evaluar el estado mental del interrogado.

—Pero él recibe correo ordinario a diario. Tiene más cartas que yo wasaps.

—Tendrá alguna novia.

—Qué va, son unas cartas muy raras. Luego me manda a mí escribir respuestas a máquina. Me está formando en mecanografía, en el siglo XXI.

—Te vendrá bien aprender mecanografía.

—¿Con una máquina de escribir del siglo pasado?

—Así ejercitas los dedos.

—No sé. Es muy raro que reciba tantas cartas. En un faro. Es curioso, al menos.

—¿Cómo sabes que no se las escribe a sí mismo?

—Venga ya.

—Bueno, es una posibilidad. Los inspectores somos especialistas en abrir todas las opciones, por remotas que sean, y luego, una a una, las descartamos hasta que nos quedamos con la más plausible.

—Ayer estuvimos bailando danzas africanas.

Silvia me dirigió una sonrisa que mostraba cierta incredulidad.

—Me contó que entró a sangre y fuego en el faro, y que a sangre y fuego se irá.

—Ja, ja. Es genial. No es más que una bonita metáfora. Se sacó unas oposiciones. Pero muchos opositores dirían lo mismo si les intentan quitar su plaza. Y en parte tendrían razón.

—Dice que ha vivido gran parte de su vida en África y, la verdad, cuando mira al horizonte, hacia el otro continente, parece que lo hace

con nostalgia.

—Quizá no está mintiendo. Por lo que sé, es cierto que pasó varios años en África. Desconozco a que se dedicaba allí. Tal vez fuera un espía. Si lo fuera, no tendría por qué saberlo nadie. Y no hay nada más desesperante que no poder contarle al mundo todo lo que has vivido. Que tus memorias queden enterradas contigo para siempre. No me gustaría ser espía. Ya me cuesta mantener silencio sobre mis investigaciones y no mezclarlas con mi vida personal. Y tus clases, ¿cómo van?

—Bien. Me gusta el profesor. Es buena gente. Y sabe cómo manejarme. No he sido nunca una alumna fácil, pero con este profesor avanzo muy rápido. Me gustan sus clases.

—Todo se hace más fácil cuando el alumno disfruta. Y tú disfrutas de la escritura. Es tu vida. Sigue con ella. Estoy convencida de que puedes salir de aquí completamente reformada. Y he visto todo tipo de casos. En gran parte de ellos sé que no van a sacar nada bueno del reformatorio, o del programa de reinserción. Tú sí tienes una oportunidad. Aprovéchala.

—¿Isabel? ¿Cree que también puede salir adelante? ¿Podré verla algún día?

—Es una situación complicada, Lara. No estáis fuera de peligro ninguna de las dos. Isabel es una chica inteligente, pero más asustadiza que tú, así que su programa está siendo ligeramente diferente. Si todo se soluciona, te prometo que os volveréis a ver. Aunque no sé cómo se lo tomará ella. Está intentando romper con toda su vida anterior.

—Y ¿saben ya algo de Arseni? ¿Fue localizado el cuerpo? ¿Cogieron a los que le dispararon?

—Ajá, aquí hemos llegado a la parte de la que no puedo hablar. Pero sí te diré algo, el cuerpo no lo encontramos, pero con el estado de la mar aquel día, es posible que las olas se lo llevaran mar adentro. Solo quiero que sepas que puedes estar tranquila. No contactes con nadie durante el tiempo que estés aquí y todo irá bien.

Estuve tentada de decirle que estaba en contacto con Héctor. Pero, si ella no lo había mencionado, era probable que no supiera nada de mis charlas con él, así que podía seguir manteniendo el secreto. Me dejaron con mi vehículo junto a la tienda del pueblo y yo seguí con mi rutina.

Ese día decidimos ver el atardecer desde el faro. No sería capaz de decir cuántos colores pueden llegar a verse en un atardecer. Por eso es difícil apartar la mirada, por no perderte la siguiente instantánea. Pero una fuerza interior me impedía disfrutar de aquel momento, recordándome que no tenía derecho a abandonar el infierno. Ese momento siempre me arrastraba a recuerdos que me castigaban el corazón. No pude evitar soltar unas lágrimas. Ángel no dijo nada, siguió con la mirada cada segundo de cómo el sol se iba perdiendo en el horizonte, hasta que solo quedó una fina línea rosada.

—Ahora, Lara, dime: ¿Cuántos barcos ves?

La pregunta me sorprendió, como cuando el profesor te pregunta y tú no estás atenta. Enfoqué la vista y escaneé el mar desde la tierra hasta el horizonte. Tardé un rato, pues, desde aquella altura, el campo visual es inmenso.

—Veintisiete.

—Treinta y uno. Pero muy bien, Lara. Estás mejorando tu capacidad visual, y eso a pesar de la cortina de lágrimas que te cubren las pupilas. No, no, no. No tienes que explicarme nada. Los sentimientos son personales. Yo he visto llorar a los hombres más rudos y a las mujeres más duras. He visto gemir como un niño abrazado a su madre a un teniente coronel tras regresar de una misión en la que perdió a la mitad de sus hombres. Y no derramó ni una sola lágrima delante de los que sobrevivieron. Pero ante una madre, todos somos niños. Tal vez, empieces a ver en mí la figura de un padre. Menudo padre.

Ángel se reía a carcajadas y me sacó una sonrisa. Algo que había resultado una ardua tarea desde que perdí al Ruso. Los dos disfrutábamos de una infusión de menta y chocolate, y ya casi solo se veía el vaho saliendo de nuestras bocas. Del amarillo chillón de mi sudadera no quedaba ni rastro. Me había guarecido dentro de la capucha, y empezaba a sentir la humedad fría internárseme en el cuerpo, que se defendía con pequeños tembleques.

—Me gusta este frío. Al principio, cerca del mar, es más suave porque te penetra, pero te congela poco a poco desde dentro. Es como

un caballo de Troya: entra sin molestar demasiado, pero cuando está dentro, destruye tus defensas. Te demuestra lo vulnerable que eres.

—Yo creo que me voy a ir adentro. Al lado de la estufa. No es que me esté aburriendo, pero el frío me ha *hackeado* todo el sistema.

—Muy bien. El espectáculo ha terminado.

Una vez en el sofá ya no pude contenerle y volvió a rellenar su infusión con un chorrito de ron. Aún no sé como era capaz de hacer esas mezclas tan asquerosas. Debía de tener un estómago de acero.

—¿Por qué bebe tanto?

—Esa es una pregunta difícil de contestar, Lara. Uno bebe alcohol porque no puede dejar de beberlo. Cada uno busca su propia excusa, y te diré una cosa, con tantos años me sobran las excusas.

—Pero ¿cuál es la excusa?

—El peso que llevo se hace más liviano. El de las miles de almas que he tenido que abandonar.

—Lo siento, de veras. ¿Tantas almas ha abandonado?

—Sí. Tengo sangre africana, y me duele su sufrimiento. Europa no se ha portado bien con África, históricamente. No hablo de lo que se hizo durante siglos, durante los años duros del colonialismo. Hablo de no hace tanto tiempo. Abandonamos a muchos a su suerte, y sabíamos que habían jugado la carta equivocada.

—¿Por qué dice que tiene sangre africana?

—Nací en Guinea, en la Guinea Ecuatorial Española. Provincia española que fue abandonada o vendida, como muchas otras, y emigré junto con mi familia. Trabajé durante muchos años en diferentes rincones de África, en la misma Guinea, en el Sahara y, durante mi última etapa, en la franja del Sahel. Es una región de extremo a extremo del continente africano que también denominan el cinturón del hambre, y es el sitio predilecto para esconderse de grupos islamistas radicales. Gracias a que manejo varios idiomas de diferentes regiones de África, he trabajado recopilando información y haciendo campañas de información ciudadana. Estableciendo alianzas. Seleccionaba personas de confianza. Mucha gente que nos ayudó a parar la radicalización de sus pueblos. Después de treinta años dedicado a eso, solo pude concluir que traicionamos a cada uno de ellos. Ese es un peso demasiado grande.

—¿Murieron?

—Unos sí. Otros, simplemente, fueron olvidados. Promesas

incumplidas. Llega un momento en la vida de esas gentes que se preguntaban si realmente han escogido el bando correcto. Y esas preguntas me las hacían a mí. Yo siempre he tratado de explicarles que sí lo estaban. Aguantas una traición, dos, tres, pero llega un momento en el que ya no puedes con más. Sigo teniendo muchos amigos fieles, pero otros, otros no me mirarían a la cara. Y eso casi es peor que su muerte. No hay nada peor a que te miren como si les hubieras traicionado.

—Y, sin embargo, le siguen escribiendo.

—He conocido mucha gente noble. He ayudado a muchos a venir aquí, he salvado vidas. Pero he sido yo, no mi país. Mi país no hizo nada ni por ellos ni por sus familias. Así no se paga a gente fiel. Sí, algunos me siguen escribiendo, todavía hay algunos que me considera un amigo. A pesar de que no lo merezco.

—Ya, pero lo que no me cuadra en toda su historia, es que sigue utilizándolos como informantes del servicio secreto de ese país que los traicionó.

—¿Siempre tienes que cuestionar las historias que te cuento?

—Siempre que veo algo que no cuadra.

—Tengo mis principios. Hay cosas que están por encima de uno mismo. Y en el fondo, puedo conseguirles algo de dinero.

—¿Me va a contar lo de sus dedos? La verdad.

Ángel me observó dubitativo. Con el vaso entre los muñones, como si tuviera que elegir entre recordar o apagar sus memorias con el fuego del alcohol.

—Ya te lo dije. Una explosión.

—¿Una explosión selectiva? Solo le arrancó algunos dedos.

—Esto parece un interrogatorio.

—He aprendido algo últimamente. De verdad, Ángel. —Creo que era la primera vez que me dirigía a él por su nombre—, puede confiar en mí. Mi profesor insiste en que hay que sacar la mierda de dentro y expresarla.

Esta vez se llevó el vaso a los labios, y le dio un largo sorbo que fue tragando poco a poco.

—Puedes creer lo que quieras. Ya te he contado mi historia.

No hubo muchas más historias esa noche. La verdadera historia debía de ser demasiado dolorosa o estúpida, y el viejo prefería ahogarla en alcohol.

Como todas las noches, dediqué un rato a trabajar en las actividades del profesor hasta que apareció Héctor. Era mi incómodo secreto, el chupito de felicidad que me tomaba a escondidas. Apareció en el videochat, sobreexcitado.

—Joder, tú ya sabes que yo soy un poco conspiranoico. Igual es eso lo que me ha pasado. Debe de ser eso. Estoy loco.

—Venga, Héctor, para ya de decir tonterías y suelta, que me quiero ir a dormir.

—Probé de mil maneras la combinación de letras que me enseñaste, hice todo tipo de búsquedas, y solo hay una que podría tener sentido. No te lo vas a creer.

—Sí que me la creeré. Venga.

—NOSCeVvLV. ¿Recuerdas?

—Claro, yo te lo dije.

—Pues, creo que NOS podría significar Nostradamus. ¿Sabes quién es?

—Me suena vagamente, pero no te creas que mucho. ¿Un vampiro? :)

—Nostradamus fue un tipo que vivió en la primera mitad del siglo XVI. Se hizo famoso porque era una especie de brujo futurólogo.

—¿De los que leen las cartas o las líneas de las manos?

—No lo creo. Tenía visiones y se supone que en ellas veía el futuro. Igual tomaba alguna droga alucinógena. Con sus escritos se compuso un libro que siglos después se sigue interpretando, y hay miles de teorías sobre él. Se dice que predijo la Alemania nazi, la bomba atómica, la llegada del hombre a la luna y cientos de historias más. Tampoco me he puesto a investigar en serio, pero, vamos, que hay hasta películas sobre su vida.

—Esto empieza a sonar divertido. Ve al grano.

—Escribió múltiples escritos con sus predicciones. Estas las dividió en estrofas. Ya ves. Era un poeta, o un rapero de su tiempo. No lo sé, pero la cuestión es que las dividió en Centurias, y cada Centuria contenía un número variable de versículos. En concreto, tu número se referiría a la Centuria quinta, al versículo cincuenta y cinco. Agárrate:

LV

De la Feliz Arabia tierra
Nacerá poderosos de ley Mahometana.
Vejar España, conquistar Granada.
Y más por mar a la gente de Liguria.

—¿Qué significa?

—En los sitios en los que he estado investigando, se cree que se refiere a que el continente islámico, quizá concretamente África, invadirá Europa. Las fechas parece que sitúan la invasión en torno al siglo XXI.

—Joder. Me has dejado de piedra. Eso sí podría tener sentido. Este tío dice que fue una especie de espía en África. ¿Es posible que estén planeando la invasión de Europa?

—Lo dudo. No creo que tengan capacidad militar. Pero esto es acojonante. Es una pedazo de historia. Escucha. La puedo vender. Podemos ganar un dinerillo con esto.

—Héctor. Ni se te ocurra. Yo ya no hago nada de lo que solíamos hacer. Ni puedo, ni quiero. Además, es solo una especulación. Puede que nos estemos inventando otra historia, y yo no quiero participar en la creación de una conspiración más.

—Es lo que sabemos hacer. Se nos da bien. En otra época te habría parecido una historia alucinante y ya estarías escribiendo tuits que se harían virales.

—Tú lo has dicho, en otra época. No quiero volver a saber más de ese pasado. No quiero más complicaciones en mi vida.

—Está bien. No te enfades. Es que, ya sabes. A mí vivir en la clandestinidad se me hace complicado, me hace falta dinero. Siempre estoy haciendo trabajillos.

—¿No me digas que sigues haciendo de trol?

—¿¡Y qué quieres que haga!? No tengo dónde caerme muerto. Mis padres no saben dónde estoy.

—¿Ni siquiera saben que estás vivo?

—Ni siquiera.

—Me da igual lo que hagas para ganarte la vida. Pero con este tema no se juega. No tendría que haberte contado nada. Prométeme que no lo usarás. Yo procuraré ayudarte en cuanto salga de aquí y

termine mi condena. Y buscaremos a Isabel, y nos juntaremos otra vez. Todo volverá a ser como antes.

—Ojalá.

—Te tengo que dejar. No hagas locuras, ¿vale? Te quiero.

—Vale. Yo también TQM. Como amiga, ¡eh!

—Idiota.

Paloma coja

Ser anciano no te convierte en la voz de la sabiduría. Por una sencilla razón. Cada uno llega a la vejez por un camino muy diferente, y hay viejos de todos los colores políticos, de todas las religiones, de todos los equipos de fútbol, y cada uno te dará una alineación diferente para su equipo. Tienen ideas mutuamente excluyentes, al igual que los jóvenes. El problema lo tiene el que cree que lo sabe todo, el que no está dispuesto a aprender, a escuchar a los demás. Tú, como joven, tienes dos problemas: escuchar, y creer justo lo contrario de lo que te cuentan, o ponerte los cascos a todo volumen. Yo procuraba escuchar al viejo, procuraba no mostrar mi escepticismo hacia todo lo que me contaba, y sentía como poco a poco me dominaba su influjo; tal vez estaba saliendo de la adolescencia de manera prematura, y empezaba a creer alguna de sus historias. Pero Ángel tenía esa doble versión de sí mismo, y la dicharachera venía siempre acompañada de esos 37.5 grados. El borracho tiene dos problemas: cuando es novato no puede parar de hablar, incluso de lo que no debiera, y suele decir muchas verdades que no contaría si estuviera sobrio. Cuando lleva muchos años metido en la bebida, sigue diciendo verdades, lo que no sabe distinguir el que le escucha es cuando esa vivencia ocurrió en realidad, o cuando es una invención bien acomodada en el inconsciente que sale a la luz cada vez que el etanol la libera.

Aquella fría mañana regresaba por el camino habitual desde el pueblo, donde ya me conocían todos y me sentía querida. Mi renuncia a la civilización resultó en una ascensión a persona social, diría que incluso popular. Según me acercaba al faro, observé más movimiento de lo normal. Al parecer teníamos visita, y no parecía ser el cartero al que, por cierto, no había visto nunca. Al acercarme, vi al viejo haciendo aspavientos algo soeces desde la puerta del faro. Mientras, un señor vestido con traje de chaqueta y corbata, algo raro por aquellos remotos parajes, regresaba a su coche. Tan solo llegué para escuchar sus últimos gritos:

—¡Saldrás de este faro antes de que estires la pata! De eso me ocupo yo.

—Vuelve a tu casa con tu madre, que te ha preparado una rica tostada de mermelada.

—¡Gritas como un conejo atrapado en su madriguera cuando ve que no tiene forma de evitar que lo saquen!

El hombre se cruzó conmigo y me dirigió una mirada fugaz seguida de un comentario:

—No sé cómo aguantas a ese viejo borracho.

Yo no respondí. Contemplé la escena sin comprender, pero de algún modo me sentí agredida. Sí, sería un viejo loco, un borracho, pero era mi viejo loco borracho. Bajé del patinete, cogí una piedra y la lancé con todas mis fuerzas mientras el coche se alejaba. La piedra le dio en la matrícula y fue más el ruido que hizo que el daño que le hizo, o eso creí yo. El viejo respondió con una sonora carcajada desde lo alto.

—Muy bien, mujercita. Tienes buena puntería. Es lo que tiene aguzar la vista. Serías una buena francotiradora. Estás contratada.

Yo ya había subido la cuesta con todas las bolsas de comida, y Ángel me esperaba con la puerta abierta.

—¿Qué quería ese señor? ¿Por qué le hablaba así?

—Quiere joderme los pocos días que me quedan de vida. Nos conocemos de hace tiempo, nunca hemos tenido una buena relación.

—¿Y lo de la mermelada? No sé. En mi ambiente se utilizan insultos más tradicionales. Nunca había escuchado ese.

—Eso es porque aún no has andado por las tabernas del pueblo. Antiguamente solía ir. Ahora no puedo moverme tanto como para llegar, y menos para volver, ya me entiendes. Pero por el pueblo corre el rumor de que el día que le dejó su mujer, esta le estampó una tostada con mermelada de fresa por toda la cara. Al parecer es lo que desayunaba todos los días.

La risa fue tan contagiosa que ambos tuvimos que parar en medio de la escalera de metal para no caernos. Yo sujetaba a Ángel, quien esta vez, en lugar de soltarme un puñetazo, me pasó el brazo por encima de los hombros y se dejó llevar hasta el mirador.

Una vez allí, nos sentamos en nuestras sillas, ya dispuestas para contemplar el mar. Lo mejor de todo es que ya no me sentía tan mal. Podía mirar al mar, acordarme de Arseni y olvidarle al instante. La vida seguía, y yo estaba dispuesta a vivirla.

—Lara, yo hace mucho tiempo que dejé de preguntar. Antes

preguntaba demasiado, era mi trabajo. Ahora prefiero que me cuenten lo que les apetezca. Solo quiero decirte que, si necesitas explayarte, aquí estoy. No seré tu mejor amigo, ni el mejor consejero, pero puedo escuchar sin juzgar y eso es lo mismo que una amistad.

—¿No dicen que el mejor amigo es el que te dice la verdad a la cara?

—Eso dicen algunos sabios. La verdad tiene muchos ángulos desde donde mirarla. Ese que te dice esa verdad es normalmente tu mejor amigo hasta ese día. A partir de ahí, querrás a los que yo te he contado. A los que leen tu verdad. No quiere decir que no puedan aconsejarte, o darte un punto de vista ligeramente diferente, incluso ayudarte a cambiar hacia otro punto más moderado. Pero con cuidado, si te exponen como mentirosa se van para su casa.

—Y ¿qué quiere que le cuente?

—Lo que tú quieras. Desahógate.

—Creo que me están sentando muy bien estos días en el faro. Estoy cada vez más contenta, veo la vida de otro color, más positivo. Perdí a mis padres cuando era muy joven y, desde entonces, quizás he sido demasiado negativa. Me refugiaba en mis amigos. Es lo que más echo de menos. Y a mi tía, que ni sé qué sabe de lo que me ha pasado.

—Entiendo. Debe de ser duro perder a los padres tan joven.

—Tiene mucha suerte de vivir en el faro. No me extraña que no quiera irse. ¿Por qué quieren echarle?

—¡A todos! Quieren echar a todos los fareros. Tras el cambio de la ley de costas los faros pasaron a ser propiedad de la autoridad portuaria. Todo depende de quién sea el encargado de ejercer esa autoridad, y a mí me ha tocado la tostada de mermelada.

Los dos reímos otra vez al no poder evitar imaginar la escena.

—¿Cuántos barcos ves hoy?

—Veintidós.

—Exacto. Y rápido.

—Ya los había contado. Estaba preparada para la pregunta.

—Eso es parte del juego, y lo has entendido muy bien. El secreto está en anticiparse. Creo que estás lista para que te deje el faro en herencia. Si pudiera. Ja, ja.

—Tranquilo. Volveré siempre que pueda.

—Mira siempre al horizonte cuando vengas. Y cuenta los barcos. Cuantos más barcos veas, dale más intensidad al faro. Mañana habrá

levante. No podremos salir tan tranquilos.

—Tengo una nueva carta.

—¿Y a qué esperabas para dármela?

—Se me había olvidado con todo el rollo del Capitán Mermelada.

Dejé a Ángel leyendo la carta y bajé por las escaleras metálicas. Me dirigía a la cocina cuando lo vi bajar tan rápido que creí que se estamparía contra el suelo. Ni siquiera me imaginaba que pudiera bajar tan rápido. Fue directo a su sillón y se puso con su cuaderno. Leía la carta y escribía, a toda velocidad.

—Algo está mal —murmuró entre dientes.

Tuve que meterme a cocinar, pero me dejó algo preocupada la reacción que había tenido. Minutos después, cuando ya había empezado a cocinar, escuché un grito.

—¡Lara!

Acudí de inmediato.

—Necesito que bajes al pueblo y me traigas la prensa. Necesito que me traigas todos los periódicos, todos los días de esta semana.

—¿Ahora?

—Sí, por favor, necesito los de hoy. Comeremos algo enlatado.

Y así hice. Bajar, comprar el periódico y subir de nuevo.

Ángel estuvo leyendo en detalle la prensa mientras yo calentaba una fabada de bote. Lo vi subrayar el periódico, darle la vuelta, leerlo a la inversa, recortar y pegar en su cuaderno. Desde luego, o era un espía, o se lo había creído demasiado. Comimos rápido, casi sin hablar, pues él seguía leyendo el periódico. Después me puso a teclear una nueva carta.

Estimado Comisionado de las Antípodas:

La paloma llegó coja y con el ala partida. Siento no poder devolvérsela. Prometo que no nos la comeremos. Permítame que le aconseje a su merced que debería proteger mejor a sus mensajeras. No se sabe de su suerte, y quizá se haya perdido alguna en el camino. O, tal vez, se la hayan robado.

Le deseo una pronta recuperación de su convalecencia.

Siempre a su servicio,

Serafino De Miguel y Heredia,director de la Real Academia de las Lenguas Wolof

—Perfecto. Ni un error. Necesito que deposites esta carta en el buzón con urgencia.

—Pero, si no va a venir ningún cartero hasta mañana por la mañana, ¿no? Por cierto, ¿siempre viene a la hora en que me voy a hacer la compra? Aún no he llegado a verlo.

—Los carteros llegan de improviso, y son como los Reyes Magos, solo sabes que han venido porque han dejado el regalito.

—Ya, o sea, que no existen.

—¿Quién ha dicho que no existan los Reyes Magos? ¿Acaso nunca tuviste regalos? Aunque no existieran, seguirían siendo magos. Corre y échala al buzón. Tengo que ir al baño.

Lo acompañé hasta el lavabo. Y, de vuelta, al pasar por el sillón, vi dos referencias nuevas escritas. NOSCeVvXXIX y NOSCeVvLIV. Traté de memorizarlas, era buena en eso, y salí del faro a cumplir mi misión como espía. Noté que la V mayúscula dejaba una muesca en su extremo izquierdo. Una mancha que podría ser de imprenta, o de la máquina de escribir que se hubiera utilizado.

Bajé la cuesta a toda prisa. Miré en todas direcciones para ver si había alguien escondido, pero no vi a nadie. Tanto secretismo aumentaba mi estado paranoico, y eso me inquietaba. Tampoco le había visto a él bajar hasta el buzón en ningún momento. Y eso sí que sería difícil perdérselo. A su velocidad, podría tardar media hora. Apenas salía de su faro, por lo que la teoría de Silvia de que se enviaba él mismo las cartas no parecía cuadrar. Pero podría intentar probar a escribir esa V. Así saldría de dudas. Al regresar, seguía sumido en sus libros y sus cuentas, así que aproveché para limpiar rápido la cocina y regresé pronto a mi casa para dedicarme a hacer las tareas del día. El profesor me enviaba cada vez más trabajos, y no me daba tiempo a terminarlos. Sobre todo si me liaba a charlar con Héctor. Le envié un mensaje encriptado, en el que le escribía los dos nuevos códigos. A ver si él les sacaba algo de sentido. Yo no podía hacer esas búsquedas, pues podría dejar rastros y que mis espías personales, a las órdenes del sabueso del CNI, descubrieran que estaba hablando con alguien de fuera. Algo que me habían prohibido. Tal vez, debía tomarme en serio la advertencia y cortar la comunicación con Héctor antes de que nos pillaran. Intenté aparcar todas aquellas cosas que me rondaban el cerebro, y dedicarme un rato a mis clases.

Después de un par de horas de escritura, concentrada en el trabajo que me había pedido el profesor, por fin di por terminada la tarea. Había tejido una tela de araña tal, que incluso a mí misma me era difícil salir de ella. Podría impresionar al profesor. Quizás hasta se pudiera vender como parte de una colaboración con alguna empresa. Ni yo misma era consciente de que podía ser tan buena vendedora. Abrí el *email* y ¡bingo!, había respuesta. Héctor era rápido.

Hola, Tama:

Demasiadas coincidencias para que el viejo sea un chiflado. Te dejo los versos a los que hace referencia. Todos van en el mismo sentido, aunque no acabo de entender a qué se refiere al usar estos versos. Debe de manejar algún lenguaje oculto como manera de comunicarse con alguien; una especie de código.

XXIX

El Oriental saldrá de sus sede.
Pasar los montes Apeninos para ver la Galia:
Traspasará el cielo, las aguas y nieve.
Y uno a uno golpeará con su contribución.

LIV

Del Ponto Euxino y la gran Tartaria.
Un Rey será que vendrá ver Galia,
Traspasará Alana y Armenia,
Y en Bizancio dejará sangrante Galia.

Hablamos luego.

No tenía tiempo para ponerme a chatear en ese momento, se me había hecho tarde y podíamos acabar abriendo una lata de lentejas para cenar, y eso sí que no.

De vuelta en el faro, Ángel seguía sumido en sus pensamientos, en sus anotaciones, en sus cálculos. No quise molestarlo y me fui directa a la cocina. ¿Cómo podría sacarle algo de información sobre qué es lo que hacía? Sobre esos números, sobre las profecías de Nostradamus. Parecía mentira que hasta yo comenzara a creerme semejante sarta de tonterías.

V

—¿Le gusta la sopa a vuesa merced?

—Sí, sí, muy buena, Lara.

—Ja, ja, ja. Así que es usted un marqués. No había caído, pero cuando escribe esas cartas nunca firma como fontanero, cristalero, panadero, no sé, ¿herrero de la corte del rey Arturo?

—Te noto molesta por algo.

—Un poco clasista, ¿no le parece? Pero, mírese. ¿Cuántos años tiene? Más de ochenta seguro.

—Ochenta y cuatro.

—Con esa edad, y parece que está resolviendo el enigma de la humanidad, o peor aún, que está jugando a salvarla. ¿De verdad le merece la pena salvar a millones de personas si ni siquiera habla con su panadero?

—Si el destino de la humanidad estuviera en mis manos, ya no existiría nuestra especie. Me ha decepcionado tantas veces que no sería capaz de rescatarla. En verdad ese Dios que nos protege es eternamente bondadoso, por no aniquilarnos de un plumazo, pero como diseñador fue un jodido desastre.

—Sssh, calle, que le van a oír. Está usted blasfemando.

—¿Eres religiosa?

—¿Yo? No. No me enseñaron. Probablemente no pueda decirle ni el nombre de muchos de los protagonistas de ese libro tan famoso, la Biblia. ¿Es ese su libro? ¿El que le guía?

—Yo creo en un ser, llamémosle superior, una especie de creador. Pero he visto tanta mierda a lo largo de mi vida que no apuesto por ninguna religión en concreto como la válida. Es seguro que si solo hay una cierta, entonces, proporcionalmente, hay más gente que vive en la religión equivocada. Parece una incógnita demasiado cruel para ser cierta. Si todas menos una son inventadas, mejor pensar que lo fueron todas. Pero me cuesta sacarme esa deidad. Quizás el mío sea el dios del tormento.

—Ja, ja. Muy bueno. Acaba usted de crear un nuevo dios. El dios Tormento contra el señor Mermelada. Sería una buena peli de Marvel.

—¿Puedes tutearme, por favor? Déjate ya de coñas. A partir de

ahora puedes usar mi apodo, Mento, porque Tor ya existe. Cuando me hablas de usted, sé que me estás tratando como a un viejo loco. Y aunque sea eso lo que soy, no me merezco ese trato.

—A no ser que yo sea la maza del dios Tormento, ¿no? ¿Mento?

Los dos espurreamos lo que teníamos en la boca en ese momento y nos reímos a carcajadas por esa conversación tan delirante que nos llevaba a algún destino demasiado alejado de los eufemismos cotidianos. Nada bueno.

—Ángel, lo cierto es que te echo de menos. Estás un poco distante estos días y no sé que es lo que te atormenta. Tal vez podría ayudarte.

—La amistad, Lara. Los amigos. Me atormenta su destino. He visto a muchos desaparecer, y ahora estoy a punto de perder a otro.

—¿Qué amigos?

—Buenos amigos. De mis años en África. Todos arriesgaron su pellejo por un trozo de papel. Dime, Lara, ¿qué les costaba hacer ese trozo de papel?

—Estoy un poco perdida, la verdad.

—Un salvoconducto, papeles para obtener la nacionalidad española, permisos de residencia. Como te dije, yo me dedicaba a reclutar agentes de campo. Me integraba en las comunidades, como misionero. Eso me ayudaba a conocer a la gente. Hay algunas personas que, pagándoles bien, te pueden pasar buena información. Hay otros que tienen unos principios tan rígidos que te entregarían a la mínima oportunidad. Saber distinguir esos perfiles era mi excelencia. Pero, los que más me duelen, son aquellos que lo hacían por ayudar a su gente. A veces querían cosas grandes, como salvar a su pueblo de ser sometido por una ley injusta. Otros se conformaban con sacar a sus familias de allí, dar una oportunidad a los suyos. Eso es lo que me duele. Que no solo los traicionamos a ellos, también traicionamos a sus hijos, a sus mujeres, a sus familias enteras. Si los radicales llegaban a sospechar, los mataban a todos. Las noticias que hemos recibido estos días son desalentadoras. Hay una familia en el norte de Mauritania a la que le debo la vida. Ahora están en serio peligro. Están escondidos, pero los están buscando. ¿Y qué hacemos nosotros? Nada. Si tuviera treinta años menos, habría ido allí, personalmente, a resolver el problema, a ayudar a esas personas. Pero soy un vejestorio.

—Entiendo que te sientas impotente. —Me senté sobre el brazo de

su sofá y le pasé el brazo por encima de los hombros. Le deslucían las canas y las arrugas, no las de sabiduría, sino las de su incapacidad, las de su agotamiento psíquico. Quería ayudar, pero no podía. Lo había dado todo por una causa que ahora lo consideraba caducado. Y con él, caían todos a los que había puesto en un compromiso. Una bonita historia, y yo solo podía ofrecerle un consuelo que él rehuía—. Has hecho todo lo que has podido.

—No, Lara. Aún puedo hacer más. Aún voy a hacer más. No me iré así de esta tierra. Confiaron en mí, y cuando más me necesitan, no los puedo dejar tirados. Si ese misterioso Dios quisiera que los dejara tirados, me habría quitado ya el permiso de residencia terrenal. Ha tenido ocasiones de sobra.

En ese momento se retiró al baño y yo aproveché para probar la máquina de escribir. Debía moverme rápido, ya que aunque Ángel era bastante lento en todo, colocar el papel en su sitio llevaba su tiempo, sobre todo, sin hacer ruido. Los pelos del brazo se me erizaron cuando le di a la tecla V después de haber asegurado la tecla para mayúsculas. El clic retumbó es mis oídos como un chasquido seco, tras el cual, el silencio se hizo más profundo. Era imposible que no lo hubiera escuchado. Así que, para disimular, me puse a escribir unas frases.

Saqué la hoja de la máquina, aunque ya tenía la respuesta que buscaba, y la guardé. Esperé a que saliera del baño para ofrecerle mi ayuda, la cual aceptó encantado. Lo acompañé hasta el sillón.

—Puedes escribir siempre que quieras. Yo lo hago a veces, para relajarme, solo que con estos dedos es difícil.

—¿Los perdió en África?

—En África lo perdí todo, hasta la cordura. Todo lo que alguna vez quise lo dejé allí.

—Pero aún te queda el faro.

—Así es. De aquí solo me sacarán con las piernas por delante.

—Bueno, es como suele hacerlo la policía en los desalojos. Sabes, me encantan tus historias; algún día tendré que regresar a mi vida, pero pienso recordar todo lo que me estás enseñando. Escribiré canciones sobre tus historias.

—Entonces mereces que te cuente una historia. Haz palomitas.

—¡Bien! Esto se pone emocionante, vuelvo en diez minutos.

La franja del Sahel

Primera parte

El calor sofocante se mezclaba con la humedad ambiental, que convertían aquel paraíso para la fauna del planeta en un lugar inhóspito para el ser humano. Al menos para el occidental. Esa raza a la que pertenecían los pocos blancos que deambulaban entre las chozas. Médicos venidos desde diferentes puntos de Europa con el fin, a veces superficial, de ayudar a los pobres del maltratado continente vecino. Los que creían que serían como unas vacaciones pronto estaban deshidratados, bañados en sudor, encerrados entre capas de malla antimosquitos. Un proceso de selección natural muy efectivo, una criba necesaria para encontrar a los mejores, que son los que se engancharían a este continente. El trópico no era un problema para mí. Nací en Guinea Ecuatorial, como ya te conté en alguna ocasión, donde el oxígeno se podía llegar a solidificar en el agua flotante. Y eso sí que no era capaz de atravesar las membranas pleurales. Lo que quiero decir es que yo sí había sido bendecido con el don africano. Que esta sería una de mis últimas misiones ya lo sabía, lo que no sabía era que realmente sería la última. Me habían ofrecido la prejubilación en multitud de ocasiones, pero la había rechazado. Me ofrecían plaza de administrativo en España, pero yo tenía planes mejores si un día debía dejar mi trabajo en activo. No podía volver a mi país y abandonar África así sin más. En más de treinta años de operaciones encubiertas, jamás levanté sospechas. Aunque, en varias ocasiones, me jugué más que la vida. No todos mis colegas tuvieron tanta suerte. Dejé muchos cadáveres de amigos por el camino.

Aquel día me dirigía a la iglesia. Hacía de ayudante de los hermanos misioneros de San Juan de Dios. Atendíamos a una comunidad cristiana del sur del país. Las comunidades diola del bajo Casamance, mayoritariamente católicas, eran de las más pobres del país, de mayoría islámica. El conflicto siempre estaba en el aire. Eran dos comunidades siempre en una relación de tensa paz, sobre todo por las incursiones de rebeldes desde el sur de Gambia o desde el norte de Guinea Bisáu. Sin embargo, Senegal era un país lo suficientemente pacífico para que no entrara en los planes de pacificación de Europa.

Francia, Portugal o Inglaterra, potencias que explotaron aquella tierra y a sus gentes, no tenían interés en despertar a otro país islámico. Su experiencia en Oriente Medio y el norte de África les había bastado. Y menos por defender a un puñado de cristianos de una pequeña región del planeta. No era el único conflicto similar, lo mismo había sucedido con las excolonias españolas. Los que un día fueron ciudadanos españoles en Ifni, el Sahara Occidental, o incluso la misma Guinea, a la que yo mismo debía el pasaporte español, pasaron de la noche a la mañana a dejar de serlo. Fueron abandonados. Como agente especializado en el área sufrí cada uno de esos conflictos, y comenzaba a observar un modo de operar similar cada vez que Occidente intervenía en alguna de estas regiones. Se apoyaban en gente del lugar que los ayudaba, y al tiempo los abandonaban conforme sus intereses políticos cambiaban. Esto terminaba en la persecución y muerte de los que ayudaron a los países occidentales. Se formaba al ejército para combatir la insurgencia yihadista, pero estos, normalmente, tenían más interés en el sueldo que en la defensa de una frontera que ellos no veían.

Me movía de pueblo en pueblo, y todos los días cambiaba mi ruta para visitar las aldeas. De haberlas, las iglesias eran un buen punto de encuentro. No me la podía jugar. Si alguien me había descubierto, podían atacarme en cualquier punto inesperado. Las carreteras eran peligrosas, por lo que mi supervivencia se debía, en gran parte, a todas las medidas de seguridad que tomaba. Durante décadas, mi misión consistió en integrarme en comunidades en Mali, Mauritania y Senegal. En ellas establecía contactos y posibles colaboradores. Mi labor siempre fue de formación y reclutamiento de informadores o, como en aquel caso, formación de agentes. Eran los primeros meses de la operación. En este caso, se trataba de establecer una vigilancia de la nueva y más cruel amenaza terrorista islámica. Eran los primeros años del establecimiento de la franja del Sahel. Esta era una franja que recorría África de este a oeste, cuya misión era controlar a los grupos islámicos extremistas. Durante aquellos años, yo ya había contactado con decenas de habitantes que se convertían en mis informantes. Les pagaba bien, con el poco dinero que me daba el Estado de sus fondos reservados. Pero eso no era lo fundamental cuando reclutabas. Si reclutas solo basándote en el interés que pueden tener en el dinero, estás perdido, porque tú serás el siguiente al que vendan. Lo más

importante es darles una solución a largo plazo, y aquella gente soñaba con una única cosa: Europa. Establecí una correspondencia con informantes fiables. Fui un reclutador esencial en el Sahel, el mejor, y en el que más confiaban. Aunque podían reemplazarme por personal más joven, mi experiencia era sinónimo de culminación de cada misión. A pesar de esto, es verdad que la ratio de éxito va bajando con la edad, y mis mandos creían que ya había llegado la hora de mi jubilación. A todos mis colaboradores les prometía lo que más ansiaban: si en algún momento lo necesitaban, yo mismo me encargaría de ayudarlos a pasar a España. Eso me aseguraba que nadie me traicionaría. Sobre todo cuando veían que realmente me comprometía y que no cejaba en mi empeño hasta conseguirlo.

Aquel día reuní en la iglesia a uno de los equipos más competentes que jamás había entrenado. Se trataba de cuatro jóvenes pastores joola. Llevaba un año preparándolos para una misión muy especial. Se internarían junto con grupos de pastoreo maliense y su ganado por tierras en las que se escondían terroristas islámicos.

Los cuatro pastores iban a emprender un viaje hacia el norte, pero no parecían preocupados. Solo había algo que los aterraba: luchar de noche, por el miedo a los espíritus. Vestigios de sus creencias animistas seguían aún presentes entre sus creencias cristianas. Yo les había proporcionado un teléfono móvil. No podía darles algo que llamara demasiado la atención, pero tenían la tecnología suficiente para lo que necesitaban.

Abrí mi mano, que en aquellos días aún tenía cinco dedos, ante la mirada atenta de mis cuatro alumnos. Un insecto comenzó a revolotear alrededor de ellos. Baakir, el mayor, saltó hacia atrás asustado, reflejando en el intenso blanco de sus ojos su recelo ante aquella criatura. Si ser el más viejo le daba el poder de la sabiduría dentro del grupo, sin embargo, también le daba el don de la prudencia. El resto de sus compañeros, más imprudentes que valientes, no se movieron de su sitio y acompañaron con risas la actitud del sabio. Idrissa se acercó al insecto volador y trató de agarrarlo. Él no le tenía miedo a nada, ni siquiera a los espíritus de la noche. Intentó atrapar el insecto, pero por mucho que moviera los brazos, no era lo bastante rápido para coger al bicho. Jawara agarró a su compañero por el cuello y le restregó con el puño su rizada cabeza. Consiguió que cejara en su empeño de atrapar aquel escarabajo

volador. Jawara extendió la mano y mostró en la palma abierta el insecto. Rio ampliamente, con una carcajada contagiosa que dejaba ver esa dentadura blanca como el puro marfil, tan solo interrumpida por el *mswaki,* que se usaba como cepillo de dientes y que Jawara lucía como si se estuviera fumando un puro cubano. Todos se acercaron a observarlo de cerca, salvo Senghor. El más pequeño de todos, pero de mente más poderosa. Senghor no había prestado atención a la escena. Él seguía jugando con su teléfono. Cuando pulsó con el pulgar sobre la pantalla, el insecto volvió a volar y los tres amigos saltaron sorprendidos entre sustos y risas para tratar de atraparlo de nuevo.

—Senghor, aterriza sobre la calva de Baakir. —Jawara tentaba así a su hermano para poner más nervioso al mayor de ellos.

—¿Por qué no haces que se lo trague tu hermano mejor? Su boca es como el culo de la profesora Mariama.

—Déjamelo a mí. —Idrissa intentó arrebatarle el teléfono a Senghor, pero este se había levantado y corría por los pasillos de la iglesia intentando despistar a los tres perseguidores, todos grandes atletas, entre la hilera de bancos, mientras intentaba no perder el control del pequeño dron.

—Oh, vaya. Mira lo que conseguiste. —Baakir había conseguido atrapar al insecto y lo observaba entre sus dedos, moviendo las alas tan rápido que se volvían invisibles.

—¿Qué tipo de magia es esta, padre Darío? —Nunca utilizo mi nombre real en mis misiones—. Es igual que el escarabajo del desierto.

—Esa es precisamente la intención. Que pase desapercibido. Aprovecharemos la oportunidad que nos brinda su migración desde Senegal hacia las zonas desérticas de Mali. Allí, estos pequeños robots nos servirán para explorar las zonas donde se esconden los terroristas. Localizarlos es vuestra misión. Lleváis toda la vida siendo pastores, por lo que nadie os creerá capaces de conocer este tipo de tecnología. El programa que está manejando Senghor, —todos buscaron al piloto —, ¡Shengor! Ven, enseña a tus compañeros el programa.

Se arremolinaron alrededor de Senghor, que seguía intentando volar el insecto a pesar de que la fuerte mano de Baakir no lo soltaba. En la pantalla se veía lo que parecía una nave sobrevolando una zona desértica. No aparecía en el interior de una iglesia. Les enseñé mi propio teléfono, de una tecnología bastante superior al que usaban los

chicos pastores.

—El sistema está diseñado para que en caso de que fuerais interceptados, o fuerais sospechosos, nadie podría acusaros de estar espiándolos con el dron, porque, en la pantalla de vuestro teléfono solo verán lo que es una aplicación más, un videojuego para chiquillos. Está diseñado de manera que cada objeto real se representa en la pantalla como un objeto perteneciente al juego, mientras que las personas están representadas como esas naves alienígenas, de manera que tenéis que evitar chocaros con ellas. Sin embargo, los datos de imagen están codificados y se envían vía satélite a otros ordenadores más potentes que las convierten en el vídeo real que está captando en ese instante. Imagen real, localización precisa. En mi teléfono podéis ver un ejemplo de lo que veríamos desde otros dispositivos de la imagen que estáis enviando. Además, tienen cámaras infrarrojas, por lo que podéis usarlos al anochecer, cuando despertaréis menos sospechas. Intentad siempre mantener cierta altura para evitar que el zumbido despierte a nadie. Ellos sí que saben lo que es un dron y podrían reconocerlo. Aunque este modelo tan pequeño aún no lo ha visto casi nadie. Los transportareis en el mismo ganado, para que no os puedan encontrar con ellos encima. Y los destruiréis si os encontráis en peligro. No deben capturar uno. ¿Lo entendéis?

Los chicos seguían con atención mis explicaciones. Estaban entusiasmados de formar parte de algo más grande que su simple vida de pastores. Llegar a conocer a cuatro jóvenes con esas aptitudes fue muy laborioso. En un mundo donde lo más importante es llevar algo de comer a tu familia, no se hablaba ni de guerras ni de terrorismos. Tan solo se escuchaba lo que se decía en el pueblo. Lo que desde décadas atrás se venía vendiendo en cada pueblo de Senegal. El futuro estaba en Europa. Y eso era algo que a cualquier joven con un mínimo de genética aventurera podría llamarle la atención. Por eso yo los escogía con la vocación adecuada. Un empuje hacia la aventura que, tarde o temprano, los haría abandonar sus duras jornadas de trabajo por cuatro migas de pan y emprender la aventura de Europa. Allí, todos eran conscientes de lo que mejoraba la vida de una familia que recibía divisas desde un país europeo. Aquello marcaba una diferencia. Y ellos eran los destinados a tal sacrificio.

—Ahora tenéis que practicar, y os he traído uno para cada uno.

Saqué las cajas y las repartí entre los cuatro. Las abrieron a toda

velocidad, demasiado excitados, y cada uno se puso a leer las instrucciones para acoplarlos a sus teléfonos. Solo Jawara se quedó mirándome.

—Padre Darío. ¿Cuándo podremos viajar a Europa?

—Pronto.

—¿Cuándo es pronto, padre Darío?

—Europa no es la tierra que creéis. Hay mucha gente que no os quiere allí. No hay trabajo para todos y, aunque yo os consiga los papeles y os evite una travesía por mar en la que mueren miles de compatriotas vuestros cada año, no esperéis que os reciban con los brazos abiertos. No siempre es posible llevaros. Tendré que convencer a mucha gente, pero, lo que os puedo asegurar, es que haré todo lo que esté en mis manos.

—Y ¿qué sucederá si nos atrapan? Si de alguna manera se enteran que somos nosotros los que manejamos esos drones.

—No podéis dejar que os cojan vivos.

—Eso significa…

—Sí, Jawara, eso significa que debemos aplicar los conceptos en los que hemos sido adiestrados, tendremos que quitarnos la vida. —Senghor interrumpió la conversación conocedor del procedimiento. Era el que tenía el espíritu más fuerte de todos, sin duda sería de los que se lanzaría al mar convencido de que podría dominarlo sin haber nadado en su vida, y puede que incluso consiguiera sobrevivir—. Si nos dejamos coger nos torturarán, delataremos a todos los que nos rodean, a los que nos acompañan, a nuestros familiares, morirá mucha más gente.

—Esto parece mucho más arriesgado que cruzar el Mediterráneo.

—Lo es. Pero la recompensa es mucho mayor. Y quizá, con los conocimientos que habéis adquirido, podrías conseguir un buen trabajo allí.

Jawara no se quedó muy convencido.

Una semana después salían junto con los pastores de Mali. Su trabajo sería llevarlos por las tierras más fértiles del sur de Senegal camino de sus hogares, donde sacrificarían el ganado que necesitaran. Los pastores senegaleses ayudarían en todo el proceso y sacarían un dinero para alimentar a sus familias.

—Y, hasta aquí la historia por hoy, se ha hecho tarde y seguro que mañana tendrás que rendir cuentas ante tu profesor.

Reímos un rato, y me despedí hasta el día siguiente. Lo cierto es que me fui porque sentía pena por Ángel. Ya no sabía qué creer. Aquella V era exactamente igual que la que había visto en la carta que supuestamente había recibido. Yo nunca había visto al cartero, tampoco me imaginaba a Ángel bajando a dejar la carta a escondidas, solo por el hecho de inventarse una historia solo para mí. Sumida en el desconcierto, pensé que lo mejor era concentrarme en sacar adelante el curso y largarme de allí. No porque estuviera a disgusto, sino porque ya era capaz de apreciar la vida de otra manera. Tenía ganas de darme una oportunidad. Vivir en un estado de enajenación constante en el que no era capaz de diferenciar lo real de lo ficticio no me iba a ayudar. Necesitaba una dosis de realidad, y por supuesto esta me esperaba en mi ordenador. En la bandeja de entrada tenía un mensaje de Héctor.

El mensaje era conciso.

Este es un juego peligroso, Lara, es mejor no jugar.

Lara. Me había llamado Lara. Héctor nunca me llamaría Lara. Me temblaban las manos. Como si hubiese visto un fantasma. Recorrí la vista por las paredes rocosas, buscando en sus penumbras las sombra de un muerto viviente. Estaba aterrada, pero solo podía hacer una cosa. Anular todas mis contraseñas. Eliminar mis cuentas. Borrar todo. Ya no podría contactar con Héctor. Me inventaría cualquier excusa. Pero ahora mi preocupación era mi amigo. Maldito pelirrojo pecoso. ¿Qué podría haberle pasado? ¿Quién había escrito esa frase? La noche se hizo eterna. Las sombras danzaron al compás de la vela y de la brisa que penetraba por los resquicios de la puerta, bailaban en el techo, encima de mi cama, mientras mi cabeza le daba vueltas una y otra vez a qué era lo que podía haber sucedido. Pero las sombras se transformaban en un espíritu al que ahora ya no quería volver a ver. Me preguntaban en susurros: ¿no te podías estar quieta?

Somnolienta, abrí el buzón. Aquello era como una caja mágica. Por muy segura que estuviera de que nadie había pasado por allí, de nuevo encontraba otra carta. ¿Cómo haría ese viejo para llegar al buzón antes de que yo me levantara y después de las cogorzas que se cogía por las noches? Cargada con la comida, la botella de ron, los periódicos y la carta subí hasta el faro algo agotada. No solo por el peso, sino por la incertidumbre de no saber qué ocurría. De nuevo, algo estaba fuera de control y aquello era una carga que no podía soportar. ¿No podía volver a una vida normal y corriente ya? Dejé todo encima de la mesa y me dispuse a preparar el desayuno. Ángel ya se había levantado, como era habitual. A pesar de que se iba de fiesta todas las noches, al día siguiente estaba al pie del cañón. Fácilmente podría llegar él mismo al buzón y autoenviarse una carta, eso sí, si sus condiciones físicas se lo permitieran. Pero solo el ruido de la puerta del faro al abrir me habría despertado. O tal vez no.

Le llevé el café. Y, antes de que me girara, ya estaba echándole un chorrito de ron. Aquello no pintaba nada bien. Se quedó leyendo la carta y, para cuando regresé con unos huevos revueltos, estaba llorando. Las lágrimas caían por el desierto árido de su cara, agarrando las curvas de las múltiples arrugas de su Sáhara facial por donde no había circulado el agua en años. Juraría que se habían multiplicado en una noche. ¿Hasta qué punto puede el subconsciente crear una personalidad que consume tu verdadera identidad? Me senté a su lado. Le puse, temerosa, el brazo sobre los hombros. No sabía si me rechazaría, me la jugué, y no lo hizo.

—Tranquilo, Ángel. ¿Qué ha pasado?

Los sollozos no le permitían hablar. Intentó recomponerse secándose las lágrimas con lo primero que encontró a mano, una servilleta de papel.

—Van a morir. No he podido salvarlos.

—¿A quién?

Pero Ángel no contenía la angustia. Ahogó sus penas en alcohol y no probó un bocado del desayuno. Se retiró a su cuarto con la carta como si quisiera releerla una y mil veces. Yo recogí la cocina y subí,

sola, a limpiar la linterna. Tal y como él hacía todos los días. Luego limpié las cristaleras y me quedé observando el horizonte, contando barcos. De algo estaba segura. El viento de levante era fuerte, como el farero pronosticó el día anterior. Así que me refugié en mi capucha y di la vuelta al faro para resguardarme por la parte de atrás, aunque no parecía tener mucho efecto. El viento venía a buscarme allí donde me refugiara, como a un boxeador acorralado que busca refugio en la esquina del ring. El amarillo de mi sudadera debió de llamar la atención de la persona que, desde la carretera, gritaba mi nombre. Me asomé para descubrir quién era, y no había una visita que me apeteciera menos. Bajé corriendo para no ponerla nerviosa. Sería una buena oportunidad para hablarle de Ángel, quizá de Héctor, me inventaría que de alguna manera consiguió localizarme. Cuando llegué al pie de la carretera, Silvia me esperaba dentro del coche, con la puerta abierta.

—Entra, ahí fuera no hay quien aguante ese viento del demonio. Hoy no verás muchos barcos, ¿no?

—Ninguno a estas horas.

Entré en el coche y cerré la puerta. Una ventanita en la mampara separadora de los asientos delanteros se abrió. Esta vez venía un copiloto inesperado. El señor del CNI. El cazador de troles.

—Juanjo nos acompañará hoy en nuestro desayuno. ¿Qué tal está Ángel? He llamado varias veces al timbre y no contesta.

—Está un poco dolido. Ayer recibió una carta y reaccionó muy mal. Hoy ha recibido otra. Dice que unos amigos suyos van a morir. Imagino que se refiere a África. Me cuenta historias de sus años como agente en ese continente.

—Lara, créeme, Ángel tiene de agente secreto lo que yo de banquera. Tal vez haya estado en África. Incluso puede que ayudara en alguna ocasión al CNI y a partir de ahí se haya montado una historia. Así es el alcohol, te ayuda a inventar una historia que cubra la verdadera, probablemente más dolorosa. De la que no quieres oír ni hablar. Es un mecanismo de defensa del cerebro. Bloquea la realidad y la proyecta hacia otro escenario al que culpará como la causa de todos sus males.

—Ayer comprobé que las cartas son escritas con la misma máquina de escribir que tenemos en el faro. Pero no entiendo cómo hace para que lleguen al buzón.

—Es un viejo muy listo —comentó Juanjo mientras se ajustaba las gafas. Atusándose la densa barba añadió—: No es el viejo por lo que hemos venido. Hemos venido por ti.

—Siempre vienen por mí, ¿no?

—Siempre, siempre. Pero esta vez es un tema más complejo. Será mejor que lo hablemos en la cafetería del pueblo.

—Yo ya he desayunado.

—No te preocupes, puedes desayunar dos veces. Estás raquítica, y pagamos nosotros. Te vendrá bien un poco de energía extra. Mírate —me mostraba ante el cristal de la cafetería como si fuera el espejo del alma—, estás pálida y ¿no te quitas nunca esa sudadera? La lavarás al menos alguna que otra vez.

La verdad es que no recordaba la última vez que la había lavado, como tampoco me acordaba bien de si me había puesto otra ropa desde que entré en el faro.

Entramos en la cafetería y los dos agentes se quedaron impresionados por el recibimiento. Todos me conocían y eran simpáticos conmigo. Yo les correspondía, algo cortada por la presencia de la policía y el espía. Hasta ahora había jugado la figura de inadaptada y antisocial ante ellos, y esto me colocaba en una situación diferente, parecían mis papás que venían a visitarme, lo que me hacía perder puntos. El lado positivo era que quizás aquel recibimiento lo anotaran como una victoria en su historial por haber conseguido reformarme. Ahora deberían preguntarse porque ellos no encajaban tan bien en un ambiente como ese.

Nos sentamos y pidieron unos cafés. A mí no me hizo falta ni pedir. Rebeca, la camera, algo mayor que yo, me trajo una infusión de cerezas y canela. La hacían en el mismo pueblo. Una vez acomodados no dejaron pasar más tiempo para ir al grano, es la diferencia entre una reunión social, en la que todos disfrutan del momento y no hay prisa por irse, y una reunión por trabajo entre gente que no tiene otra cosa de que hablar.

—Verás, hemos visto qué hay un flujo de datos anormal saliendo de tu localización, y eres la única con una conexión a internet en esa zona. A menos que ese viejo haya descubierto la computación.

Se sorprendería de lo que podía saber «ese viejo» sobre tecnología. Tal vez, no lo conocían tan bien como yo.

—¿A qué se refiere con un flujo de datos anormal?

—Me refiero a un flujo de datos que probablemente está usando la red TOR y que no nos permite identificarlos, ni leerlos. Lo poco que creemos haber captado está encriptado. ¿Qué tienes que contarnos al respecto?

—Legalmente, ¿tienen derecho a controlar todas mis conversaciones electrónicas?

—Legalmente, Silvia, no tienes derecho a usar la red. El juez determinó que te mantuviéramos lejos de ella. Lo hicimos como un signo de buena fe y para no entorpecer tu educación. Solo y exclusivamente para que te relacionaras con el profesor. Se supone que te pasaron un ordenador con un internet controlado y con el que no podrías conectarte a redes inapropiadas.

—¿Se refiere a que activaron el control parental? No se preocupe, yo no miro páginas guarras. ¿Lo hacen ustedes? No deberían. Es un foco de entrada de códigos maliciosos.

Siempre que hablaba con ellos tenía la impresión de que sabían mucho más de lo que aparentaban saber. Pero a tergiversar una conversación no me ganaba nadie.

—Seguiremos tus consejos. Anotamos, entonces, que no has estado utilizando la red y que, si conseguimos descifrar esos datos, y créeme, tenemos un equipo en ello, tú no tienes nada que ver. Al juez le gustará saber tu grado de sinceridad para saber cuánto se puede reducir la condena y esas cosas sin importancia.

Claro, tenía enfrente a un friki del CNI que se creía, y probablemente lo fue, el más listo de la clase. No me gustaban sus juegos, pero, era cierto, y me habían pillado.

—He estado hablando con un amigo, necesitaba un amigo en quien confiar.

—Creíamos que no habías usado internet para nada que no tuviera que ver con tu educación.

—Dije que no utilicé internet para navegar por sitios prohibidos —mentí—, pero imagino que socializarse un poco es parte de mi educación.

—¿Qué amigo?

—Creo que no lo conocéis.

—Nombre.

—Héctor.

Cruzaron sus miradas tan rápido que todo indicaba que sí sabían

de quien hablaba.

—Explícate y deja de hacernos perder el tiempo.

—Mi vida está llena de gente rara últimamente. Haced el favor de miraros en un espejo. Mirad como os mira la gente en este bar, ¿realmente creéis que yo soy la rara?

Ambos dirigieron la mirada, instintivamente, hacia el espejo que había tras la barra del bar y se observaron.

—Yo no veo nada raro, ¿tú ves algo raro, Silvia?

Ella no contestó, pero creí intuir que contuvo la risa. Cogiéndome la mano como si fuera mi mejor consejera, me dijo:

—Lara. Te estamos ayudando. Y, esto que has hecho, lo ha estropeado todo. ¿Nos has contado todo?

—El último mensaje que recibí parecía un poco extraño. Me habló de que jugábamos a un juego peligroso. Mi reacción, entonces, fue eliminar toda la conexión. No me fiaba de ese mensaje, no lo había escrito él. Ahora me sería imposible contactar con Héctor.

—Te sería imposible, te lo puedo asegurar. —Silvia cortó con la mirada a Juanjo, que se retiró hacia atrás y aprovechó para darle un sorbo a su café.

—Lara, Héctor está muerto. Lo encontramos anoche, en una pensión. La habitación estaba patas arriba y no había rastro de aparatos electrónicos.

—¡No!

Los pocos vecinos, que a aquellas horas trataban de dopar sus neuronas para afrontar el resto de la jornada laboral, se giraron hacia mí dispuestos a intervenir ante aquellos dos extraños que estaban acosándome. Yo sentí que me observaban desde todas direcciones y salí corriendo de la cafetería. Recordaba cómo hacía unas pocas horas era yo la que consolaba a alguien. Mi pecho se había convertido en una olla a presión, y la descarga se materializaba en abundantes lágrimas y alaridos ahogados que no llegaban a culminar. Silvia me cogió en un abrazo. Pero no lo sentí reconfortante, no era mi madre, ni mi tía, ni siquiera era Ángel. Su abrazo me habría servido de mucha más ayuda, por muchas historias inventadas que me contase.

—Vamos, entremos en el coche, aquí vamos a salir volando.

Cuando me serené un poco, ya habíamos llegado al pie del faro.

—Mira, no sabemos si ha sido asesinado. Al menos hasta que terminen la autopsia. Pero debes tomar las máximas precauciones.

¿No desvelaste tu ubicación?

—No. Tuve cuidado.

—Estás segura de eso, ¿no? Si lo hubieran asesinado, no ha sido obra de un principiante. No ha dejado rastro a primera vista. Pero sospechamos que tiene relación con los que intentaron asesinarte en el muelle.

—¿Isabel?

—Isabel está bien. Es mucho más cuidadosa que tú. Venga. Sube al faro y ayuda a Ángel.

Ahora era yo la que entraba llorando. Como si fuera a encontrar consuelo en el mal de muchos, entré en el salón. Encontré a Ángel hojeando los periódicos. Cuando notó mi presencia, me llamó.

Me senté llorando a su lado.

—No es un buen día para nadie. Ven. Acércate.

Me abrazó como si fuera mi padre. Sentí el confort que hacía muchos años había perdido. Lo que me hacía rechazar el consuelo de Silvia se rebelaba para impedirme rechazar al farero. Necesitaba esa figura protectora, no importa cuán grave fuera el problema. Es verdad que mi tía ejerció esa figura, pero ella tenía muchos problemas, y muchas pérdidas. Una hermana, un marido. Y sí, fue como mi madre. Pero ahora, en ese momento, no estaba conmigo. Ángel estuvo un rato centrado en la lectura de una página mientras pasaba los pocos dedos, o lo que quedaba de ellos, por mi cabeza como si fuera su perrillo.

—No, no, no. ¡No puede ser!

Elevé la vista para leer lo que había captado su atención. La noticia sobre un gran bulo en internet que al parecer había creado un caos en varias ciudades del mundo la noche pasada. Alguien había corrido la voz de que el servicio secreto español había encontrado indicios de lo que se denominaba la operación Nostradamus. Un complot de varios países africanos para invadir Europa, con el beneplácito de varios estados musulmanes a lo ancho de la costa mediterránea. Liderado por Turquía, Marruecos, Argelia y Libia, la operación parecía que se iba a ejecutar de manera inminente ante la relajación de los países occidentales europeos, cuya fuerza militar ya no era una amenaza tan grande para semejante coalición. En los mensajes de redes sociales se habían transcrito parte de los mensajes interceptados por el servicio secreto y, entre ellos, los versos del adivino francés. Yo no podía creer lo que estaba leyendo. No podía ser cierto. ¿Habría sido Héctor?

—No puede ser. ¿Cómo ha llegado esta noticia a…? —Ángel me observó con detenimiento. Como el inquisidor tratando de leer en la mente del juzgado. Y mi reacción me convirtió en culpable al instante —. ¿Has leído mis cartas?

No quise contestar. Bajé la mirada, y ahí es cuando me cazó.

—¿A qué te dedicas, Lara? ¿Eres una espía? ¿Te han enviado del servicio secreto para vigilarme?

—¿Por qué iban a hacer eso? —Mejor empezar por retorcer la conversación, y mezclarla con lágrimas reales—. Ni siquiera he terminado el bachillerato. Además, tú eres el servicio secreto, ¿no?

—Esta información no puede salir en un periódico. Tenía razón mi fuente. En la carta de ayer insinuaban que teníamos un infiltrado, que había información que se estaba filtrando. Por eso te envié a comprar los periódicos. Se ha filtrado información, y solo hay una persona que haya estado lo suficientemente cerca. ¿Cómo lo averiguaste?

—Yo no averigüé nada. Tan solo leí uno de esos códigos. Fue un amigo el que me dijo que podrían tener que ver con esos versos. Yo le dije que no quería saber nada y ahora él está muerto. ¡Por mi culpa!

—¿Por tu culpa? Joder, Lara, has puesto muchas más vidas en peligro que la de tu amigo. Nunca me has creído, ¿verdad? Mira la que has liado. Cientos de tiendas de inmigrantes y no inmigrantes de procedencia magrebí quemadas por toda Europa. La noche de los cuchillos largos se ha convertido en la noche de las antorchas.

—Lo siento. —A duras penas me salían palabras de las cuerdas vocales, ahora quería llorar más y más, sin consuelo. Sentí de nuevo la calidez de la lana del viejo jersey de Ángel rodeándome, y me dejé llevar, aunque no lo mereciera.

—No tienes la culpa. Debería haber sido más claro desde el principio. La culpa es mía, que me gusta darle este cariz de suspense a todo lo que me rodea. Mi vida, si no, sería muy aburrida. No tienes de qué preocuparte.

—La letra V de tu máquina de escribir deja la misma marca que se ve en todas las cartas que recibes. Silvia me dice que te escribes tú mismo todas esas cartas.

—Entiendo. Eres muy observadora. Cuando se construyó esta vieja máquina de escribir, se hizo con ese pequeño defecto de fabricación. No sé cuán numerosa fue la tirada, pero por lo menos se debieron de construir 1000 máquinas. La gente que me escribe usa las mismas

máquinas. Yo las compré todas a la vez y se las envié. Así sabemos que somos nosotros los que nos carteamos. Pero tienes muy buen ojo. Y no te culpo. ¿Quién va a creer las historias de un viejo loco que aún escribe en una vieja máquina de escribir?

—Ángel, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Me encantan tus historias. Me da igual que sean verdaderas. Son tus historias, y me las cuentas a mí. Eso es todo lo que importa.

—Entonces, mereces que te cuente la segunda parte de la historia de mi última misión. Si prometes guardar el secreto.

Nos sentamos en los sillones, él con su ron, yo con una infusión. Esperaba no quedarme dormida, estaba preocupada por el profesor, tenía que contactar con él. Hasta ahora siempre había pensado que él fue quién le dio a Héctor la forma de comunicarse conmigo. Algo imprudente por su parte, cuando menos, por lo que estaba descartado que lo hiciera de manera voluntaria. Pero, si no había sido voluntaria, Héctor podría haber *hackeado* su ordenador, y ahora el ordenador de Héctor estaría en manos de gente peligrosa. Tan solo esperaba que Héctor hubiera cifrado todo bien. Sin embargo, mi mente distraída regresó a la historia que Ángel ya había comenzado a relatar.

Un coleoptero en Wagadou

Segunda parte

Tras un mes de camino, llegaron a una zona montañosa cercana a la frontera con Mauritania, una zona semiboscosa denominada Wagadou. Este era uno de lo sitios donde debían comenzar la exploración. El pastoreo por aquellas tierras obligaba a la dispersión del ganado por grandes extensiones de terreno agreste a la búsqueda de pastos. En los muchos momentos de soledad durante las largas jornadas, llegó la hora de despertar a los insectos. Las vacas que llevaban los dispositivos escondidos habían sido seleccionadas en base a un código numérico, de manera que eran identificadas por cualquiera de los cuatro pastores.

Jawara sacó su teléfono móvil y lo conectó a una batería externa. Quizá no era extraño que un chaval joven como él rellenara su tiempo libre con un videojuego, pero sí podría ser algo extraño que tuviera batería después de un mes andando por tierras con escasa conexión eléctrica. Por eso, lo mejor era hacer el trabajo cuando estuvieran lejos de cualquier otro pastor. El propio juego los guiaba hacia donde debían dirigir al pequeño coleóptero. En realidad, eran militares del ejército francés los que les indicaban desde su base en Tombuctú los sitios que debían ser explorados. Su misión era localizar a los insurgentes para, una vez identificados, eliminarlos con un bombardeo selectivo.

Los cuatro chicos llevaban varios días haciendo reconocimientos del terreno con los insectos, pero no habían encontrado nada reseñable. Ese día, Jawara, el más calmado de todos, consiguió penetrar entre unas paredes de roca por las que podría entrar una persona de lado. Una labor compleja de realizar sin chocar y desestabilizar el robot. Reconoció rápidamente las figuras humanas y, como quizá no era común ver un coleóptero volar tan cerca de los humanos en aquella zona de desfiladeros, decidió posarlo y grabar una a una a todas las personas que se iba encontrando. Se internó por todo el desfiladero, en vuelos cortos, grabando a cada uno de los allí escondidos hasta que terminó con la operación. El robot comenzó a tener problemas y bajó demasiado el vuelo, y uno de aquellos

hombres intentó golpearlo con la mano. Había apurado demasiado la batería. Consiguió sacarlo del desfiladero, pero, cuando emprendió el camino de regreso al valle, montaña abajo, la batería del dron murió. En la base, un oficial francés identificó a Hamadou Kouffa, uno de los líderes principales del grupo terrorista asociado a Al Qaeda, Jama'at Nusrat al-Islam wal-Muslimin (JNIM). La operación acababa de recibir la señal de salida.

Jawara tenía la localización exacta del sitio en el que había caído el dron. Dejarlo allí implicaba un alto riesgo de ser descubiertos, así que decidió ir a buscarlo. Aunque la noche no lo atraía, aprovechó la oscuridad, dejó el ganado y subió la montaña hasta el sitio donde debería estar el pequeño robot. Jawara no era como Idrissa, a él sí le aterraban los espíritus de la noche. Pero aquella noche, el verdadero peligro eran los humanos que habitaban aquellos escondites. Podría haber vigías que lo observaran acercarse a su campamento. Si le preguntaban, diría que estaba buscando una vaca perdida. Llevaba una pequeña linterna que no encendió hasta que estuvo cerca de la zona indicada. Cuando lo localizó, respiró aliviado, su amplia sonrisa resplandecía iluminada por la luna. Un trueno atravesó el espacio aéreo seguido de varios silbidos anunciando la temida llegada de los espíritus de la noche, y apagando la sonrisa del pastor senegalés. No hubo tiempo de reacción, ni para los supuestos terroristas ni para el propio Jawara, que tan solo pudo saltar montaña abajo. Las bombas comenzaron a caer dentro del desfiladero y los alrededores. Jawara resbalaba entre arena y rocas, lo justo para evitar que le cayeran encima, pero, a pesar de que la luna iluminaba ciertas partes del trayecto, acabó por tropezar. Rodó y se golpeó en múltiples puntos, dejándose carne y huesos en cada una de las afiladas rocas que se le clavaban según iba cayendo por la agreste montaña. Se golpeó tan fuerte en la cabeza que perdió la consciencia. Quedó tendido, y mientras, su ganado, que debía esperar en el valle, huyó en estampida.

Tan solo Idrissa se atrevió a hacer un reconocimiento nocturno retando a los espíritus, ante la insistencia de Shengor por encontrar a su hermano, del que no tenían noticias desde el ataque, pero fue en vano. Sin embargo, tuvieron que disimular ante los pastores malienses, que trataban de reunir a las reses vivas. Cuando los primeros rayos de sol comenzaron a iluminar el valle, Senghor salió él mismo en su busca. Mientras, Baakir e Idrissa debían destruir los

coleópteros que podrían delatarlos. Shengor, el más adiestrado en el manejo de los pequeños drones, trató de localizar el último insecto que habían usado antes del ataque. Comentó al resto de pastores que saldría a buscar a su hermano, al que no encontraba tras el bombardeo. Los malienses protestaron, tenían prisa por abandonar aquella zona peligrosa, pero se resignaron. Estaba en su derecho de buscar a su hermano desaparecido. Siguió el rastro del último coleóptero hasta que lo encontró. Lo recogió y se lo guardó contectado a una minibatería. Luego lo destruiría. No había tiempo que perder, Jawara debía de estar cerca. Observó a su alrededor, hasta que divisó algo que no parecía ni roca ni arena. Subió por el monte sin importarle los movimientos de rocas y arena que dejaba a su paso. Lo encontró tirado en el suelo, muy malherido.

Los pastores malienses estaban muy nerviosos. Querían mover rápido el ganado porque sabían que si habían atacado aquella región, era por la presencia de insurgentes. Y era probable que aparecieran más. Senghor cargó con Jawara, pero no llegó muy lejos. Desde lo alto de una loma, pudo ver a un grupo de tuaregs, fuertemente armados, hablando con los malienses. Senghor recostó a su hermano, que a duras penas podía mantenerse en pie. Desde aquella distancia, le era difícil reconocer a todos los pastores entre el ganado que se extendía por una amplitud de terreno que excedía sus capacidades visuales. Pudo localizar a Idrissa, que dirigía un grupo de vacas en dirección hacia los tuaregs. No conseguía localizar a Baakir. Los tuaregs discutían apuntando con sus armas a los pastores, que rezaban y juraban por sus hijos, sus padres, sus mujeres, que ellos no tenían nada que ver. Uno de los tuaregs apareció desde detrás de una zona rocosa apuntando a Baakir por la espalda. Dentro de lo malo, si alguien había con capacidad de convencer a ese puñado de locos del desierto de su inocencia, ese era Baakir. Pero Senghor debía avisar a Idrissa. Cogió su teléfono móvil y activó el insecto de su hermano. Volaba un poco torcido por algún daño sufrido en la caída. Lo dirigió a toda velocidad hacia Idrissa. Comenzó a revolotear a su alrededor haciéndose notar. Idrissa paró, dejó que el ganado continuara, miró al frente y pudo ver como los tuaregs discutían con los pastores. Idrissa se escondió entre el ganado e intentó desviar a las tercas reses hacia una zona alejada de los tuaregs. Senghor llevó al insecto cerca de donde estaba sucediendo la discusión. Así, los responsables de aquella

operación podrían ver de quién se trataba. No sabía el error que estaba a punto de cometer. Uno de los tuaregs se percató de la presencia del insecto, intentó atraparlo primero con un golpe con la culata del fusil, y luego con tiros al aire que agitaron aún más el ambiente. Senghor lo alejó a toda velocidad de la zona. Baakir estaba de rodillas. Probablemente, el mero hecho de ser senegalés, y peor aún, de origen cristiano, lo había convertido en el principal culpable. La conversación se había terminado y los pastores seguían en el suelo con las manos en la nuca, bajo la intimidatoria mirada del cañón de varios AK47. Idrissa seguía entre las vacas, intentando pasar desapercibido. No llegaba a ver la escena, pero escuchaba los gritos. Los pastores juraban que llevaban siglos haciendo esa ruta, y que los pastores senegaleses siempre les habían servido bien. Baakir no abría la boca. Él era el mayor del grupo y debía enseñar a los demás cómo actuar en una situación como aquella; escondiendo el pánico que invadía sus entrañas. Cualquier movimiento en falso podía hacer que todo se convirtiera en una masacre. Idrissa fue el primero en escuchar el zumbido. Se escabullía escondido entre el ganado. Las vacas comenzaron a moverse asustadas, tanto por el zumbido, que ellas también escuchaban, como por el movimiento anormal de Idrissa entre ellas. Aquello alertó a los tuaregs. Uno de ellos comenzó a gritar, apuntando su Kalashnikov en la dirección en la que Idrissa, sin saber que había sido descubierto, trataba de protegerse detrás de una vaca preñada. El tuareg disparó contra la vaca, que cayó desplomada. Baakir, que también se había dado cuenta de la que se les venía encima, decidió jugársela y salir corriendo entre la confusión. Pero no llegó a correr unos pocos metros, cuando el que parecía dirigir el grupo, abrió fuego sin miramientos. Y Baakir, el sosegado y sabio Baakir, cayó como un simple conejo cazado por la espalda. Aún tuvo las suficientes fuerzas para hurgar en el bolsillo de su chaqueta y sacar la pastilla mágica. La que le llevaría al cielo sin más sufrimiento y, sobre todo, sin ser capturado y torturado. Senghor, desde su posición, no pudo hacer nada por su amigo, tan solo podría proteger a Jawara. Se puso sobre su cuerpo justo cuando las bombas comenzaban a impactar contra el valle. No parecía que a los franceses les importaran mucho sus vidas, menos aún las de los pastores nómadas. El bombardeo duró una eternidad. Senghor contaba cada impacto esperando que el siguiente no cayera justo encima de él. Tras unos

breves instantes sin que se escuchara nada más que el mugir de decenas de reses moribundas, se incorporó, temeroso. No se veía mucho entre la humareda generada. Colgó a Jawara de su espalda y comenzó el descenso hasta el valle. Encontró el cuerpo sin vida de Baakir, rodeado de cuerpos mutilados, en su mayoría de animales. Jawara seguía semiinconsciente. Al reconocer el cadáver de Baakir, pensó que lo mejor sería reunirse con él, en otra vida quizá más justa. Senghor no se detuvo a buscar a Idrissa. Era muy improbable que hubiera sobrevivido al bombardeo, pero tampoco quería encontrarse con ningún otro superviviente. Recorrió el campo bombardeado y siguió caminando por el árido terreno. Con la cantidad de agua de que disponían quizá podría avanzar dos días a buen ritmo, y llegar cerca de la frontera con Senegal. Pero desconocía el grado de las heridas sufridas por Jawara. Al llegar la noche, se instaló en un pequeño valle en lo alto de una zona montañosa. Había grandes murallas de roca protegiéndolos y sería complicado que los localizaran. Decidió gastar su última carta para salvar a Jawara. Trepó hasta lo alto de un risco para poder aumentar la conectividad de su teléfono. Utilizó lo que le restaba de batería al dispositivo externo para cargar su teléfono, y lo conectó vía satélite para enviar un mensaje con su ubicación. Necesitaba ayuda. El ejército para el que supuestamente trabajaban quizá podía darles apoyo. Era su última esperanza. Esperaría veinticuatro horas, tras la cuales tendría que continuar con su viaje.

Esas horas se hicieron interminables, pero nadie se puso en contacto con él. Si habían sido capaces de dar una respuesta militar en cuestión de menos de una hora, ¿cómo era posible que tardaran tanto tiempo en ir a recogerles? Senghor era el más fuerte de los cuatro. Aunque pequeño, era también el más atlético, capaz de recorrer corriendo grandes distancias desde muy pequeño. Sin embargo, llevar a Jawara en hombros durante la travesía que los separaba de la tierra de la que partieron, resultaba una tarea prácticamente imposible. Aunque lo consiguiera, Jawara no lo lograría. Se había librado de las bombas por poco, pero presentaba cortes profundos. Senghor había masticado varios de los *mswaki.* Afortunadamente, Jawara llevaba varios en su mochila. Siempre iba masticando uno de ellos, obsesionado con la limpieza de su dentadura. Hizo una pasta con la boca, la juntó con un poco de barro y se untó las heridas de las piernas, brazos y espalda. Pero el mayor problema estaba en el golpe

que había recibido en la cabeza. Había tardado un día en volver a balbucear, pero no podía seguir una conversación. Lo único que había llegado a comprender era la palabra *Baakir,* que su hermano pronunciaba débilmente. Senghor le susurraba las canciones de su infancia mientras le mantenía la cabeza en alto, sobre sus piernas. Aún tenía comida y agua para varios días, no los suficientes para terminar el largo viaje que les esperaba. Necesitaba ayuda. El teléfono solo lo encendía durante breves minutos. Yo le expliqué que con que activara la aplicación del videojuego, este se conectaría vía satélite y registraría su localización. Cargó durante dos días con el cuerpo de Jawara hasta que este comenzó a delirar. A pesar de los ungüentos, podría haber cogido alguna infección. Ya estaban cerca de las primeras zonas de vegetación, y allí podría encontrar agua. Comida le quedaba la parte que Jawara no era capaz de comer. Senghor le obligaba a tragar pequeños trocitos previamente masticados por él mismo y mezclados con agua, hasta que se les acabó. Quizá si seguía él solo lo conseguiría, pero él no era así. No dejaría atrás a su hermano. Por mucha prisa que se diera, no regresaría a tiempo de salvarle la vida. Gastaría el resto de sus fuerzas en salvarlos a los dos, a Jawara y a sí mismo.

El tercer día sin haber visto un ser humano logró atisbar los primeros árboles. Era eso, o quizás un espejismo. *Le mirage,* del que tanto le habían hablado en la escuela. Senghor luchó contra su cerebro por querer entorpecer su camino, y siguió decidido a encontrar un refugio donde descansar unos días. Se encontró con un baobab perdido, un superviviente en el límite del desierto. Su sombra apenas tapaba medio cuerpo a esas horas del día. Dejó a Jawara recostado en él. Su esperanza se veía recompensada; si había un árbol, quería decir que estaban cerca de más. Pero no podía perder más tiempo. Sacó un cuchillo de su mochila. Se colocó de rodillas frente al árbol de la vida e hizo las oraciones que no aprendió en la escuela, sino con su familia. Luego perforó el árbol con el pequeño cuchillo. No quería matarlo, no necesitaba toda su agua, tan solo un poco para rellenar sus botellas, secas ya desde la noche anterior. Logró la profundidad suficiente hasta que el agua empezó a brotar. La recogió en las botellas hasta que las llenó. Colocó a su hermano bajo la pequeña fuente y dejó que se regara. Le ayudaría a bajar la temperatura. Jawara hizo el gesto de mover los labios en busca del preciado líquido. Su hermano lo ayudó a

saciar su sed. Era un buen signo que Jawara reaccionara. Después de todo, tal vez podría lograrlo. Recogió unos frutos del árbol y los machacó para luego mezclarlos con la misma agua, y ambos compartieron aquel poderoso manjar energizante. Superalimento, lo llamaban en su ansiada Europa. Para ellos lo era en ese momento. Cerró la herida del árbol con una masa similar a la que usó para sellar las heridas de Jawara. Nadie debía morir. Descansarían a los pies del pequeño superviviente, del aventurero que más lejos había llegado penetrando aquel desierto en solitario. Encendió su teléfono por última vez. Segundos después se apagó, justo cuando la aplicación empezaba a cargarse. Luego cayó dormido. Si morían bajo aquella sombra, sus almas viajarían a través de la savia de ese árbol místico para ayudarle a crecer con fuerza y vigor. Tal vez, habían conseguido hacer todo el camino que necesitaban recorrer en esta vida. Para él, rendirse no era una opción, pero sus músculos no daban para más. No podía cargar por más tiempo con su hermano, y no lo abandonaría.

La voz de Ángel se había ido difuminando, hasta que no quedó más que la congoja atrapada en su garganta. Le di un abrazo eterno, noté la humedad en el hombro, las lágrimas de un ser atormentado por el pasado. Le di un beso en la frente y me retiré.

El Capitán Mermelada

El día anterior fue uno de los mejores que pasé junto al viejo, estaba deseando volver para que me contara el final de la historia, que tuvo que dejar porque se emocionó demasiado. Disfrutábamos de nuestra mañana con las tareas habituales, pero el viejo tenía los cinco sentidos más agudos que nunca. No sé cómo, pero se acercó al borde del mirador del faro y con expresión de disgusto, dijo:

—El Capitán Mermelada ha vuelto.

—Pero ¿qué quiere?

—Quiere que le pague no sé qué impuesto por vivir en su propiedad, pero yo, cuando heredé esto, no tenía que pagar ningún impuesto a nadie. Además, todo mi dinero lo he donado a una causa justa. No me queda para su maldito faro. No pienso pagarlo.

—Pero, te acabarán echando.

—Quizá, pero no será por mi propia voluntad. Total, si muero, ellos pierden. No tengo herederos sobre los que pudiera caer la deuda. Y de tenerlos, nadie puede heredar un faro.

Lo ayudé a bajar hasta la puerta. El hombre seguía aporreando y llamando al timbre. Abrí y allí estaba el mismo personaje al que había apedreado días antes.

—¿Qué quiere?

—Señorita, perdone, me gustaría hablar con don Ángel, el farero.

—No está.

—Déjalo, Lara, ya me ocupo; no te preocupes por mí.

Me alejé de la puerta aún mostrando mi peor cara a Mermelada.

—Don Ángel. Vengo a traerle esta disposición. Quiero que entienda que la próxima vez no seré yo quién venga. Vendrá la policía a reclamarle lo que debe. Y si no puede pagar, le echarán del faro.

Yo decidí dejar al viejo discutir con el señor. Desde la primera ventana junto a la escalera, pude escuchar algo de la discusión. Asomé la cabeza y pude apreciar una calva bien pulida. El señor mermelada parecía sulfurado.

—Es por su bien. Sabemos que tiene una pensión suficiente para pagar, la Administración tendrá que embargarle el sueldo. Lo sabe, ¿no?

—Váyase al cuerno, usted y su corbata boba. El día que se la quite empezará a respirar. Invento estúpido para hombres estúpidos.

En ese momento, un chorro de pringue le cayó directamente sobre la cabeza al Capitán Mermelada.

—Ja, ja. —El viejo rió como nunca antes le había oído. El señor se limpiaba con la corbata los restos de mermelada que le habían caído sobre la calva y la cara—. Ahora sí que le está dando utilidad.

—Tendrá noticias pronto. Ya me he cansado.

El viejo subió como pudo hasta el comedor, donde yo ya había empezado a poner la mesa. Me miró serio, yo diría que hasta cabreado.

—¿Has malgastado un bote de mermelada?

Yo me quedé entre incómoda e incomprendida.

—Sí. Perdón, no he podido evitarlo.

—JA, JA, JA.

El viejo se desgañitaba.

—Es lo mejor que he visto en muchos años. JA, JA, JA. Voy a tener que ir al bar del pueblo a contarlo. JA, JA, JA.

Yo también me reí, uff, por un momento había colado su versión de cabreado, pero la realidad es que le había encantado mi *performance*. Es que hay gente que no entiende el verdadero arte.

Servicios sociales

Si Ángel podía elegir una profesión, esa podría ser la de encantador de serpientes. A mí me tenía hipnotizada. Cerré la puerta del faro, y estaba recorriendo el tramo de hierba que lo separaba de la pequeña casita, cuando un fuerte sobresalto me hizo salir de mi estado de ensimismamiento, como si un mago hubiera chasqueado los dedos. Junto a la puerta de entrada a la vivienda veía claramente la sombra de un hombre, protegido por un abrigo largo y un sombrero. Me paré en seco hasta que escuché su voz.

—¿Lara? Perdona que te moleste. Soy Álvaro, del INCIBE, no pretendía asustarte. ¿Me recuerdas?

Me dejé templar por el viento frío para no gritarle en la cara, al fin y al cabo, este se suponía que era del que me tenía que fiar.

—Podías haber venido a una hora más normal, ¿no te parece? Es mi hora de descanso, y tengo que terminar un trabajo. ¿Te importa si lo dejamos para mañana? En el pueblo hay una linda pensión.

Eché un vistazo hacia la carretera y vi un coche aparcado en el

pequeño aparcamiento del faro. ¿Había venido solo? Eso sí que era raro.

—No llevará mucho tiempo. Verás, me es muy difícil comunicarme contigo sin que estén esos dos siempre de por medio.

—¿No podría pedir que le dejasen un rato a solas conmigo?

—Sí, pero nunca se sabe. La mayor parte de las conversaciones ahí dentro se graban.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero decirte que hemos sido nosotros los que hemos trabajado para que se te incluyera en un programa social, pero, si este programa no te parece bien, si quieres denunciar algo, no tienes más que contactar conmigo.

El tipo del servicio de protección al menor en internet me ofreció su tarjeta. Luego miró en derredor, por si alguien pudiera estar escuchándolo.

—Hemos oído algún rumor sobre tu caso. Si ese viejo se sobrepasa…

—¿Llamo al 016? O al 017, como dice en esta tarjeta.

—Cualquiera servirá. Nos gusta seguir la progresión de nuestros casos, es nuestro sistema de autoevaluación. Por otro lado, también tengo que comunicarte que no deberías usar medios electrónicos. Podría ser causa de incumplimiento de tu condena, y podría aumentarla. En el INCIBE ofrecemos un curso de formación que podría ser muy útil para ti. Si deseas inscribirte, quizá nos podrías ayudar. Siempre buscamos jóvenes figuras que ofrecen su experiencia para que otras víctimas aprendan.

—Pero yo no soy la víctima. Yo soy la condenada. Si soy víctima, ¿qué hago cumpliendo condena?

—Eres víctima porque no estabas preparada para enfrentarte a un mundo que los adultos no hemos logrado controlar, y los jóvenes cometéis errores porque tenéis acceso a un mundo al que no deberíais. Pero también eres culpable de delitos tipificados en el Código Penal. Por eso cumples condena. Representas una dualidad clásica, y creemos que tu enfoque podría ser muy valioso, tanto para chicos y chicas jóvenes, como para los propios formadores y para los que escriben las normas. ¿Te gustaría formar parte? Conseguiría una reducción aún mayor de tu condena. Así no tendrías que soportar al viejo mucho más tiempo.

—Yo con Ángel estoy bien.

—Escucha. Esto —y el tipo señaló el faro, pero se refería a la situación en general—, no es normal. Llevo muchos procedimientos similares al tuyo y jamás había visto que hicieran algo semejante. No sé qué pretenden con todo este teatro, pero yo no me fiaría.

—Ahora sí que me está asustando.

—Escúchame. Puedo sacarte de aquí, pero necesitaré de tu colaboración. Mira, te dejo estos papeles. Léelos con cuidado y, si te parece bien, nosotros cuidaremos de ti. Los firmas y nos los pasas. Yo podría pasarme mañana a recogerlos.

—Está bien, lo miraré, pero ya le digo que yo con Ángel estoy fenomenal. Y este sitio me encanta. Si cree que en un futuro puedo ayudar a otros jóvenes, podría enseñar algo de lo que he aprendido durante mi experiencia; quizá me vendría bien, así podría practicar mis dotes como conferenciante. Como parte de mi formación, ¿me entiende?

—Por supuesto. Cuídate.

Álvaro bajó hasta su coche y enfiló el camino del pueblo. Quizás, hasta se quedara a pasar la noche por aquí. Me giré hacia la puerta buscando la llave de la casa, y una intensa luz iluminó el pomo de la puerta. Menos mal que ese otro coche no paró, no iba a soportar otra conversación. Entré en mi hogar. Ahora lo veía como tal. El olor a humedad condensada por el calor de la estufa me acogía en silencio y oscuridad. Las grietas mezcladas con manchas amarillas formaban figuras espectrales en las paredes, a las que ya había bautizado y formaban parte de mi pequeña familia, junto con los insectos, que hacían de la soledad solo una palabra. Estaba bien allí. ¿Por qué iba a irme ahora que empezaba a funcionar todo? La visita de Álvaro me dejó inquieta. La verdad es que él no habló mucho durante el interrogatorio, pero si tenía que fiarme de alguien en ese momento, creo que solo me fiaría del más loco de todos. No pensaba dejar a Ángel, no ahora.

La jubilación

Tercera parte

Al atardecer regresé al faro, y mientras se cocinaban las lentejas aproveché para sentarme junto al viejo para sacarle alguna historia más. Ángel retomó la historia que había dejado a medias el día anterior por la emoción. Aún se atragantaba con la congoja solo de pensar en lo que me iba a contar. Si aquello no eran más que invenciones, ¿cómo era posible que le afectaran tanto? Sí, había escuchado hablar de que un cerebro de alcohólico podría interiorizar lo que no eran más que cuentos como una parte real de su vida. Creería que había sucedido algo que en realidad jamás ocurrió. Pero aquello era demasiado. Sus historias estaban llenas de detalles, y comencé a creérmelas tanto como él. Tanto, que tuve que contener el lacrimal a base de taponarlo de forma disimulada con la manga.

—Lo siento.

—No tienes que sentir nada Ángel. Si tu vida ha sido así siempre, no me extraña que tu alma esté tan malherida. Pero eres una buena persona, de eso no me cabe duda.

—Hice lo que pude. Lo juro.

Hizo otra breve pausa para secarse las lágrimas y, tras un breve sorbo a su brebaje, continuó con la historia:

Senghor se despertó al alba. Escuchaba voces lejanas. Soñaba que llegaba a su aldea, su madre le recibía con cánticos de celebración, los chiquillos del pueblo saltaban de alegría al ver las pelotas de fútbol que les había traído. Echaba un partido de fútbol y el campo, misteriosamente, se llenaba de coleópteros. Su hermano estaba allí, corría hacia él y le lanzaba la pelota directo a la cara. Abrió los ojos. Lo último que esperaba era encontrarse con un rostro blanco. Ya no soñaba con blancos, ya no soñaba con Europa, solo soñaba con regresar a su poblado, donde sería recibido con los brazos abiertos.

—Senghor.

Se restregó la cara con las manos llenas de polvo, y aquello no mejoró la visión. Pero sí lo hizo el chorro de agua que le lancé a la cara.

—¿Padre Darío? ¿Estoy soñando?

—No. No es un sueño. Habéis conseguido pasar a Senegal. Llevo días siguiendo vuestro rastro, pero no me dejaban cruzar la frontera. Hasta que vi tu última señal. Y vine todo lo rápido que pude. —Le señalé el viejo coche con el que había conseguido llegar hasta él. Conmigo viajaba una de las monjas misioneras de la congregación, que ya se estaba ocupando de Jawara—. Vamos. Ya estás a salvo.

—¿Por qué no vinieron a por nosotros?

—Así son las cosas en Europa. ¿Aún quieres ir?

—No sé. Ahora solo quiero abrazar a mi madre.

—Tranquilo, te lo compensaré. ¿Idrissa y Baakir?

—Baakir murió. Le dispararon los tuaregs. Idrissa, no lo sé, le di el aviso y salió corriendo, pero las bombas llegaron muy rápido. No creo que lograra escapar.

Mis canas habían crecido hasta la media melena, y en aquel desierto eran un incordio, tuve que agarrarlas para poder centrarme en mis leales amigos. No pude esconder mi sentimiento de traición, el dolor por las pérdidas de esos pobres chavales. Quizás, había llegado ya la hora de jubilarme. Había echado una oposiciones a farero, no tenía muchas esperanzas, pero ¿quién podía saberlo en aquel entonces? Esa era mi condición para abandonar mi preciado continente: poder admirarlo desde un solitario faro cada día, desde el amanecer hasta el atardecer. Mi amada África.

El profesor

Tras la cena, tenía una nueva cita con el profesor, pero más que por mis tareas, estaba preocupada por él. Hasta ese momento siempre había pensado que fue él quien le proporcionó a Héctor la forma de comunicarse conmigo. Algo imprudente por su parte, cuando menos, por lo que estaba casi descartado que lo hiciera de manera voluntaria. Pero, si no había sido voluntaria, Héctor podría haber *hackeado* su ordenador, y ahora el ordenador de Héctor estaría en manos de gente peligrosa. Tan solo esperaba que Héctor hubiera cifrado todo correctamente.

Aquella tarde noche llegué tan cansada a la casa que no tenía ganas de nada. Por inercia conecté el ordenador y vi varios mensajes de Rubén. La entrada de una llamada por el chat privado con el profesor me desveló.

—¿Profesor?

—Lara. Lo siento muchísimo. He visto en las noticias lo de Héctor. Nunca llegué a creer que era un asunto tan serio.

—De eso quería hablarle. Héctor logró contactar conmigo. No dijo a través de quién exactamente consiguió mi contacto, pero yo di por hecho que debió de ser a través de usted. No hay nadie más que tuviera mi correo electrónico, ni mi código.

—Pues, de eso no sé nada.

—Eso es lo que me temía. En ningún momento he pensado que usted pudiera haberle dado la información. Pero, eso solo quiere decir una cosa. Héctor *hackeó* su ordenador.

—Oh, vaya. ¿Debería preocuparme?

—Sí, y mucho. Le robaron todo el material electrónico, por lo que, la mafia rusa podría identificarle. Está en peligro. Debería desaparecer un tiempo, como yo.

—Tienes razón. Debemos terminar esta conversación cuanto antes. Hablaré con la policía.

—Sí, hable con ellos, pero primero de todo, desaparezca. Yo, a partir de hoy, destruyo toda forma de contacto, no podremos hablar en un tiempo. Dentro de unos días abriré un nuevo canal de comunicación. Se lo enviaré a un nuevo correo. Escuche.

Le dicté de memoria el correo con el que debía abrirse una nueva cuenta, algo que no pudiéramos olvidar ninguno de los dos.

—Cuídese.

—Cuídate tú, Lara. Espero que esto pase pronto. Sé valiente.

—Lo mismo le digo. Suerte.

Cortamos la conversación y destruí todo. Saqué el disco duro del ordenador y lo freí en el microondas. De verdad esperaba que no le pasara nada al profesor. No podría soportar más muertes por mi culpa. Me eché en la cama, pero dormir iba a ser difícil. El último día había recibido más información en mi cerebro que en toda mi vida, y requería de un procesado largo. Le di vueltas a mis conversaciones con Héctor, a su muerte, a Arseni, al viejo y sus historias. Si había algo que me pudiera hacer dormir no estaba en ninguno de mis cajones.

Pararrayos

Me desperté más tarde que nunca. Me dolía la cabeza como si hubiera sido yo la que se hubiera bebido una botella de ron. Salí a hacer mis recados habituales, pero ese día una idea me rondaba la cabeza. Me llevé el pincho con el programa TAILS, el recurso portátil de todo *hacker* para no ser interceptado, y al llegar a la cafetería le pregunté a Rebeca si había algún ordenador que pudiera utilizar. En realidad, lo que me proponía hacer no era nada maligno. Pero uno se da cuenta de lo dependientes que nos hemos vuelto de internet cuando piensa en hacer una receta y sabe que el sitio más fácil para encontrarla está en la red. Además, pensé en hacerle un regalo al viejo, por si algún día dejaba de tener esa sorprendente vista o, simplemente, quería ampliarla. Total, yo no pagaba. Compré todo lo que necesitaba con una sonrisa que contagiaba a todo aquel con el que me cruzaba, y regresé al faro.

El olor a cacahuete tostado había entrado por las fosas nasales de Ángel, que empezaba a inquietarse en su sillón. Quería sorprenderle con una receta africana, un guiso de carne y verduras en salsa de cacahuete, acompañado de arroz y buñuelos de plátano frito. Pero la sorpresa se me estaba estropeando. Lo escuché gritar desde lo alto de la escalera.

—¡Creía que me estaba volviendo loco! ¡Pensé que estos prismáticos que me has regalado eran verdaderamente mágicos, y que no solo podía ver África, sino que además podía olerla!

—Ja, ja, ja. No exageres. Solo es un poco de cacahuete

chamuscado, creo que me he pasado de tostarlo.

—Es igual, las calles de Dakar huelen así. Estoy viajando mentalmente a cada momento de mi pasado. ¡Falta algo!

—No me vendrás con algún ingrediente ahora, ¿no? El guiso ya está muy avanzado.

Desde el salón comenzaron a llegar ritmos alocados que hicieron que mis piernas comenzaran a moverse. Mis brazos las siguieron. Aquella música no era pegadiza, es que se metía dentro de los huesos y las articulaciones, y, de repente, parecía Mufasa en su *Kiki challenge*. Y no era la única, por el rabillo del ojo pude ver al viejo con la garrota apuntando al techo y dando saltitos que apenas despegaban milímetros del suelo, agitando los brazos y, sobre todo, con una gran sonrisa en la boca cuando no estaba coreando la canción.

La fiesta había empezado antes de la comida. A este ritmo iba a conseguir incitar al viejo a echarse un traguillo antes del almuerzo, y eso no entraba en mis planes, y menos aún que yo acabara bebiendo.

—Esta la tenía reservada para una ocasión especial.

Sacó unas cervezas de la nevera: Gacelle. Yo apenas había catado una cerveza en mi vida, por lo que no podría hablar de su calidad.

—Esta vez no me puedes decir que no. Una cerveza, mujer. Vamos a celebrar la bienvenida de un nuevo mundo. ¡Viva África!

Ángel seguía totalmente fuera de sí. Traté de calmarlo sirviendo la mesa. Cuando vio todos los platos que había conseguido organizar en la pequeña mesa, al gran agente secreto se le saltaban las lágrimas. Afuera, había comenzado a llover con fuerza, como si a los todopoderosos dioses animistas no les gustara como cantábamos. Aunque, visto de otra manera, la lluvia en África suele ser bienvenida. Todo hacía presagiar una noche más de Ángel y sus aventuras en el continente negro. De las cervezas pasamos a los 40º que se apagaban garganta abajo, con una edición de mojitos especial de la casa a la que esta vez, aunque solo fuera por comerme el azuquitar tostado del borde, o masticar la hierbabuena, me uní sin rechistar. Total, al viejo podrían meterle cien años en la cárcel con todos los delitos que había cometido contra mi infancia. Me había llevado un rato largo de preparación y maceración, machacando fuerte la hierbabuena con el azúcar y el alcohol. Merecía la pena probarlo.

Otra vez las historias de África, de su niñez, de su infancia, de su juventud. No es que fueran infelices, para nada, todo lo contrario.

Pero no hay nada más triste que añorar lo que nunca más volverás a vivir. Ángel se quedó consternado tras su exposición. Ante tanta emoción, cada vez dudaba más de que se las inventara. Al menos, las de hoy debían de ser ciertas. Uno recuerda con más nitidez la niñez incluso cuando se está senil.

—Perdona. Me emociono con facilidad. Tengo que ir al baño.

Lo acompañé, porque a estas alturas el viejo estaba que parecía haber corrido una maratón. Aproveché mientras estaba dentro para buscar entre sus discos. No conocía ninguno de los grupos, pero me dejé llevar por la portada y el nombre de aquella guerrera de la música. Fatoumata Diawara. Lo puse en el viejo tocadiscos, y creo que acerté, pues era una música alegre. Esperaba, con esto, recuperar el buen humor del viejo. Cuando lo ayudé a salir del baño, no quiso volver a su sillón.

—Te voy a enseñar algo interesante. Subamos.

Nos dirigimos a la parte más alta, desde la cual, a través de una ventana, se veía el torrente de agua caer de manera ininterrumpida. La ruidosa tormenta mostraba su furia azotando el faro. La verdad es que daba un poco de miedo. No sabía distinguir bien cuándo la masa de agua que caía era de lluvia o una ola del mar que trepaba decenas de metros tras chocar contra las rocas. El mar era un espectáculo para amantes de los cazadores de fenómenos naturales en acción. Pero no era ese el fenómeno que Ángel me quería mostrar. Acurrucados en un pequeño hueco desde el que se veía mejor la ventanilla del techo del faro, señalaba en dirección a la misma.

—¿Ves ese palo metálico? Es el pararrayos del faro. Un edificio con una altura como esta está obligado a tener uno. Lo inventó Benjamin Franklin en el siglo dieciocho. Pero lo perfeccionó Tesla dos siglos después. Cuando hay tormenta, me gusta subir aquí. No creerás…

No tuve que creer nada. Di tal salto que casi tiro al pobre viejo escaleras abajo. Acababa de ver en directo el impacto de un rayo contra la edificación, pero el estruendo tuvo un efecto cúpula dentro del faro que casi me hizo masticar mi propio corazón.

—La cantidad de rayos que para este señor. Hoy le toca trabajar. La corriente la pasa por cable hasta la tierra. Estaría bien que alguien imaginara un sistema para almacenar esa cantidad de energía que nos proporciona la naturaleza. ¿No te parece?

—Joder. Estoy cagada.

—Ja, ja, ja. No pasa nada. Para eso está ahí. Él nos protege.

—Dios, podías haberme avisado.

—Iba a hacerlo. No pensé que vendría el primero tan pronto.

Otro ruido nos sorprendió, pero esta vez venía de abajo. Alguien parecía estar llamando al timbre, y a la vez aporreaba la puerta.

—Parece que tenemos visita. Algún despistado por la tormenta. No creo que vengan a desahuciarme en plena tormenta.

—Bajaré yo a ver. Igual es el Capitán Mermelada. Le presentaré mis disculpas. ¿Quizá compota de manzana esta vez?

—No abras, si no lo conoces.

—Ya, ya, no te preocupes.

Una visita inesperada

Dejé a Ángel bajando las escaleras a su ritmo ante la insistencia del que llamaba. En la puerta del faro no había mucho sitio para resguardarse del agua. Quizá por eso la insistencia. Llegué a la parte baja del faro y encendí la luz. Me acerqué a la puerta y miré por la mirilla, pero tan solo veía a alguien enfundado en una capa de agua. Tres golpes más me hicieron retroceder del susto.

—¿Quién es?

Tres golpes volvieron a sonar con la misma fuerza. Sin embargo, escuché una débil voz llamándome.

—Lara.

Mis pies se comportaron como el pararrayos, y condujeron el escalofrío hasta mi cabeza. No podía ser. Desde arriba venía la voz del viejo, que luchaba por llegar un día de estos a la parte de abajo. Pero aquella voz que acababa de atravesar la puerta del faro…

—¿Arseni? —Pegué el oído a la puerta justo cuando la misma voz respondía, pero esta vez con más fuerza.

—Tama, no…

No terminó la frase, pero mi mano, impulsivamente, abrió la puerta.

—¡Arseni!

El golpe de la puerta me empujó hasta chocar contra la pared. Me había llamado Tama. Así me llamaban Héctor y Bel, pero Arseni nunca. Me había avisado. ¿Por qué abrí entonces? Entraron tres individuos. Uno de ellos, un tipo hipermusculado de dos metros, le tapaba la boca a Arseni. El otro sujetaba en la mano un teléfono móvil desde el que reprodujo, otra vez, la versión suave de mi nombre. La

lluvia entraba en la sala hasta que el gigante cerró la puerta. El tipo se quitó la capucha de la capa de agua y se revolvió el poco pelo que resistía al avance de dos prominentes entradas. Arseni logró zafarse de la mano que lo amordazaba.

—¡Lara, corre! —Pero la visión decrépita y amoratada del pobre Arseni me había dejado paralizada. Antes de hacer el mínimo gesto de intentar escapar escaleras arriba, aquella bestia me agarró por el pelo y me tiró al suelo—. ¡Suéltala, animal!

Lo único que pude hacer fue meter la mano en el bolsillo y activar el sistema de alerta que me había instalado Silvia para un caso de emergencia. Pulsar tres veces el botón de encendido.

—Así que, esta es la chiquilla que andamos buscando. Al parecer has estado hablando mucho con la policía últimamente. Deberían tener más cuidado. Sobre todo alguien que se dedica a la protección de menores.

Así que era así como me habían descubierto. Debían haber seguido a Álvaro en su última visita. El grandullón me sostenía por el pelo y me había puesto un cuchillo en la garganta. Arseni gimoteaba y vi en su mirada desconsolada un «lo siento» que me arrugó aún más. Él apenas podía sostenerse en pie, y yo, la esmirriada del barrio que no podía ni matar una mosca, frente a Hulkanov.

—¿No es bonito, Vladi? Como Romeo y Julieta. Los dos enamorados mueren abrazados. ¿Qué dices? ¿Los dejamos que se den el último abrazo?

El musculoso esbirro agarró a Arseni y nos juntó en un abrazo que él sostenía mientras nos echaba besitos.

—Sergei, te juré que era de fiar. No ha contado nada. Yo tampoco.

—Sí claro, hermanito. Como el tipejo ese que se fugó con todos los archivos y nos amenazó con entregárselos a la policía si no le ingresábamos diez millones de euros.

—¿Héctor? —pregunté, más por ganar tiempo que por enterarme de la historia. Aquello debió de poner sobre aviso al hermano de Arseni, que miró hacia las escaleras.

—¿Dónde está ese vejestorio con el que te alojas? ¿Le haces felaciones? ¿Aún se le pone gorda?

Se dirigió hacia las escaleras, ascendió por ellas y se encontró con Ángel, que escondido en la primera vuelta de la escalera de caracol, agotado, se apoyaba sobre su viejo bastón. Sergei sacó una pistola y

apuntó al viejo. Ángel hizo un último esfuerzo y levantó el bastón para golpear al mafioso, que sonreía ante la escena del pobre lisiado queriendo herirle con un palito. Sergei agarró el bastón con la otra mano y soltó varias carcajadas mientras seguía apuntándolo con su pistola. Ángel tiró del inofensivo bastón hacia sí mismo y, de dentro, salió una daga alfiler, afilada como una aguja hipodérmica. Dándose un último impulso se lanzó, desde la altura superior que le proporcionaba la escalera, hacia Sergei, a la vez que se escuchaba una detonación. A Sergei no le dio tiempo a más, pues el agijón le había atravesado la garganta y soltaba sangre como un pozo de petróleo recién agujereado.

Arseni reaccionó ante la sorpresa de Vladimir, que no sabía qué hacer al ver a su jefe desangrarse. Le di un codazo en la nariz y logré zafarnos a los dos del agarre. Pero el gigantesco ruso se revolvió con brutalidad. Comenzó a asestar puñetazos a Arseni como si golpeara a un eemtapájaros. Lo agarró de la cabeza y comenzó a presionar sus cuencas oculares mientras, con un grito gutural, apagaba los alaridos de Arseni. Mi Itachov se sumía en la impotencia de la derrota. Entonces, la segunda detonación retumbó en las paredes del faro como si un rayo hubiera esquivado al pararrayos. Me vi a mí misma empuñando la pistola que minutos antes tenía el hijo del jefe de la mafia rusa. No tuve tiempo de pensar. No sabía disparar un arma, simplemente apreté el gatillo y disparé al cuerpo del monstruo. Inicialmente reaccionó como si le hubiera picado un mosquito. Se levantó y corrió hacia mí, por eso disparé sin mirar una y otra vez hasta que las detonaciones cesaron. Su cuerpo cayó sobre el mío. No podía moverme, pero el secuaz de Sergei parecía fuera de combate. Intenté desplazarlo, pero pesaba una tonelada. Tuve que salir reptando de debajo de su cuerpo. Me vi cubierta de sangre y me dio un ataque de histeria. empecé a llorar con la pistola aún en la mano. Noté una mano en mis piernas y volví a apuntar con la pistola. Era Arseni, queapenas podía arrastrarse, e intentaba darme algo de consuelo desde el suelo.

—¿Estás bien? —Me abalancé sobre él, le acaricié la ensangrentada cara, me miró con esos ojos avellana y no supe si besarle o estrangularle—. ¿Cómo sobreviviste?

—Lo siento, Lara. Me cogieron días después. No creí que mi propio hermano fuera capaz de hacerme esto. No les dije nada de ti. Te lo

juro.

—Lo sé. —Entonces reaccioné. Ángel. No se había movido desde su pelea con Sergei. Me acerqué hasta él dejando a Arseni en el suelo. Lo llamé, pero no reaccionaba. Le palpé por diferentes partes jurándome que tenía que estar bien. La bala le había dado en el pecho. El viejo tenía los ojos abiertos y una lágrima le resbalaba por la mejilla. A duras penas pudo meterse la mano en el bolsillo. De allí sacó un sobre cuidadosamente sellado.

—Estaba tan cerca de conseguirlo. Toma. Es para ti. —No era capaz de pronunciar bien, se le entrecortaban las palabras por la falta de aire—. Es mi última carta. No esperaba dártela tan pronto.

—¿Conseguir el qué?

—Escucha. Toda la historia la dejé escrita, en el buró, para que pudieras leerla si algún día yo me iba. Ese día ha llegado. Ahora podrás completarla.

—No digas tonterías, te vas poner bien. —Yo intentaba ponerle presión en el pecho para evitar que perdiera más sangre. Pero lo que Ángel necesitaba retener era el aire, que ya no le llegaba al pulmón.

—Créeme, he visto muchas heridas mortales. No te esperabas lo de mi daga, ¿eh? —Tosió varias veces escupiendo sangre—. No me queda mucho tiempo. Tengo un último recado para ti. El faro. Mañana es el día que se cumplirá la profecía. Usa la sirena de niebla.

—¿Qué profecía? —Pero el viejo había inspirado por última vez, y el aire de sus pulmones salió tan lento que pareciera que su alma se hacía infinita. Comencé a llorar con él en mis brazos. Lloré durante unos minutos eternos. El tiempo en que tardó en aparecer Silvia, junto al otro agente que la acompañaba a todas partes.

—Llama y que vengan varias ambulancias. Necesitamos a todo el equipo aquí.

Silvia me tocó el hombro. Y no pude resistirme. Me puse a gritar de manera histérica.

—¡Tanta policía, tanto servicio secreto, y ¿no os disteis cuenta que os estaban siguiendo?!

La mirada de Silvia, su silencio, me lo dijo todo.

—¿Sí lo sabíais? ¿Qué estaban siguiendo al principal encargado de mi protección?

—Era una operación. Lo teníamos todo controlado. La tormenta ha sido lo que nos sorprendió.

—Me habéis usado como cebo.

—Vamos, Lara, no es el momento.

Miré a Arseni, que seguía la conversación desde el suelo, mientras el segundo policía le ponía las esposas.

—Arseni no ha hecho nada. No tiene nada que ver.

—No te preocupes. De eso nos ocupamos nosotros.

—¡Arseni!

—Tranquila, Lara. Algún día volveremos al rompeolas. Te lo prometo.

Intenté llegar hasta él, pero Silvia me lo impidió. La llegada de policías, sanitarios y peritos empezaba a llenar la pequeña sala.

—Hemos traído a una persona de asuntos sociales. Se encargará de ti. Te llevará a un lugar protegido.

—No puedo. Le he prometido a Ángel que pasaría aquí el día mañana. Tengo que hacer honor a sus últimos deseos. Además, ¿qué mierdas de sitios seguros ofrecéis? ¿Os parece esto un sitio seguro?

—Prometo traerte en cuánto terminemos. Tenemos que tomarte declaración para que nos cuentes todo lo ocurrido.

Mis súplicas por quedarme en el faro cayeron en saco roto, pero no me iba a dar por vencida.

Me llevaron a la comisaría más cercana, donde conté toda la historia varias veces. Luego me llevaron de vuelta a mi casa, al lado del faro. No se podía entrar a la escena del crimen, estaba todo precintado.

—No se puede entrar al faro, lo siento. Lo que tuvieras que hacer lo puedes hacer desde aquí abajo. Volveré mañana a ver cómo estás, y tendremos que llevarte a otro sitio. Tendremos una patrulla aquí todo el tiempo.

Tenía el sobre que me había dado el viejo en la mano. Aunque agotada, decidí leer la última historia. ¿Qué tenía que decirme el viejo?

Lara Sietemares

Cuarta parte

Saqué la carta y leí con curiosidad lo que ponía en el sello de cera que lo cerraba.

Dario I, rey de los diola, los juumla y los wolof, 1983

Abrí cuidadosamente el sobre y extraje la carta. Me arrepentí de haberla arrugado, aún podría enmarcarla como recuerdo de la persona que me enseñó a vivir.

Estimada Lara Sietemares, vigilanta del Faro de África, gobernanta del horizonte:

Hace seis meses recibí una última carta de mis amigos en África. Tenías razón. Las cartas no siempre llegan cuando uno quiere. Las palabras no curan cuando tienes las heridas, sino cuando las lees en voz alta, cuando las recitas. Por eso te pido un último favor, después de darte las gracias por concederme los mejores instantes de mi vida en el faro. Ese favor es que leas la carta en voz alta, el día después de mi muerte, desde lo alto del faro, gritándole al viento. Este es el final de la historia, pero en la historia de la humanidad todo fin es el principio de otra historia. Así que, dejemos que este sea tu principio, así como el de muchos otros. Cántale al mar esta carta, y sigue cantando tus prosas, reivindica lo que es tuyo por naturaleza, que nadie mate tu arte.

No podía subir al faro, me lo habían prohibido, pero de alguna manera tenía que hacer honor al viejo. Me senté en el sofá de mi casa, extasiada. Me dediqué a contemplar las luces parpadeantes del faro y los rayos de la tormenta a través del pequeño ventanuco hasta que me quedé dormida.

Desde aquella altura, quizá setenta metros sobre el mar, parecía increíble ver como este, a veces, conseguía elevarse tras chocar contra las rocas del acantilado, enviando miles de gotas contra mi cara. Como si quisiera besarme. Entonces lo vi, su cara angelical, su pelo rubio, sus ojos avellanados fundiéndose entre las olas mezcladas con arena y algas. Intentaba levantar los brazos, envueltos en un verde oscuro. Nunca llegaba a ver sus manos, pues esos brazos de algas se extendían hasta el infinito. Intentaba salir a flote, pero el mar, una y otra vez, se lo llevaba hacia dentro. Yo gritaba su nombre. Quería pelear contra el mar, pero estaba a demasiada altura. Él solo podía enviarme esas pequeñas gotas a modo de despedida. Sus lágrimas eran de arena y roca. Su pelo se convertía en sal y espuma de mar. Yo quería abrazarlo. Y solo había una manera. Saltar.

Recuperé la conciencia y aún era temprano. Silvia había dejado una patrulla vigilando la escena del crimen, con instrucciones de cuidar de mí, o de que no me escapara o tratara de subir al faro. Algo debí de dormir pues aquello había sido una pesadilla. Desperté justo cuando veía las rocas a escasos centímetros de mí tras el salto al vacío. Fue un lujo despertar y saber que Arseni seguía con vida. Aunque no pudiera volver a verlo en mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo le podría caer en la cárcel? Ni siquiera estaba segura de saber su edad. Si era como yo, tal vez pudiera librarse pronto. Tal vez, si colaboraba. Tenía que hablar con él. Le convencería de que ayudara a encerrar a su padre. Si él había ordenado que acabaran con él, no merecía su lealtad. Salí de la casa decidida a hacer mi trabajo. Cumplir con los últimos deseos de Ángel. Quizá nunca llegara a saber qué parte de sus historias era cierta y qué parte eran fruto de su prodigiosa imaginación. De algo estaba segura, Ángel no mintió cuando me dijo que su bastón le había salvado la vida en alguna ocasión. No sé si habría matado a algún otro hombre con él, pero la destreza con que lo manejó denotaba un entrenamiento especial. Fue como ver a un torero experto entrar a un toro y matarlo al instante. No falló ni por un milímetro. Le perforó la yugular con el acierto de un cirujano. Lo cual, para un hombre cojo y con pocos dedos en las manos, parecía

imposible.

Aún no había amanecido. Me dirigí hacia el faro con el firme propósito de cumplir los últimos deseos de Ángel, cuando escuché los gritos desde la carretera. Creí que el policía se estaba tomando demasiado en serio su trabajo de impedir que subiera.

—¡Alto o disparo! ¡Al suelo!

Me agaché instintivamente. No sabía si girarme o no. No quería morir mirando como me alcanzaba una bala. Luego escuché otras voces y comprendí que no era conmigo.

—¿Qué pasa? ¡Yo no he hecho nada!

—¡Al suelo he dicho! Lara, quédese donde está. Este hombre iba tras usted. No se preocupe, lo tengo controlado.

El policía esposaba a un hombre que, con la falta de luz, yo no llegaba a identificar.

—Déjeme en paz. Yo soy el cartero, cojones. Vivo a las afueras del pueblo, vengo por aquí todas las mañanas a primera hora y luego ya recorro todo el pueblo. ¿No ve mi cartera?

El policía comenzó a examinar la documentación. Yo no cabía en mí de asombro. Bajé las escaleras cuando el agente ya estaba quitando las esposas al pobre trabajador.

—Perdone, ayer hubo un asesinato en este lugar. De todas formas, no puede acercarse.

—¿Un asesinato? ¿Quién ha muerto?

—Es confidencial.

—¿El pobre viejo? Ya sabía yo que vivir en un sitio tan remoto…, y solo. Pero escuché que ahora tenía a alguien cuidándolo.

—Era yo. —Me acerqué al cartero enfundada en mi sudadera, en la que el amarillo había dejado paso a un arcoíris de mugre y restos humanos, y con las manos en los bolsillos, porque el frío se hacía notar ahora que el cielo por fin se había despejado—. Yo recogía las cartas todas las mañanas.

—Lo siento mucho. Yo no lo veía mucho, ¿sabe? Siempre vengo temprano y no suele haber nadie despierto. Pero este señor tenía una correspondencia diaria que ya quisieran muchos mocosos de hoy en día. Creo que son de las pocas cartas que traigo que no están escritas por un banco, o alguna otra empresa.

—¿Traía cartas para él hoy?

—Sí, sí. Siempre traigo una. Mire.

Me mostró un sobre con su nombre, tal cual él lo había escrito siempre. Simplemente, Ángel.

—Si quiere, usted puede subirla al faro y, si algún familiar apareciera, pues, se la podría dar.

—Yo soy lo más parecido que tiene a un familiar. Ayer murió salvándome la vida. No se preocupe. Yo sé bien qué hacer con la carta.

—Bien. Pues sigo con mi jornada. Mi más sincero pésame. —Echó una mirada de reproche al policía y siguió su camino en la furgoneta.

—Lo siento. Después de lo qué pasó aquí anoche, no quería arriesgarme.

—Claro. Ha hecho su trabajo. Muchas gracias.

—¡Por favor, señorita, pare! ¡No puede subir al faro!

No me lo podía creer, ni siquiera me iban a dejar cumplir con el último deseo de un muerto. Entré de nuevo en mi casita y mi mirada se dirigió a aquella vieja puerta. Sí, prometí que nunca usaría aquel oscuro pasadizo. Me daba terror. Pero aquel era un buen día para romper promesas, y penetré a través de aquel pasadizo enfocando con la luz de mi teléfono las telarañas, después de habérmelas llevado por delante. Para no ser utilizado, la verdad es que estaba bastante limpio, y lleno de provisiones y mantas. Parecía como si el farero lo hubiera acondicionado a modo de búnker, por si llegaba el fin del mundo. Intenté contener la respiración, pero el fuerte olor a humedad envejecida se coló por mi nariz. Conseguí entrar al faro justo por el museo. Nadie se daría cuenta, pues era la habitación más cercana a la escalera. Pisé ligeramente la escena del crimen y lo sentí por la policía científica, que había trazado un caminito por el que avanzar sin modificarla y que yo no respeté, más que nada porque lo no lo vi hasta que fue demasiado tarde. Subí por la estrecha escalera de caracol. Algo bastante laborioso por la cantidad de sangre que soltó Sergei tras la estocada. Me senté en el sillón del viejo, tal y como él hacía, cogí su cuaderno, lo abrí. Ahora tenía dos cartas. Decidí empezar por la que me había dado el cartero. Era imposible comprender nada de lo que allí había escrito. Una sucesión de caracteres alfanuméricos sin sentido a primera vista. Quizá si me bajaba algún *software,* podría analizarlo. Pasé varias horas leyendo sus anotaciones en el cuaderno. Comprendí que todo lo que hacía en ese cuaderno era descifrar el contenido de las cartas, pero sus propias anotaciones carecían de sentido y guardaban algún tipo de

codificación que me impedía ver exactamente como funcionaba aquel cifrado. Al final, el viejo iba a tener razón. Era menos arriesgado para los espías usar métodos tradicionales que estar bajo la mirada inquisitiva de la red, donde había millones de ojos y programas sofisticados capaces de descodificar el más complejo de los lenguajes cifrados. Tras varias horas estudiando los patrones, tan solo aprendí cómo se daban las fechas y las horas. Lo único que sabía es que, lo que fuera que iba a ocurrir, sucedería a las 6 de la tarde de ese día. Justo al anochecer. Y el viejo me había dejado bien claro que el faro debía estar listo, y bien visible.

Subí al faro y me asomé desde el pequeño balcón. Respiré profundo y conté los barcos de manera inconsciente. Pero enseguida noté otra presencia junto a mí. Como prometió, a la mañana siguiente Silvia regresó al faro. Se sentó allí donde solía sentarse Ángel. Contemplaba el mar, sin decir nada. No quiso hacer de madre, ni darme ese confort que el farero sí hubiera sabido darme. Tan solo se sentó, encendió un cigarrillo y exhaló el humo. Nunca la había visto fumar. Si hubiera tenido fuerzas, la habría echado a patadas. Era como si estuviera profanando un templo sagrado, solo faltaba que tirara la ceniza al suelo. En el bolsillo marsupial de mi sudadera yo manoseaba el sobre cuidadosamente sellado. Una última carta, pero esta iba dirigida a mí. Ansiaba leerla en voz alta, pero lo último que quería es que me la quitaran como prueba policial.

—No podías cumplir la ley ni siquiera en un día como hoy.

—Le prometí a Ángel que hoy atendería el faro. Fue su último deseo.

Silvia no contestó. Siguió fumando. Tras un par de minutos, decidí romper el silencio.

—¿Cuántos barcos ves?

Silvia le dio otra bocanada a su cigarrillo, tiró la ceniza al suelo y apenas hizo esfuerzo por otear el horizonte.

—Hoy es un mal día para faenar. —Escupió algo al suelo antes de pegarle una nueva calada al cigarrillo—. Después de una fuerte tormenta, el mar se llena de toda la mierda que los ríos han arrastrado, y la que las depuradoras no han sido capaces de contener. Hoy, lo que puedes pescar ahí dentro es una buena enfermedad.

—Vaya, os preparan muy bien en la academia.

Creo que no notó mi tono irónico, por eso, a veces, las conversaciones por chat, si sabes manejar los emoticonos, son, incluso, más comprensibles que las que se dan en persona.

—No se llega a inspectora sin haber estudiado mucho, eso seguro. Quizá deberías plantearte seriamente seguir con ese curso de escritura creativa; se te da realmente bien.

—¿El curso fantasma? ¿Ese curso impartido por un profesor

obligado por la policía a ejercer como su marioneta para hacerme creer que yo tenía una oportunidad en esta vida? Paso.

—No te lo tomes a mal. Nadie obligó a tu profesor. Él ayudó encantado.

—Al menos no me traicionó.

—Nadie te ha traicionado.

Cerré los puños con tanta fuerza que a punto estuve de destrozar la carta. Eso fue lo que me relajó, si no, podría haberle devuelto el escupitajo que acababa de echar en mi faro.

—¿Era necesario poner a una menor de edad como cebo para atrapar a un criminal peligroso? ¿El jefe de una mafia?

—No tuvimos elección.

—¿De hacerme creer que Arseni estaba muerto?

—No habrían picado el anzuelo. Necesitábamos que actuaras con naturalidad. No les interesabas tanto. Tan solo respondieron cuando Héctor colaboró con nosotros. Pero fueron demasiado rápidos.

—Y ¡lo mataron! ¡Y a Ángel también! Parece que no llegáis a tiempo a ninguna parte.

—No todo sale como uno planea. Ángel sabía a lo que se arriesgaba.

—¿Un viejo borracho? ¿Un cuentacuentos? ¿No es eso lo que era Ángel? Un vejestorio que me mantendría ocupada mientras le poníais la trampa al Ruso.

—Ángel tuvo su momento de gloria, eso no se puede negar. Que ahora fuera un borracho mentiroso no le quita todo el mérito que tuvo cuando trabajaba para el servicio secreto. Quizás exagerara sus historias, pero no todo era mentira. El faro era su fortaleza. La creíamos indestructible. Os engañaron fácilmente. Yo no habría abierto la puerta.

—Me están dando ganas de pegarte. Será que igual aún no me he rehabilitado.

Silvia le dio la última calada al cigarrillo y lo lanzó desde el faro. Si alguien estuviera buscando enfurecerme, no lo habría hecho mejor. Silvia se dirigió a la puerta para bajar del faro, pero antes se volvió un segundo hacia mí.

—Quédate el tiempo que necesites. Estaré abajo esperando. Y cámbiate la sudadera, pareces la asesina de una película de *Scream*.

«Es probable», pensé.

—Yo veo tres barcos.

—¿Qué barcos? Yo no veo nada.

—Uno, dos y tres. —Señalé con el dedo corazón a la localización de cada uno de los barcos que veía asomar por el horizonte, levantando la mano cada vez que señalaba uno hasta que el dedo adoptaba la posición vertical.

—Tonterías. —Cerró la puerta al entrar y yo me quedé en lo alto, sola, con mi sudadera amarilla como única protectora contra el viento que, a esa altura, resultaba bastante incómodo.

—¡No me esperes! ¡Puedes largarte!

Ojalá me hubiera escuchado. No me quería ir del faro. Se había creado tal atracción entre él y yo, que podía llegar a sentir lo que sentía Ángel.

Takama

Quinta parte

Me acerqué al muro que me separaba de una caída de varias decenas de metros, y comencé a recitar.

La poderosa Takama andaba por uno de los valles escondidos en la zona forestal Wagadou, dando órdenes a mujeres y hombres que se dejaban la espalda despellejando, salando y almacenando la carne que ella decidía. La belleza de su rostro era admirada por todos, hombres y mujeres, pero era la determinación de su mirada la que hacía que ninguno pusiera un pero a sus decisiones. Los hombres tuaregs, que a diferencia de las mujeres, llevaban tapado el rostro, se afanaban en hacer trizas la carne, mientras que las mujeres se ocupaban del resto del proceso hasta montarla a lomos de los camellos. Takama ordenó a un hombre de mediana estatura encargarse de una vaca. El hombre se acercó a la maloliente bestia, movía la cabeza, mostraba ciertas dudas sobre la decisión de Takama. La parte que al menos él veía estaba carbonizada. Llamó a dos chicos más jóvenes para que le ayudaran a mover la vaca. Quizás el otro lado sí fuera comestible. Uno de los chicos dio un respingo cuando vio que algo se movía debajo. Aquello animó aún más al tuareg mayor, que llamó a otros para que fueran a ayudar. Movieron la vaca y nadie se percató del excelente estado de la carne en el lado contrario, porque todos miraban con admiración al único superviviente, hasta ese momento, de aquella brutal matanza.

Idrissa entreabrió los ojos, y a punto estuvo de pedir perdón por haber comido algo de carne cruda del lado bueno del animal. Aquellos tuareg no tuvieron en cuenta que el extranjero no pertenecía a su etnia. Todos los suyos habían muerto, por lo que encontrar a alguien con vida en aquel infierno era algún tipo de señal de Alá. Takama ordenó darle de beber y comer, y lo trasladaron hasta el campamento más cercano.

Al principio, fue tratado con dignidad, curado de sus heridas y trasladado hasta un punto en la frontera con Senegal. Allí, en un viejo cobertizo, lugar para que los pastores se refugiaran en sus largos caminos de transhumancia, lo dejaron a la espera de que lo recogieran. Fui informado algo tarde, pero, aun así, llegué el primero.

Antes que el ejército de Senegal. Cuando llegué al cobertizo, las tropas francesas llegaban a la par. Tras cierto rifirrafe para confirmar mi identidad, me dejaron pasar. Lo que encontré no me gustó. Idrissa estaba atado a una silla. Los soldados franceses no se acercaban, estaban esperando al especialista, pero me di cuenta de no se podía perder más tiempo. Me acerqué a Idrissa y le susurré al oído palabras de reconocimiento. Palabras para decirle que jamás lo abandonaría. Ya se lo había dicho una vez, no sería la última. Seguí susurrando mientras cortaba las cuerdas del senegalés, le hablaba en voz tan baja que ninguno de los soldados presentes llegaban a escuchar lo que le decía. Estaban a más de diez metros de distancia, pero les indiqué a todos que se alejaran más. Sujeté con la suficiente fuerza la silla y grité en joola:

—¡Ahora!

Idrissa se levantó y corrió hacia la puerta. Yo traté de echarme hacia atrás de un salto, pero no llegué a separarme lo suficiente. Salí despedido y me golpeé contra el muro a mi espalda, a unos cuatro metros de distancia. Cuando los soldados franceses entraron, me encontraron como si fuera la pieza estrella de una carnicería canibal. La ropa del pecho y los brazos se había mezclado con la piel en un amasijo de tela, carne y sangre. Mis manos…, era indescriptible lo que mis manos parecían en aquel momento. Mis piernas también sufrieron todo tipo de desgarros y de metralla. Escuché a Idrissa que me llamaba, «maestro, maestro», tras un fuerte pitido que me retumbaba en los tímpanos y en la cabeza, pero yo no podía contestar. Me llevaron rápidamente en helicóptero a un hospital militar. Perdí muchos dedos y nunca más fui capaz de volver a caminar sin ayuda. Cuando desperté en el hospital, me esperaban tres ángeles negros. Me alegré muchísimo de verles. Los tres me ayudaron en mi recuperación, en Dakar. En esos días de hospital, aproveché para opositar a farero, y accedí a mi plaza, aunque, tengo que reconocer, que alguna mano oscura del servicio secreto me echó un cable, sobre todo porque ya estaba planeada la desaparición de mi oficio.

En su último día, los tres compañeros me hicieron entrega de un regalo especial. Un bastón tallado en madera de baobab, con la punta y el mango chapados en plata. Escondido en su interior, el aguijón más afilado del planeta.

El aguijón que me salvaría la vida.

Sirena de niebla

Tras buena parte de la mañana derramando lágrimas a las paredes del faro, me recompuse, decidida a terminar la última tarea. Tardé mucho tiempo en descifrar el contenido de la carta que trajo el cartero. Comparando las anotaciones del farero en sus cuadernos con otras cartas, conseguí descifrar gran parte del código que utilizaba. El mensaje era claro. La operación NOS había comenzado con éxito, esperarían al veintiuno para desembarcar. Pero estábamos a principios de mes. No lo entendía. Busqué en internet, tenía que haber alguna clave. Veintiuno, mar, desembarco. Algo surgió de entre las incomprensibles búsquedas dentro del infinito puzle del buscador. La bienvenida se daba con veintiún salvas. Había descubierto la señal que debía transmitir hacia el mar, pero no cómo hacerlo.

—¡No os fallaré! —lo grité tan alto que tuve que mirar a mi alrededor para cerciorarme de que no había nadie. Quizá la locura era contagiosa. Oteé el horizonte una vez más y creí ver aquellos barcos otra vez. Esta vez, cogí los prismáticos que le había regalado al viejo. Enfoqué al primero de los barcos de vela que veía, a una distancia aún lejana para poderlo distinguir con claridad a simple vista. El primer barco de vela estaba repleto de africanos. ¿Una patera en barco de vela? En la proa pude distinguir a un hombre vestido con vaqueros cortos y una camiseta de rayas verdes y negras, ambos a punto de explotar debido a la presión ejercida por los músculos. empezaba a creer que estaba alucinando. ¿Senghor? Dirigí la mirada al segundo barco, que se escoraba unas dos millas del anterior. Entre la tripulación, caminando de un lado hacia otro y dando órdenes a los demás subsaharianos, que se colocaban todos en la misma posición, un hombre de pelo rizado se giraba, se sentaba y levantaba los brazos como si estuviera orando, o meditando. ¿Idrissa? Los prismáticos me temblaban de excitación y no era capaz de enfocar el tercer barco, respetando unas dos millas de distancia con el anterior. En este, subido y agarrado al mástil, un esbelto senegalés me saludaba mientras me enfocaba con sus propios prismáticos, debajo de los cuales se apreciaba un *mswaki,* que sostenía con una amplia sonrisa de marfil que parecía querer decir: «me encanta que los planes salgan

bien». ¡Jawara!

A la velocidad a la que iban navegando, podrían llegar antes del anochecer, pero, enfocando mejor con mis prismáticos pude observar que aquellos tres barcos eran solo la avanzadilla. La invasión no sería tal y como la dibujó Nostradamus. Aquellas eran gentes pacíficas, y yo debía asegurarme de que no se perdían. Tenía que conseguir transmitir la señal. Envié un mensaje a Silvia, yo tenía que pasar allí la noche para poder despedirme de Ángel en condiciones. Observé desde la altura como el coche de la inspectora se perdía por la carretera. Pasé el resto de la tarde acondicionando el faro tal y como me había enseñado Ángel. Me olvidé hasta de comer. Cuando estuvieron a una distancia al alcance de la señal, unas 25 millas, me aseguré de que no había patrullas costeras cerca. Llegó la hora de dar la bienvenida. Veintiún salvas para los que, a falta de cañones, usé la sirena de niebla del faro. La hice sonar veintiuna veces. Aquella era la señal que les indicaba que podían desembarcar, y el faro los conducía directamente a la playa. Esperaba que a esas horas de la noche no hubiera ninguna pareja entretenida en ese paraje nudista. emocionada, bajé corriendo las escaleras del faro y salí disparada hacia la playa. La noche era oscura, pero estrellada, y la mar estaba en calma, tan solo iluminada por la intermitente luz del faro. Al fin alumbró unos bultos que se movían al ritmo del leve oleaje. En pocos minutos, la playa comenzó a llenarse. El tipo del *mswaki* se acercó a mí con una amplia sonrisa y me abrazó. Yo solo pude soltar unas lágrimas.

—Mucho gusto, Lara.

—¿Cómo sabe…?

—Amigo contó por carta. Necesitamos mantas, refugio.

—Sí, todo está preparado. —Joder con el viejo, lo tenía todo planeado.

Los acogí en mi pequeño hogar, abrí el pasadizo que conducía hacia el faro y saqué todas las mantas que pude y la comida allí almacenada. Llamé al número de la tarjeta de Álvaro. Me debía una, y él entendía de asuntos sociales. La verdad es que se portó muy bien y me ayudó a conseguir que aquellas familias pudieran integrarse en nuestro país, tal y como se les prometió.

Epílogo

Habían pasado dos años desde que abandoné el faro. Arseni cumplía condena en Málaga II. Después de pasar un tiempo en un correccional, fue trasladado al centro penitenciario, donde su pena sería más agresiva, pero más corta. Él mismo lo había decidido así para poder volver conmigo cuanto antes. Yo, por mi parte, me había dedicado a labrarme un perfil laboral. Había borrado todas las huellas de mi pasado y ahora me dedicaba a construir páginas de ventas y campañas de publicidad para empresas. Eso sí, tenía claro que el lugar donde yo colaborara debía tener un perfil que cuadrara conmigo y con mi salud. Debía sentirme a gusto. No había abandonado mi modo de trabajar, siempre protegiéndome de las ratas que hay por la web, que rastreaban y roían los entramados de códigos para robarte hasta el alma. Pero yo huía de los conflictos.

Aquella tarde habíamos quedado para merendar en una cafetería del centro de Málaga. Le había costado mucho perdonarme pero, al final, Isabel entendió que yo fui tan víctima como ella. Volvimos a ser amigas, aunque cada una hizo su carrera profesional por su lado. Ella daba clases en una academia de baile moderno y, a la vez, participaba en ciertas obras, mezclando danza y teatro. Además, se ganaba la vida de trabajadora social. Yo dejé mi carrera de cantante, aunque nunca dije que me retirara para siempre. Seguí escribiendo mis canciones y, de vez en cuando, me daba por cantarlas, pero solo para mí. Eso sí, los acontecimientos de aquel año calmaron mis ansias de gritarle a todo. La vida no da muchas oportunidades, ya lo dijo Ángel, y debemos tomar las que nos ofrece. Yo me tomé muy en serio esos avisos. No olvidé ni una sola de las enseñanzas del viejo. Me encantaba colaborar con Isabel en sus proyectos sociales, de modo altruista. Por supuesto, nuestro primer objetivo fue regularizar a los tres de Wagadou. Sus nombres no llegaron a la prensa, su historia no penetró en la sociedad, su reconocimiento nunca llegó, pero, al menos, les conseguimos los papeles. Y no fue solo eso. Fruto de todo surgió el amor. Isabel se casó, a pesar de que siempre defendió que jamás lo haría. Pero esta sociedad aún no está lista para este tipo de libertades, y los papeles son necesarios en ciertas circunstancias.

Aquella tarde nos acompañaba su marido, que depositó un trasto gigantesco sobre la mesa de la cafetería.

—No nos hemos olvidado.

—¿De qué? —Me hice la tonta y me gané a pulso la vergüenza que pasé cuando se pusieron a cantarme el cumpleaños feliz delante de gente desconocida que se unió al canto.

—¿Qué es?

—¿Sabes quién escribió la última carta que le llegó a Dario?

—Ángel.

—Sí, sí, Ángel.

—Nunca supe quién le escribía las cartas. —Con la prisas arranqué un trozo del papel de periódico con el que habían envuelto mi megarregalo, y la boca se me volvió una O gigante.

—Tú, Idrissa.

—Exactamente. Con esta preciosidad.

—Es el mismo modelo que la que tenía Ángel.

—Así es. —Idrissa aún tenía un fuerte acento parecido al francés, pero con ese toque africano característico. Se tocaba los rizos mientras comenzaba un relato más, con los que cada tarde nos amenizaba—. Al parecer, durante los años ochenta, en uno de sus trabajos encubiertos trabajó para una ONG a la que donaron cientos de viejas máquinas de escribir que no podrían venderse porque ya se estaban poniendo de moda las nuevas computadoras. Y todo lo viejo inservible para occidente se donaba a países subdesarrollados. Estas máquinas de escribir las donó Ángel a diferentes agencias de cooperación internacional y asociaciones religiosas, misioneros. Pero nos reservó una a cada uno de los miembros del equipo. Seguimos proporcionando informes gracias a su adiestramiento. Él nos enseñó cómo codificar los mensajes. La lengua que utilizábamos era el francés, pero el encriptado trataba siempre de ser un juego gracioso, de alguna manera nos gustaba hacernos reír cuando lo leíamos. En realidad, esa última carta era de agradecimiento por todo lo que Ángel había hecho por mí y mi familia, y, aunque el viaje que estábamos a punto de emprender podría resultar en un fracaso catastrófico, quería que supiera que les estábamos muy agradecidos.

—¡Un papel! ¡Quiero un papel! ¿Alguien tiene un papel?

Busqué un papel por todas partes, pero lo único que encontré fue una servilleta. La metí cuidadosamente por el rodillo, ajusté las

mayúsculas y planté una V, con su pequeño defecto, como la de Ángel. Salté de alegría y abracé a mis dos amigos. Quizá, después de todo, el destino quería que me pusiera a escribir.

* * *

Agradecimientos

A mi madre, quién me adentró en mi pasión por el continente vecino a través de películas, que para mí siempre serán de aventuras, como *Mogambo*, *Memorias de África* o *Gorilas en la niebla*; y mostrándome el envidiable trabajo que llevaron a cabo naturalistas como Dian Fossey o Jane Goodall. A Javier Reverte, por llevarme de *Vagabundo* por *El corazón de las tinieblas*. Y a Tafá y Aristide, por mostrarme el África de la gente, de las amplias sonrisas blancas. Al gran baobab que me cobijó en un momento de penuria.

A Málaga

Este libro no está basado en hechos reales, aunque recrea acontecimientos históricos novelados y plantea situaciones similares a hechos ocurridos. Todos los personajes, sus nombres, localizaciones y hechos descritos son inventados.

Espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura de este libro. Si es así, te agradezco que te tomes unos minutos para dejar un comentario en Amazon o en tu plataforma favorita, y así darle más visibilidad. También puedes contactar con el autor por Twitter en @hdemendoza o por email en hdemendoza17@gmail.com, y ver actualizaciones en su blog de autor en www.hdemendoza.com. Puedes suscribirte a la *newsletter* y te mantendremos al tanto de futuras promociones, sorteos y publicaciones.

© 2021, emilio González González

1.ª edición: julio de 2021

Autor: H. de Mendoza (emilio González González) hdemendoza17@gmail.com
Revisión y corrección: Aida Blanco Sánchez
Diseño y maquetación: lapleca.com

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro sin autorización escrita del autor y propietario del *copyright*, por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.